



A. DUMAS (HIJO)

# CESARINA



de

Lectulandia

Este libro contiene cinco relatos o novelas breves. *Cesarina*, que da título al libro, fue publicada en 1848, el mismo año en que vio la luz su célebre *La dama de las camelias*, obra canónica, que ha inspirado piezas de ópera, como *La Traviata*, así como numerosas películas.

Alexandre Dumas (hijo)

# Cesarina

ePub r1.0

Titivillus 28-05-2022

Alexandre Dumas (hijo), 1875  
Traducción: Torcuato Tasso Serra  
Retoque de cubierta: diego77

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

# **CESARINA**

# I

Quien ha visto una vez la ciudad de S..., nunca más la olvida: no por lo hermosa, por lo desagradable. S... está situada en un viso, al que se sube al través de calles angostas y mal empedradas; y en cuanto a sus habitantes, se conserva de ellos el mismo mal recuerdo que de la ciudad; no parece sino que han sido hechos ex profeso para ella, o al revés: son indiscretos, cancanistas, presuntuosos y avaros; acechan, picotean, suponen, inventan. En una palabra, S... tiene todas las apariencias de un nido de urracas y de cuervos.

Si se ven ustedes obligados a vivir en la ciudad susodicha, no porque la hayan elegido para solaz de su vejez, pues semejante idea no podría ocurrírsele a nadie, sino porque sus negocios, su estado o su familia les constriñen a trasladar su residencia a ella, ¡ay de ustedes! máxime si han conservado algunas tradiciones de la capital. Si la esposa de ustedes usa más de dos vestidos de seda al año, será poco considerada; si en sus tertulias da algo más que agua endulzada con azúcar, la señalarán con el dedo, y si es talentosa, la inscribirán en el índice.

Conque ya están ustedes avisados.

Ahora refiramos la sencilla y verídica historia de que S... fue teatro.

Vale decir que no obstante lo que acabo de exponer, alguna vez ha habido y todavía hay de tiempo en tiempo en S... gentes conformes y hermosas mujeres que no hacen gran caso de las necias preocupaciones de sus compatriotas, y viven allí como poco más o menos vivirían en otra parte, eso sí, aburriéndose un tantico más. Lo que hay es que cada y cuando se celebra una fiesta, aquéllas son las primeras en aprovecharla, hambrientas, como están, de placeres, y la saborean hasta sacarle la quinta esencia.

Las carreras de caballos de Chantilly, que está a dos leguas de S..., son las principales compensaciones que la primavera y el otoño ofrecen a la ciudad subprefectural; así es que no bien amanece el día de las carreras, no se encuentran en la carretera más que carricoches, carros de mudanzas,



cabriolés, vehículos de todas clases, viajeros de todas cataduras, unos a pie y otros a caballo. De cuando en cuando pasa una carretela arrastrada por briosos caballos, a la que siguen con mirada envidiosa los que rezagados quedan.

Lo más humillante para aquella infeliz cabeza de partido, es que sus cercanías son admirables. Además de Chantilly, hay en ellas Ermenonville, Mortefontaine y Pontarmé, esto es, céspedes, estanques y bosques magníficos, que rodean a S... de aromas, umbría y cantos que por desgracia no llegan hasta ella.

Si salen ustedes de S... por la puerta de Soissons y doblando a la izquierda toman por un angosto camino orillado de dos filas de árboles y ceñido, por un lado, de campos de trigo y tierras de labor y por el otro de innumerables alcachofas que yerguen soberbiamente sus cascos revestidos de puntas; si bordean un riachuelo, o más bien un arroyo apellidado Nonnette, en el que únicamente pueden bañarse los perros, llegarán ustedes a una verdadera miniatura del paraíso terrenal, a una encantadora quinta llamada de Valgenceuse.

Valgenceuse encierra peristilos, bosques y estanques, escalinatas, sauces y pájaros, como un alcázar, y perdices, conejos y codornices en septiembre; y eso que no cuenta más allá de cincuenta años de existencia.

¿Quién fue el solitario, el artista, el enamorado que hizo edificar aquella quinta? Lo ignoro. Cuanto sé es que en la actualidad pertenece a la marquesa de G..., la cual hace de ella los honores por modo tan seductivo, que los que la visitad han olvidado por completo al propietario a quien aquélla ha sustituido. Nadie, excepto yo tal vez, se acuerda de él. Voy, pues, a aprovecharme de esta superioridad para contar a ustedes lo que pasó en Valgenceuse en mayo de 18..., es decir, hace precisamente diez años.

Eran las ocho de la noche.

En el espacioso comedor de la planta baja de la quinta, algunos criados de gran librea estaban alzando una mesa elegantemente cubierta, que recibía los raudales de luz de dos candelabros de ocho o diez brazos cada uno y ostentaba las más ricas frutas de la estación. Los convidados habían bajado al jardín para disfrutar de la postrera claridad del día, y se paseaban por una deliciosa alameda sembrada de césped, blando como alfombra de lana de largos hilos, y al extremo de la cual se encuentra una escalinata de piedra que, culebreando en toda la anchura del jardín, sirve de límite al estanque de que ha poco he hablado.

Ninguna admiración habría causado el ver, de improviso, bajar por dicha escalinata o aparecer bajo los árboles algunas marquesas a lo Watteau y

algunas zagalas vestidas de seda, susurrando palabras frívolas al oído de las hermosas paseantes. El cuadro parecía hecho adrede para tales personajes; mas por desgracia los rameados vestidos de cola y los corpiños habían desaparecido.

Los paseantes, que parecían estar muy satisfechos de vivir en los tiempos presentes, se dividieron en grupos en la alameda principal y empezaron a departir casi bulliciosamente.

Aquellos grupos se componían de la dueña de la casa y de los convidados, todos vecinos de campo.

Los convidados eran el joven barón de Perange y su esposa, una de las más hechiceras flores coloniales que la civilización haya trasplantado al Norte; la anciana condesa de Curdy y su marido, hombrecillo apegado a las tradiciones, a las antiguas costumbres y a los finos modales, gran tomador de rapé, que su nariz compartía fraternalmente con su chorrera, y por su lenguaje y hábitos tan parecido a los viejos del reinado de Luis XV, que su traje de paño negro parecía un anacronismo, y uno se admiraba de no verle ostentando casacón bordado, calzones y espadín. Esta última pareja se había enriquecido, desde el primer año de su matrimonio, con una niña, de diez y ocho de edad, en los días en que da comienzo este relato, y con la cual vamos pronto a trabar conocimiento.

En compañía de los cuatro personajes que acabamos de citar, se paseaba un joven elegante, de unos veinticinco años de edad, negros cabellos y blanca dentadura, pálido, locuaz, consumado jinete y huérfano desde hacía diez años.

Los sucesos nos dirán qué iba a hacer aquel joven en aquella casa.

La última persona del grupo era la señora de Beauzée, propietaria de la quinta de Valgenceuse, de cuarenta años de edad, dueña de una renta de seis mil duros, viuda, y madre de una encantadora joven de diez y siete años, que en aquel instante estaba hablando, en otra alameda del jardín, con la hija del conde de Curdy, Cecilia.

Si ustedes no hallan inconveniente, vamos a seguir a las dos jovencitas, que se encuentran en el lado opuesto del estanque y se pasean departiendo y cogiendo florecitas azules a orillas del Nonnette, arroyo que rodea la finca al través de corpulentísimos chopos, susurradores y armoniosos cuando se despiertan las brisas nocturnas.

Para que a ustedes no les duela separarse tan pronto de los señores mayores, les diré que éstos están hablando de política y que su conversación no les habría interesado a ustedes lo más mínimo; prueba de ello es que el joven de marras no tomaba parte en ella más que con su presencia, ya que su



imaginación parecía volar por otras regiones: digo, esto a dar crédito a sus ojos, que de cuando en cuando sondeaban la espesura del jardín del lado donde se encontraban las dos doncellas.

La mayor de éstas se llamaba Cecilia de Curdy; la otra, Julia, y era hija de la señora de Beauzée.

Cecilia era morena y hermosa y parecía indolente y alegre; Julia era rubia; iba peinada a la inglesa, lo que aumentaba la delicadeza y el hechizo de su rostro, y parecía un poco más reflexiva que su compañera.

De ojos azules y grandes y del mirar estupefacto de los grandes ojos, tenía Julia el cutis sonrosado y transparente, y sus labios, ligeramente colorados, probaban que la sangre circulaba ya impetuosamente por aquel hermoso cuerpo mal aprisionado en un vestido de muselina, de escote que velaba imperfectamente, bajo numerosos pliegues, un pecho duro como el mármol y blanco como la leche, y cuyos dos senos, cuando la doncella se desnudaba por la noche, debían semejar esas hermosas frutas doradas y esféricas del otoño con una de las cuales Eva tentó a Adán, nuestro padre.

¡Qué maravilla no causa el ver a una doncella cuando nube alguna ha obscurecido todavía su primavera, cuando ningún dolor ha entenebrecido aún su frente ni mano alguna tocado tan hermosa fruta!

¿Se han recreado ustedes alguna vez contemplando a una joven de tales condiciones, por espacio de horas enteras, como pudieran haberlo hecho con un cuadro? Lo único que hay es que el cuadro, por hermoso, expresivo y verdadero que sea, no basta para dar vida en el alma a las sensaciones que hace nacer en ella la vista de una hermosa virgen de diez y seis años, a quien la naturaleza revela ya que en el mundo hay algo más que el amor a los padres y a los hermanos, que siente estremecimientos desconocidos, sensaciones hasta entonces ignoradas, y la persiguen insomnios inexplicables con sólo el recurso de la imaginación. Entonces la doncella interroga a todo cuanto la rodea y a todo pide una respuesta; y como no sabe en qué linfas apagar su sed ardiente de lo desconocido, eleva con vehemencia su corazón a Dios, y le parece que únicamente en el amor infinito que inspira el Creador podrá abrevarse y obedecer las órdenes misteriosas de su alma.

Es raro que de quince a diez y siete años una doncella no tenga la tentación de hacerse monja.

De seguro que ustedes, al contemplar a una doncella de formas correctas, virgen de corazón y pura de impresiones, han dicho para su capote:

—Habrà un hombre que hará latir ese corazón, que será dueño de ese hermoso cuerpo y tendrá la inefable dicha de revelarles el primer secreto del

amor terreno, amor tan poderoso, que ella, no sabiendo cómo saciarlo, cree que únicamente Dios puede explicárselo. Ese hombre será dichoso, y sea cual fuere el dolor que le reserve lo porvenir, habrá gozado un día en su vida, que será de ésta la compensación eterna.

¿Verdad que han raciocinado ustedes de esta suerte? Luego, transcurridos uno o dos años, ven ustedes de nuevo a la joven, pero ya casada. El secreto que su casta ignorancia le ocultaba, le había sido revelado y no era ya para ella más que una trivialidad. Su curiosidad estaba satisfecha, saciado su amor, y empezaba su papel de madre con su realidad y su monotonía.

La primera palabra de esta revelación era un dolor, en medio del cual la joven había advertido que ella era únicamente el instrumento de la desapiadada naturaleza.

¡Soñad, doncellas! por hermosa que sea la verdad, nunca podrá compararse con vuestro sueño.

Cecilia y Julia se estaban paseando.

—Ya sabes cuán supersticiosa soy, decía la señorita de Beauzée; no pasa instante sin que me acuerde de que le vi por vez primera un viernes, y a pesar mío creo que esta circunstancia me será adversa.

—¡Qué locura! ¿Qué te ha dicho hoy?

—Nada; se ha concretado a dirigirme muchas miradas, respondió Julia volviendo el rostro para cerciorarse de que nadie más que Cecilia podía oírla.

—¿Luego no te ha dicho una palabra?

—Sí; pero sólo me ha hablado de trivialidades.

—¡Pobre muchacho!

—¿Le compadeces?

—¡Pues no! Repara qué singular es la vida. Ese joven te ama, y tú a él, y quizá tú te cases con otro hombre y él tome por mujer a otra.

—¿Y quién te dice que sea así?

—Os amáis sin comunicároslo...

—Ante todo a mí no me cabe la certeza de que le amo, y la prueba de ello es que transcurren días enteros sin que de él me acuerde.

—¿Y qué días son esos?

—Los que pasa aquí. Verdad es que una vez se ha marchado, me preguntó dónde puede estar y en qué puede emplear el tiempo.

—Luego le amas. ¿Y él?

—De cuando en cuando se pasa hasta las dos de la madrugada divagando al pie de mi ventana.

—¿Y qué haces tú entretanto?

—Le contemplo al través de las persianas.  
—Supongo que él no ha sabido nunca que tú le veías.  
—Nunca.  
—Enhorabuena. ¿Y tu madre?  
—Creo que sospecha algo. Me vigila y me interroga, más que de palabra, con la mirada.  
—Y si te preguntase cuál es tu intención, ¿qué le responderías?  
—No lo sé, máxime cuando respecto de mí misma ignoro a qué atenerme.  
—Escucha, dijo Cecilia en voz sumamente queda; he hallado un recurso.  
—¿Cuál?  
—Ya sabes que en S... hace dos días que están de fiesta.  
—Si, con motivo de las carreras de Chantilly.  
—En S... hay una mujer que dice la buenaventura.  
—¿Y tú crees en semejantes paparruchas? repuso Julia mirando a su amiga y echándose a reír de buena gana.  
—¡Pues no he de creer en ellas!  
—¿Y tú quieres que yo vaya a consultar a esa mujer?  
—Si.  
—Ea, ahora te digo a ti lo que tú a mi hace poco: estás loca.  
—De ninguna manera.  
—¿La has consultado tal vez?  
—Lo has adivinado.  
—¿Y te ha dicho la verdad?  
—Más todavía, me la ha hecho ver, tocarla con mis propias manos, si puedo expresarme de esta manera.  
—¿A ti misma?  
—A mí misma.  
—No lo creo.  
—Cerciórate por tus propios ojos.  
—¿Me dirá quién soy?  
—Sí.  
—¿Y lo que debo hacer?  
—También.  
—¿Con las cartas?  
—No.  
—¿Entonces con qué?  
—Vayamos y te informarás por ti misma.  
—¿Cómo quieres que vaya?

—Conmigo y mi ama de llaves.

—Pero, mi querida amiga, ¿no conoces que en plena luz del día no podemos confundirnos con esas gentes?

—Vayamos por la mañana temprano, cuando todavía no haya nadie.

—¿Y responderá a todas mis preguntas?

—A todas.

—Entonces es una bruja.

—Según todas las probabilidades.

—¿Vieja?

—Joven.

—¿Fea?

—Hermosa.

—¿Y, aparte de eso, a qué más se dedica?

—Doma bestias fieras.

—¿Verdaderas bestias fieras?

—Tigres y panteras.

—¿Y está en el hipódromo?

—En un barracón que ostenta en su frontis un cartelón pintarrajeado, acompañada de algunos músicos y de un criado.

—¿Y tú has entrado en el barracón ese?

—Sí.

—Entonces también iré yo. Voy a preguntar a mi madre si me da su consentimiento.

Las dos jóvenes fueron a reunirse a las demás personas que se encontraban en el jardín, y Julia, acercándose a su madre, le preguntó:

—¿Sabes lo que vengo a pedirte?

—¡Qué sé yo!

—Cecilia acaba de decirme que en la feria de S..., hay una verdadera adivina, y quisiera ir a consultarla.

—¡Qué niña eres!

—¿Me permites que vaya?

—¿Con quién?

—Con Cecilia y su ama de llaves.

—¿Lo consiente usted, mi querida amiga? preguntó la señora de Beauzée a la condesa.

—Consiento; pero ¿a qué hora van ustedes a ir?

—Muy de mañana, para estar solas, respondió Julia.

—Corriente, dijo la condesa; mañana a las ocho Cecilia y Juana vendrán por ti, hija mía.

—¿Me autoriza usted para que le pregunte el nombre de esa adivina, señorita? dijo el joven a Cecilia. Se lo pregunto a usted porque también a mí se me ha despertado la curiosidad, añadió Ermenón fijando los ojos en Julia, que para sustraerse a aquella mirada dejó caer el pañuelo y se agachó para recogerlo.

—No sé cómo se llama, respondió Cecilia riéndose, pero no es fácil equivocarse; el barracón en que habita tiene por muestra una mujer con un pie sobre la cabeza de una pantera.

Media hora después, el joven salía de Valgenceuse.

—¿Dónde está Ermenón? preguntó la señora de Beauzée.

—Acabo de verle salir, respondió el conde.

—Es probable que vuelva, repuso la madre de Julia, porque me había prometido pasar toda la velada con nosotros, y no son más que las nueve.

## II

Enrique de Ermenón tomó el camino de S..., y veinte minutos después, se encontró en el lugar de la feria, donde reinaba una batahola capaz de reventar los tímpanos; porque sobre todo por la noche es cuando afluye la gente ávida de tales espectáculos y cuando los saltimbanquis echan mano, para atraerla, de los recursos que deberían, al contrario, ahuyentarla. El aire estaba infectado del mal olor que despedían las candilejas y las salchichas y de las múltiples exhalaciones que emanan de los malsanos tenduchos y de los nauseabundos barracones que constituyen el aparato de las ferias.

La gente se paseaba con gravedad al través de aquella confusión de gritos, voces, sones destemplados y detonaciones; porque, como es de suponer, el tiro de palomos formaba parte de aquel infernal concierto.

Enrique buscó la muestra de la pantera y no tardó en dar con ella.

Una como música que partía del interior del barracón y el estar solitario el tablado delantero, proclamaban que en aquel instante estaba oficiando la domadora.

Enrique subió los escalones, satisfizo en la contaduría los quince céntimos de entrada, levantó una especie de funda de colchón que hacía las veces de cortina y penetró en lo que servía de sala a los espectadores.

Una joven que ostentaba corpiño de terciopelo negro, saya amarilla con ribete encarnado, tan corta que apenas le cubría hasta las rodillas, y lucía un par de pantorrillas no mal torneadas y cubiertas de medias casi blancas, estaba en actitud de arrancar de la boca de una pantera tendida patas arriba un pedazo de carne cruda que ella acababa de darle, y que la fiera, para ludibrio de su especie y elogio de la mujer, con indiferencia admirable permitía que se lo arrancaran.

Los bobalicones aplaudieron estrepitosamente a la heroína y se retiraron.

Enrique se puso en fila, y en el instante en que el último espectador levantaba la cortina del barracón, se acercó a la joven y le dijo:

—Tengo que hablar con usted, señorita.

—Ya escucho, caballero, profirió la joven.

—¿No podríamos hablar en otro sitio?

—¿Tan importante es lo que usted tiene que comunicarme?

—Sí.

—Entonces sígame usted.

La joven pasó por encima de los desiertos bancos, se encaminó, seguida de Enrique, a una puertecita cerrada con pestillo, y en abriéndola penetró en una especie de pocilga alumbrada por un humoso quinqué, en la que se velan maletas, colchones y una batería completa de cocina ambulante.

Cesarina, que así se llamaba la joven, indicó con un gesto a Ermenón que si tenía ganas de sentarse podía hacerlo en uno de los colchones, y ella se quedó en pie ante él, arrimada a una desvencijada mesa y jugando con su látigo.

—¿Usted profetiza lo porvenir? preguntó Enrique con zumba.

—Sí, señor, respondió Cesarina con acento de convicción profunda.

—Pues bien, mañana vendrá una persona a consultarla a usted, y será menester que usted la prediga lo porvenir que voy a dictarle ahora mismo.

—Se molestaría usted en vano, caballero, pues no le obedecerla.

—¿A ningún precio? repuso el joven sacando de su bolsillo algunas monedas de oro que brillaron a la luz de la lámpara.

—A ningún precio, replicó Cesarina fijando los ojos en las monedas.

—¿Puedo saber el porqué de semejante negativa?

—Es muy sencillo: tengo fe en mi ciencia y no quiero engañar a nadie.

—¿Luego usted cree que sus predicciones se realizan?

—Firmemente.

—Entonces ¿por qué, dotada de tal virtud, no se aprovecha usted de ella para labrarse la fortuna en lugar de habérselas con brutos?

—Porque el público sólo cree y paga lo que ve, y yo haría inútilmente gala de una facultad maravillosa de la que hoy tal vez únicamente yo poseo el secreto y la especulación. ¿Comprende usted?

—En fin, repuso Enrique, sea verdadera o falsa esa facultad, puede serme útil; para eso he venido. Ayer estuvo aquí una señorita y la consultó a usted, ¿no es verdad?

—Lo es.

—¿La conoce usted?

—No.

—Sin embargo, usted le dijo su pasado.



—Lo pasado de una mujer de la edad y representación de la que ayer vino, cuesta poco adivinarlo. Si fuese el mío, por ejemplo, ya sería algo más difícil.

—En una palabra, la señorita a que me refiero salió de aquí maravillada y habló de la visita que había hecho a usted a una amiga suya que, a su vez, vendrá a visitarla a usted mañana.

—¿Sola?

—No, con la que ya vino y una anciana ama de llaves.

—¿Y qué?

—Que es preciso que usted le diga no sólo lo pasado, mas también que le prediga lo venidero.

—Le contestaré a cuanto me pregunte.

—De fijo que la consultará a usted sobre sus más íntimas impresiones, porque es supersticiosa, y usted se ganará pronto su confianza.

—Le diré la verdad monda.

Enrique miró a aquella mujer tan imbuida de su infalibilidad como la sibila antigua, y luego añadió:

—La señorita esa ama y es correspondida, ¿entiende usted?, y es indispensable que usted le diga que hace bien en amar a quien ama.

—¿Es usted por ventura el preferido?

—No digo lo contrario.

—Mire usted, profirió Cesarina, cuanto puedo decirle es que mis respuestas se atemperarán a las preguntas que esa señorita me haga.

—Pero ¿cómo sabré yo lo que usted le diga?

—Pregúnteselo usted a ella.

—No me lo diría; sin embargo, me halagaría grandemente ser testigo de sus impresiones cuando ella la interrogará a usted respecto de su amor y de cómo debe portarse.

—Puede usted ver cumplidos sus deseos.

—¿Cómo?

En esto se abrió la puerta y apareció un mocetón vestido de atleta, esto es, ostentando traje de punto color de carne y calzones de terciopelo negro con franjas de plata.

—¿Qué diablo estás haciendo ahí? preguntó con voz rajada el hércules, mirando a Cesarina.

—Estoy ocupada, vete.

—¿Y la representación?

—Anúnciala, bobo; ya sabes que no hay apreturas.

El hércules desapareció, cerrando nuevamente la puerta.

—¿Y de qué manera puedo ver cumplidos mis deseos? preguntó Enrique.

—Muy sencillamente: venga usted mañana antes que la señorita de que acaba de hablarme, y le ocultaré en este gabinete, desde el cual podrá usted escuchar nuestra conversación y luego sacar de ella todo el provecho que le sea posible.

—Vendré. Hasta mañana.

—Hasta mañana, caballero, dijo la joven; y al ver que Enrique le ponía en la mano dos monedas de oro en el momento en que ella abría la puerta para que aquél saliese, añadió sonriéndose: gracias.

Cesarina abrió una cajita, echó en ella las dos monedas, volvió a cerrarla con llave y la ocultó en el fondo del cajón de la mesa.

Al salir Enrique, ya una apiñada multitud escuchaba extasiada las maravillosas promesas que estaba haciendo el hércules de las franjas de plata.

Ermenón pasó al través de la muchedumbre y tomó la vuelta de Valgenceuse, de donde hacía poco más o menos una hora que había salido, y cuando entró en la quinta encontró a los tertulos en el salón y a Julia que cantaba acompañándose al piano.

Después de la música ratonera que Enrique acababa de oír, las notas que la joven arrancaba al instrumento y las que de la garganta de ésta salían, debían de parecerle al enamorado mozo una melodía celestial. Verdad es que Julia tenía la voz suave y simpática, que, sin embargo, se le veló un poco al entrar su preferido.

El cual se acercó a la señora de Beauzée y a los otros cuatro personajes que ya conocemos, que formaban un grupo y estaban hablando en uno de los rincones del salón, escuchando al mismo tiempo la romanza de Julia.

Cecilia, que estaba sentada al lado de su amiga, cruzó con ésta una mirada confidencial en el instante en que Enrique abrió la puerta.

Julia, terminada la romanza, no empezó otra; contentóse con teclear, haciendo bastante ruido para que nadie pudiese oír lo que decía a Cecilia.

Las dos doncellas se preguntaban de dónde podía venir aquel que había sido el tema de su plática durante toda la velada.

El barón y su mujer y el conde y la condesa continuaban hablando de política y sazonzando su conversación con esas frías agudezas que provocan una cortés sonrisa en las personas bien educadas.

Enrique y la señora de Beauzée departían aparte, y, al parecer, el joven estaba sufriendo un interrogatorio referente a las suposiciones a que diera lugar su escapatoria.

Las preguntas que a su interlocutor dirigía la madre de Julia eran una argucia para llegar a una conversación formal. En efecto, la señora de Beauzée no había dejado de ver que Enrique no era indiferente a su hija y que ésta gustaba a Enrique, y como madre buena y previsora, quería saber a qué atenerse definitivamente respecto de las intenciones del joven. Para eso le había rogado que se quedara junto a ella toda la velada, en la esperanza de que se le ofrecería coyuntura para obtener de aquél la explicación deseada.

Iba ya la señora de Beauzée a ver cumplidos sus propósitos, cuando de pronto penetró en el salón un criado y le dijo que el señor Héctor Grandín deseaba hablar con ella.

—Que entre, contestó la madre de Julia.

Héctor Grandín era el hijo del notario de la señora de Beauzée.

A poco entró en el salón un joven vestido de negro y con corbata blanca, que llevaba en la mano un rollo de papeles.

Héctor, de presencia simpática y fisonomía bondadosa, era de estatura regular, parecía estar dotado de carácter suave y de gran timidez, y sus ademanes eran un tanto provincianos y encogidos, efecto de cierta cortedad hija de la inexperiencia del mundo y del carácter oficial de que casi siempre estaba revestido, gracias a los asuntos que, por no poder ocuparse personalmente en ellos, le encargaba su padre.

Grandín no era guapo, es verdad, pero sí honrado y leal, y si de buenas a primeras no era posible que inspirase una pasión, quien le trataba concluía por llevarle verdadera simpatía.

La señora de Beauzée, que conocía las buenas cualidades que adornaban al joven, le trataba afectuosamente.

Grandín, al ver que la madre de Julia no estaba sola, se quedó cortado, y aun estuvo si me vuelvo no me vuelvo.

—Entre usted, señor Grandín, le dijo la señora de Beauzée al ver que el joven se había sonrojado y no se atrevía a dar un paso.

Héctor, ya algo tranquilizado, cerró la puerta, saludó lo mejor que supo a los concurrentes, y después de haber lanzado una mirada furtiva a Julia, que ni siquiera había vuelto el rostro al oír el nombre de aquél, fue a sentarse junto a la señora de Beauzée.

Enrique se aprovechó de la visita de Grandín para acercarse a Cecilia y a Julia y hablar con ellas.

—¿A qué debo semejante visita a hora tan avanzada, mi querido Héctor? preguntó la señora de Beauzée sonriéndose. ¿Es para mi ese legajo?

—Si, señora, y como era indispensable que estuviese en poder de usted hoy mismo, respondió el joven, me he animado a traérselo a usted esta noche, en el supuesto de que no podría tachárseme de indiscreto, aun viniendo como he venido a las diez, ya que me constaba que usted recibía.

—Nunca es usted indiscreto, mi querido Grandín. ¿Qué papeles son esos?

—Documentos relativos a las últimas imposiciones de dinero que usted ha hecho, y por las cuales mi padre necesita nuevos poderes.

La señora de Beauzée tomó los papeles y los desdobló lentamente.

—Ya los leerá usted despacio, señora, repuso Héctor; mañana tendré el honor de volver para recogerlos.

—Esto es.

—¿Me autoriza usted para que vaya a saludar a la señorita Julia?

—Vaya usted, vaya.

Héctor se levantó y se acercó a la doncella que, con los ojos fijos en una página de música para darse una postura conveniente, estaba hablando con Cecilia y Enrique.

—Señorita, dijo Grandín sonrojándose y con voz un si es no es trémula, ¿no ha sufrido menoscabo la salud de usted desde la última vez que tuve la satisfacción de verla?

—No, señor Grandín, respondió Julia dando media vuelta sobre su taburete, ¿y la de usted?

—Tampoco; gracias, señorita.

Héctor, que estaba embobado contemplando a la hija de la señora de Beauzée, no acertó a añadir otra palabra.

Ínterin, Enrique le miraba con ironía.

Héctor adivinó más que vio la mirada de Ermenón, y comprendiendo que mal su grado debía decir algo, pues Julia guardaba un silencio implacable y se bamboleaba en el taburete como diciendo: ¿Para eso nos ha interrumpido usted?, exclamó:

—Hoy ha hecho un día hermosísimo.

—Si; la velada ha estado magnífica.

—¿Ha ido usted a la feria, señorita?

—No, señor.

—Me parece que cuando he entrado estaba usted cantando.

—No, ya había concluido.

—¿Y no canta usted más?

—No, estábamos conversando.

—De manera que les he interrumpido a ustedes; dispéñseme usted, señorita, pero no quería marcharme sin haberme informado de su salud y sin ponerme a sus pies.

La joven se inclinó sin despegar los labios.

Cecilia, al ver el atolladero en que Héctor se había metido, apenas pudo reprimir una carcajada.

Enrique tecleaba lentamente sobre la tapa del piano.

Comprendiendo Grandín que cuanto más tiempo permaneciese en el salón, mayor sería la ridiculez en que se vería envuelto, saludó a Julia, se acercó por última vez a la señora de Beauzée, y se fue, no sin darse un golpe en una rodilla, lo que hizo reventar la risa que por tanto tiempo retuviera Cecilia.

—El caballero ese no tiene nada de divertido, dijo Enrique.

—Según y cómo, repuso aquélla.

—No hablemos demasiado mal de él, profirió Julia; mi madre le lleva muchísimo afecto.

Entretanto, Grandín había atravesado la verja de la quinta, y fijando los ojos en las persianas del salón de que acababa de salir y al través de las cuales se vela la luz, dijo con los ojos anegados:

—¡La amo con toda mi alma, y ella no me amará nunca!

Y tomó pausadamente la vuelta del estudio de su padre.

Una hora después, los tertulios de la señora de Beauzée se despedían de ella.

—Hubiera querido hablar con usted esta noche, dijo la dueña de la quinta a Enrique, que fue el último en marcharse; pero no hemos podido disponer de un minuto. Venga usted mañana, de día.

Ermenón se alejó después de haber prometido no faltar a la cita, y Julia gritó por última vez a Cecilia:

—Que no se te olvide: mañana por la mañana, antes de las nueve.

—Nada temas, estaré aquí antes de que te hayas levantado.

Enrique, una vez en la carretera, se detuvo poco más o menos en el mismo sitio en que Héctor lo efectuara hacía una hora, y mirando las ventanas del cuarto de Julia, murmuró:

—Realmente es una hermosa muchacha, y me pasmaría que no me amase.

### III

La señora de Beauzée, una vez a solas con Julia, hizo seña a ésta de que se le acercara, y tomándole la mano, le dijo:

—Hija mía, hame parecido advertir una cosa.

—¿Cuál? repuso la doncella, que en la primera mirada de su madre había comprendido que iba a tratarse de lo que la traía preocupada.

—Que hace algún tiempo no eres la misma.

—¿Te he disgustado en algo?

—No se trata de eso, ya lo sabes; estás preocupada, inquieta; en una palabra, tienes un secreto para mí; ¿no es verdad?

Por toda respuesta, la doncella bajó los ojos.

—Así, pues, paso a tratar, con toda franqueza, del asunto, prosiguió la señora de Beauzée. Ya estás en edad de maridar, hija mía. Dime, ¿has pensado alguna vez en el matrimonio?

—Sí, madre.

—¿Y qué concepto te has formado de él?

—Me parece que es un estado suave y santo, pues en ti no he sido testigo más que de un gran dolor, y esto fue el día en que murió mi padre.

—Es verdad. Y bien, si mañana un hombre te pidiese en matrimonio, ¿aceptarías?

—Según y conforme.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que hay hombres que no me gustarían.

—Luego debe haber un hombre a quien no rechazarías.

—Quién sabe.

—¿No estás bien segura de ello?

—¡Si tú me lo prohibías!

—¿Y por qué te lo prohibirla yo, hija mía, sí el hombre ese es honrado y te ama y su representación social corresponde a la tuya; en una palabra, si

reúne todas las condiciones de un buen marido?

—Debe reunir las.

—¿Cómo se llama? preguntó la señora de Beauzée, sonriéndose de manera que daba a entender que sólo hacía tal pregunta por pura fórmula y que respecto del particular estaba tan al corriente como su hija.

Julia miró a su madre titubeando.

—¿Cómo se llama? repitió la señora de Beauzée.

—Es Enrique. Pero, se apresuró a añadir la doncella, yo no digo que le amo, sino que de cuantos conozco es el que a mi parecer reúne en mayor grado las condiciones que tú exiges.

—¿Y tú crees que él te ama?

—Sí.

—¿Te lo ha manifestado por ventura?

—Nunca.

—Perfectamente: pero bueno es que sepas que Enrique no es el único que te ama.

—¿Hay otro?

—Sí.

—¿Quién?

—A ver si lo adivinas.

—No sé.

—Héctor.

—¡Héctor! exclamó Julia dando una carcajada; ¿y quién te lo ha dicho?

—Lo he adivinado.

—¡Pobre muchacho! ¡pero si es lo más fastidioso y torpe! Supongo que no vas a obligarme a que lo tome por marido.

—No digo eso, sino que el cuitado se desespera. Esta noche le he estado estudiando, y puedo decirte que en su rostro se le traslucía su desventura.

—Pues yo no puedo remediarlo. Por otra parte, no es más que el hijo de tu notario.

—Qué importa, hija mía: el señor Grandín es un hombre honrado, y Héctor un buen muchacho, sobre que está rico y es tan capaz de labrar la dicha de una joven como cualquiera otro. Tú haces lo que todas en tu caso, te dejas cautivar por las cualidades externas. Créeme a mí que tengo experiencia, hija mía, no son los jóvenes más apuestos los mejores maridos. Reflexiona.

—¡Oh! madre, replicó Julia un si es no es embotijada, no necesito reflexionar sobre este punto: nunca me casaré con Héctor.



—Está bien, no se hable más de ello. Ya sabes que prometí a tu padre, moribundo, no contrariarte nunca y hacer tu voluntad siempre que no redundase en perjuicio de tu dicha y de tu porvenir, y cumpliré mi promesa como la he cumplido hasta hoy. Si te he hablado de este asunto, es porque ya estás en edad de comprenderlo. Ahora estemos a ver, y si adviertes que te has equivocado en la elección, no te corras de decírmelo con toda sinceridad. Muchas mujeres han sido desgraciadas en su matrimonio por su falta de franqueza con su madre. Conque ¿quedamos de acuerdo?

—Sí, mi buena madre.

—Ea, un beso, y a la cama, pues si no me engaño, mañana debes levantarte temprano para ir a consultar a la hechicera. ¿No es así? añadió la señora de Beauzée riéndose.

—Te aseguro que verdaderamente lo es. ¡Si supieses tú todas las maravillas que de ella me ha contado Cecilia!

—¿Y qué gran secreto es ese sobre el que la quieres consultar?

—¡Quién sabe! tal vez me diga lo que hay que hacer a propósito de lo que acabas de hablarme.

—¡Cómo! ¿llevarías tu confianza hasta consultarla sobre lo que hemos conversado?

—Si veo que me dice lo pasado, la consultaré respecto de lo venidero.

—Sé prudente.

—Nada temas.

—Buenas noches, hija mía.

—Buenas te las dé Dios, madre.

La señora de Beauzée besó a su hija y se encerró en sus habitaciones.

Julia se retiró a las suyas.

Ínterin, Héctor había llegado a su casa y dirigiéndose directamente a dar cuenta a su padre, que estaba aún escribiendo en su estudio, de la visita que acababa de hacer a Valgenceuse; luego se sentó al lado de aquél, apoyó la cabeza en la palma de la mano y se quedó imaginativo.

El notario continuó su tarea por espacio de algún tiempo; después volvió maquinalmente los ojos hacia su hijo, y al verle pensativo, lo observó durante algunos segundos, y le dijo:

—No volveré a enviarte nunca más a casa de la señora de Beauzée.

—¿Por qué, padre? profirió el joven casi con espanto.

—Porque siempre vuelves triste de Valgenceuse.

—Es verdad, murmuró Héctor, tendiendo la mano al notario.

—¿Tanto amas a esa joven?

—¡Ay! sí.

—Pues se la pediré a su madre para ti; no desesperes.

—Se la negará a usted, padre.

—¿Por qué?

—Porque para ella no soy bastante buen partido, y, por otra parte, la señorita Julia no me ama.

—¡Te amaré, vive Dios! Además, es difícil que la señora de Beauzée halle un partido mejor. Su fortuna está comprometida, en tanto que la nuestra aumenta de día en día. Cuando aquella señora se haya informado de los papeles que le has llevado esta noche, verá que las circunstancias revisten mayor gravedad que ella no creía ni yo mismo tampoco. No desmayes, Héctor; ya sabes que para asegurar tu tranquilidad no repararé en sacrificios.

—Lo sé, mi buen padre; pero quisiera no deber a designio alguno la mano de Julia.

—Entonces enamórala.

—No me atrevo; ya sabe usted cuán tímido soy. Además, hay un tal Enrique de Ermenón que no se aparta de ella ni por un instante; y el joven ese es un buen mozo, y le dice mil boberías, y acabará por conquistarla. Como si lo viera.

—Pues, hijo mío, consuélate y cástate con otra. No faltan muchachas hermosas en el departamento, y si aquí no la encuentras a tu gusto, irás a París a buscar una. Ánimo, mi querido Héctor, no te desesperes de esta suerte por una niña a quien pronto olvidarás y a quien tal vez te felicites de no haberte unido. ¿Me prometes estar menos triste en adelante?

—Sí, mi buen padre.

—¿Cuándo debes volver a Valgenceuse?

—Mañana.

—¿A qué hora?

—A mediodía.

—Como es más que probable que el señor de Ermenón no se encuentre en la quinta a esa hora, aprovéchate y haz también la corte a la niña ¡voto a tantos! Si a tu pobre madre le hubiesen dicho que tú amarlas a una mujer y que ésta no te correspondería, no hubiera querido creerlo, pues para ella no había muchacho tan gallardo como tú en toda la redondez de la tierra. Ea, vete a descansar un poco, y no sueñes cosas feas. Eres joven y disfrutas de buena salud, y sobre esto tienes un padre que te quiere y una fortuna más que regular. Ya ves que nada te falta para ser filósofo.

Padre e hijo se abrazaron, y Héctor subió a acostarse.

El notario puso en orden sus papeles, cerró su estudio, limpió sus anteojos, los metió en su estuche, y tomando la lámpara, se encaminó a su dormitorio, pensando en su hijo y buscando en su imaginación el modo infalible de hacerle obtener la mano de la señorita de Beauzée, modo que no había hallado aún cuando el sueño le cerró los párpados.

Respecto a Enrique, se había vuelto a S..., y llegado que hubo frente a una casita de la calle Mayor, casa de dos altos y con un jardín en la azotea, frontera de la fonda del *Ciervo grande*, sacó de su faltriquera una llave, abrió la puerta, entró y volvió a cerrar, y después de haber tomado una bujía que, encendida, le estaba aguardando en un descanso, subió la escalerilla que había al final del vestíbulo.

Una vez el joven en el piso primero, se oyó una voz que dijo:

—¿Eres tú, Enrique?

—Sí, tío.

—Entra.

Enrique abrió la puerta, en la parte exterior de cuya cerradura estaba la llave, y entró en el cuarto de Gabriel de Ermenón, su tío.

El cual estaba acostado y leía, puede que por la centésima vez, el *Sofá*, de Crebillón hijo, su autor predilecto.

Gabriel, que era enjuto como don Quijote, y tenía la epidermis amarilla como la cera y lustrosa como el marfil, y las manos secas, pero blancas y aristocráticas, había sido un lechuguino en tiempo del imperio y de la restauración.

No hay para qué decir que siendo, como era, conocido por su encumbrada aristocracia, se vio constreñido a emigrar cuando la revolución, que de otra suerte le habría jugado una mala pasada.

De regreso en Francia, el emperador restituyó a Gabriel parte de los bienes que otros gobiernos le confiscaran, y agradecido a su modo a la acción del soberano, decía con frecuencia hablando de éste:

—Pues les aseguro a ustedes que Napoleón el chico tenía cosas buenas.

A Gabriel de Ermenón se le murió su hermano menor, dejando a su hijo Enrique, de cuatro años de edad, de quien pasó aquél a ser tutor.

El tío de Enrique debía su nombre de pila a su madre, mujer piadosa y devota, la cual, habiendo estado largo tiempo sin tener descendencia, había impetrado a menudo del arcángel san Gabriel, el ángel de la visitación, que la escuchara, y hecho voto de dar al primer hijo que aquél le concediera el nombre del anunciador divino.

Gabriel, cuando chiquitín, era rubio, sonrosado, hermoso; así es que mientras estuvo en la infancia su nombre le sentó a las mil maravillas; cuando joven, tan melifllo nombre sonó gratamente en los oídos de las mujeres, porque se adaptaba admirablemente al porte sentimental del galán, a sus rubios bigotes, a sus azules ojos; pero cuando a Gabriel se le hubo obscurecido la epidermis a consecuencia de todo género de excesos, y empezaron a salirle canas, su nombre se hizo ridículo y no había quien, al oírlo pronunciar ante el tipo al cual representaba, no se sonriese maliciosamente.

Pero sobre el particular el tío no había dado su brazo a torcer; estaba apegado a su nombre de pila, que le recordaba tantos triunfos y tantas hazañas galantes, y hacía todo lo humanamente posible para que no hubiese disparidad entre él y su nombre. Se teñía el cabello, llevaba dientes postizos y se cubría de afeites el rostro, llegando con todos esos recursos a adquirir el aspecto de una momia con muelles.

Gabriel se vestía con esmero y se daba a entender que continuaba disfrutando de los veinte mil duros de renta que en otros tiempos gozara; de modo que jugaba fuerte, compraba caballos y se comía parte de su capital.

Ustedes me preguntarán por qué Gabriel vivía en S..., y, sobre todo, por qué Enrique hacía lo mismo en compañía de su tío.

En dos palabras van ustedes a saberlo: en París, Gabriel de Ermenón no era sino uno de los hombres más ridículos entre los que más, y en provincias era el único de su especie, con lo cual gozaba, como es natural, de una como especialidad; en París, las mujeres ya no querían saber nada de él, y en provincias quedaban aún algunas viejas coquetas que lo tomaban por lo serio y a las cuales galanteaba entre dos partidas de chaquete; en París, no podía figurar con las ocho mil pesetas de renta que le quedaban cuando salió de ella, y en provincias, gastando hábilmente, podía pasar plaza de rico y aun de pródigo. En resumen, Gabriel había elegido el pueblo de S... porque era donde vivía la marquesa de Drancy, especie de conserva morena, de cuarenta y nueve años de edad, la cual continuaba mostrándose solícita para con el viejo Ermenón, que en esto recibía señalada honra, toda vez que no faltaban en S... algunos jóvenes que pretendían a la marquesa.

Enrique, que conocía las faltas y aun los vicios de su tío, vivía, sin embargo, con él, por la sencilla razón de que él lo había educado y pese a todo le llevaba profunda amistad. Debía a Gabriel una educación algo volteriana y consejos más o menos corruptores; pero no pudo olvidar las verdaderas pruebas de afecto que su tío le diera, y no se atrevió a negarse a

vivir con él en S..., tanto más cuanto la señora de Beauzée pasaba en Valgenceuse ocho de los doce meses del año y tenía una hija hechicera, a quien ya conocemos, y de la cual Enrique no tardó en prendarse.

## IV

Por lo demás, la habitación de Gabriel de Ermenón armonizaba perfectamente con el carácter de éste. Sin ver al viejo galán, hubiérasele conocido al entrar en su cuarto. En efecto, todo revelaba en aquél las costumbres de una coqueta ya amojamada. Las paredes estaban entapizadas de seda azul, seda que, no obstante estar cuidada con prolijo esmero por el criado del barón, ya empezaba a ponerse lustrosa acá y allá. En la testera de la cama había un espejo con marco de seda fruncida, sujeta con alzapaños de palisandro. Las cortinas eran de tela igual a la de las colgaduras. Un canapé, dos silloncitos, una gran silla baja para calentarse al amor de la lumbre y una mesa de palo rosa completaban el adorno del cuarto. Junto al espejo se vela el retrato de una mujer rodeado de un marco de terciopelo morado, y pendientes de las paredes había algunos anaqueles con figuras de Sajonia y vasos de Sevres. Ítem más, no faltaba una biblioteca con unos ciento cincuenta volúmenes que encerraban obras de Parny, Voltaire, el caballero de Boufflers, Grecourt, y las fábulas de la Fontaine y de Crebillón hijo. Ahora sahúmenlo ustedes todo con ámbar quemado y otros perfumes, cubran el suelo con una alfombra, desparramen sobre la repisa de la chimenea un par de docenas de cartas entreabiertas, y desordenen con estudio lo demás, y tendrán un fiel trasunto del aposento donde acababa de entrar Enrique.

Ya hemos dicho que el anciano estaba acostado, pero no que llevase ceñida la cabeza con un pañuelo y le cubriese el cuerpo una holgada camisa de batista con puños doblados.

La fisonomía del barón respiraba bondad; era el tipo de los restos del calavera.

Si aquel anciano se hubiese avenido a no aparentar una juventud que no tenía, a soportar las exigencias de su edad, hubiera sido un anciano simpático y despejado; porque de suyo era elegante, y sobre haber recibido una educación esmerada, era de ingenio agudo.

—¿Conque pasabas de largo sin darme las buenas noches? dijo Gabriel de Ermenón al ver entrar a su sobrino.

—Creí que estaba usted durmiendo, tío, profirió el joven.

—Ya sabes que nunca me duermo antes de la una. Y bien, ¿qué novedades traes?

—Ninguna, tío.

—¿Y la señora de Beauzée?

—Buena; ha sentido mucho no verle a usted, muchísimo.

—¿No le has dicho que he recibido una invitación que no me ha sido dable rehusar?

—Sí, tío.

—¿Y su hija?

—Un ángel, como siempre.

—¿Y tú?

—¿Yo? enamorado hasta los tuétanos.

—Siéntate en mi cama y hablemos sobre el particular. Ea, explícate.

El joven dejó su sombrero en el canapé y se sentó en la cama de su tío.

—¿Te ha hablado la madre? preguntó éste.

—No.

—Pues me había dicho que lo haría.

—¿Respecto de Julia?

—Sí.

—Efectivamente, me ha manifestado que tenía algo que decirme, algo que no le ha sido posible comunicarme hoy delante de tanta gente como había allí. ¿Sabe la señora de Beauzée que yo amo a su hija?

—Si, respondió el barón sonriéndose maliciosamente.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Yo.

—¿Y por qué se lo ha dicho usted?

—Porque era menester que, tarde o temprano, lo supiese, y ya es hora de que te cases, por ti y por mí, muchacho.

—No le comprendo a usted, tío.

—Amigo mío, nuestros asuntos andan mal. Ya sabes que yo no tenía más que ocho mil pesetas de renta, y tú diez mil. Por fortuna estabas tú bajo mi tutoría; lo cual quiere decir que me he sacrificado, que mi renta voló, y que la tuya ha venido muy a menos.

—¿Cómo es eso? Sobre mí capital no he pedido nunca un céntimo.

—Pero yo si lo he pedido.



—Habrá sido para usted en tal caso.

—Claro que s .  Si esa marquesa de Drancy se tragada un galeón por grande que fuera!

—Como yo hubiese sabido que los poderes que me hizo usted otorgarle debían servir para pedir prestado dinero en mi nombre y darlo a la marquesa, no se los habría conferido, porque por ningún concepto estoy obligado a sostener la casa de esa señora.

— Por la bicoca de sesenta mil pesetas haces tales aspavientos?

—Sesenta mil pesetas sobre una fortuna de doscientas mil representan más de la cuarta parte, y suponiendo que continúe usted por este camino, antes de tres años me quedo sin un cuarto. Ya le he dicho a usted que le quiero y le respeto, que sentiría en el alma enemistarme con usted; pero a eso llegaremos si persiste usted en sus devaneos. Usted no cuenta con recursos para sostener la vida que lleva; res gnese usted, pues,  qu  diantre! Si la señora de Beauzée supiera lo que pasa, me negaría la mano de su hija, y malditas las ganas que tengo de ser desgraciado toda mi vida por dar gusto a la marquesa de Drancy. No mil veces.

El barón fijó los ojos en las sábanas y no respondió palabra.

—Y no se ofenda usted por lo que le digo, prosiguió el joven, pero reflexione sobre ello. La marquesa tiene cuarenta y cinco años, y ella y su marido viven a expensas de usted; y no sólo se arruina usted, mas también desempeña un papel ridículo.  Una mujer que tiene un hijo de veinticuatro años, subteniente en el ejército de África!

—La marquesa siente por mí un afecto sincero, replicó el anciano.

—Lo que hace es burlarse de usted, y usted no lo conoce.

Gabriel de Ermenón, al oír tales palabras irguió la frente, pero tuvo el talento de no refutarlas.

—Te confieso, se limitó a decir, que no esperaba que me echases en cara una frusler a como la que te he tomado a préstamo. Durante mi vida me he comido un mill n, del que mis amigos han participado más de una cuarta parte, y nunca, nunca les dije ni remotamente lo que t  acabas de decirme. Te devolverá las sesenta mil pesetas.

— Con qué?

—Con mis tierras de Borgoña.

—Est n hipotecadas, embargadas,  qu  s  yo!  Valientes tierras!

—Vender  cuanto me queda.

—Ya sabe usted que no es eso lo que yo le pido, t o; si usted se detiene ahí, las cosas no pasarán de un contratiempo reparable; pero no es usted

hombre que ahora se corrija, y lo porvenir me asusta. ¿Qué haremos una vez nos hayamos comido las ciento cincuenta mil pesetas que me quedan?

—Nos uniremos a la rama segunda.

—¿Conque para usted su conciencia es una mercancía? arguyó el joven sonriéndose con desdén y mirando de hito en hito a su tío.

—¡Qué caramba! todo lo que se compra puede venderse.

El joven tomó su sombrero.

—¿Adónde vas? le preguntó el anciano.

—Voy a acostarme.

—¿Por qué?

—Porque tiene usted sueño; habla usted a tontas y a locas.

—Ea, confieso mi culpa; vamos a ver, dame la mano y no se hable más de ello. Te consta que no hago lo que digo. ¡Qué quieres! estoy enamorado de la marquesa, pero te prometo enmendarme.

Enrique, que en lo íntimo de su corazón quería a su tío, le tendió la mano, diciendo:

—Ya comprenderá usted que con siete u ocho mil pesetas que de renta me quedan, no podemos sostener más casa que la nuestra.

—Corriente. Pero hablemos otra vez de tus bodas; ¿amas de veras a la niña?

—Con toda mi alma.

—Y ella ¿te corresponde?

—Lo supongo.

—Entonces todo se arreglará por sí solo.

—¡Quién sabe!

—Nada puede impedirlo.

—Puede que lo impidan los desatinos que sin cesar está usted cometiendo.

—Es menester que aprovechemos la juventud, muchacho.

—¿Habla por usted?

—¡Y pues!

Enrique no pudo menos de sonreírse.

—Julia estará orgullosa de ti, prosiguió Gabriel. Nuestra familia es muy antigua, y el apellido Ermenón es un apellido de campanillas.

—Cuanto usted quiera; pero basta una imprudencia para que me nieguen la mano de Julia. Tengo un competidor no despreciable.

—¿Quién?

—Héctor Grandín, el hijo del notario.

—¡Un golilla en competencia con un Ermenón! Estás desvariando.

—Puede que desvaríe; pero ese golilla, tarde o temprano disfrutará de una renta de cuarenta mil pesetas.

—Si la niña te ama, nada le importará esa renta. Por otra parte, bien tendrá ella treinta mil a lo menos.

—A Julia no le importará, pero quizás importe a su madre, tanto más cuanto todos los notarios se conocen entre sí y se frecuentan, y si el de usted es indiscreto, el señor Grandín abusará de su indiscreción en provecho de su hijo.

—¿Quién te ha dicho que Héctor ama a la señorita de Beauzée?

—No he necesitado que me lo dijeran; claramente lo he visto yo con mis propios ojos.

—Pues bien, si la señora de Beauzée te niega la mano de su hija, entiéndete directamente con ésta.

—¿Qué quiere usted decir?

—¿No amas tú a la heredera y no eres correspondido?

—Sí.

—Como tú no puedes vivir sin ella, si te niegan su mano la robas, y entonces su madre se verá obligada a dártela.

—Esto es un recurso de novela.

—Tan de novela como quieras; así casé yo con mi primera mujer. Verdad es que no fue por su fortuna, pues no tocó más que veinte mil duros a la muerte de su madre.

—Créame usted, tío, lo mejor es evitar que me la nieguen.

—Claro está. Pero dime, ¿una vez te hayas casado me alojarás en tu casa?

—¿Por ventura puedo vivir sin usted?

—Harás bien; te daré buenos consejos.

—Así lo espero. Buenas noches, tío.

—¿Ya vas a acostarte?

—Es media noche.

—Quédate un ratito más.

—No puede ser; mañana tengo que salir muy temprano.

—¿Adónde vas?

—Este es mi secreto.

Enrique abrazó filialmente a Su tío y se fue después de haberse despedido por última vez de éste con la mirada y con la mano.

—Es un loco de atar, pero tiene de oro el corazón, dijo entre si el joven mientras subía a su dormitorio.

—Vale un potosí ese muchacho, pensó el tío en cuanto estuvo solo; pero no sabe vivir. Lo mismo da, he obrado cuerdamente al decirle que no eran más que sesenta mil pesetas.

Y el barón no pudo menos de sonreírse al pensar en el semblante que hubiera puesto su sobrino si hubiese sabido la verdad monda.

## V

A las seis de la mañana del siguiente día, Enrique estaba levantado.

El sol invadía por completo el cuarto del joven, el cual, para despertarse temprano, había ex profeso dejado de par en par las persianas.

Enrique abrió la ventana que miraba al jardín y se asomó a ella para respirar el embalsamado ambiente de la primavera.

La naturaleza se despertaba con cantos y aromas nuevos; que es como siempre se despierta para aquellos que están próximos a disfrutar de una dicha.

Desde su ventana, Enrique podía ver el sitio donde se celebrara la feria, sitio que en aquella hora estaba completamente desierto.

Sin embargo, como sabía que Julia ardía en deseos de consultar con la saltimbanco, se vistió y se encaminó al barracón de Cesarina.

La cual, al entrar Enrique, estaba colocando una mesa y algunas sillas entre los bancos destinados a los espectadores, así como los caballetes que servían de sustentáculo a la especie de teatro en que ella hacía sus ejercicios.

—Le estaba aguardando a usted, dijo la joven a Enrique; y volviendo el rostro, gritó: ¡Bourdaloue!

A esta voz acudió el hércules de calzones de terciopelo, ostentando en la diestra un cuchillo y en la siniestra un mendrugo y un pedazo de carne; el cual hércules vestía una como bata de zaraza, destinada a proteger sus pantalones de carnes.

—Escucha, dijo Cesarina al recién llegado, te vas a ir al estrado, y cuando veas venir a dos señoritas acompañadas de una anciana... ¿no es eso? añadió la joven mirando a Enrique, que hizo una señal afirmativa; cuando veas, repito, a dos señoritas acompañadas de una anciana que se dirijan acá y se acerquen al teatro, ven a decírnoslo. ¿Has comprendido?

—Sí; pero me parece...

—Ea, andando y déjate de observaciones.

El gigante obedeció a su compañera, y vomitando pestes fue a colocarse de vigía en el estrado delantero.

—¿Por qué apellida usted Bourdaloue a ese hombre? preguntó Enrique a la gitana una vez estuvo a solas con ella.

—El viejo es quien lo bautizó con ese nombre.

—¿Y quién es el viejo?

—El jefe de la tropa. Murió hace ya algunos años.

—¿Y por qué le llamaba Bourdaloue?

—Porque Alcides replicaba siempre, y el viejo le decía: «Replicas como Bourdaloue»; y Bourdaloue le ha quedado. Además, había otra razón, y es que Alcides es quien me hace dormir, o me magnetiza, si usted lo prefiere, cuando vienen a consultarme, y, al parecer, Bourdaloue hacia dormir a todo bicho viviente.

—¿Conque el vejete era un farsante?

—Y de monta.

—¿Fue él quien le enseñó a usted la ciencia de la adivinación?

—Sí.

—¿Y dónde la adquirió él?

—En unos libros muy voluminosos que siempre estaba leyendo y de los cuales no he comprendido pizca cuando se me ha antojado leerlos.

—¿Así, pues, era sabio?

—Sapientísimo. Tanto si me cree usted como no, había días en que me parecía ver en él al mismísimo diablo. Recuerdo que la primera vez que me hizo ver lo que yo voy a hacer que esa señorita vea, me encontré mal, y eso que nada me asusta.

—¿Corre peligro esa señorita? preguntó Enrique.

—Ninguno.

En esto Bourdaloue levantó la cortina y dijo con la ronca voz que le era característica:

—Ahí llegan.

—Abróchate la bata y hazlas entrar; pero muéstrate cortés, si puedes, dijo Cesarina; y dirigiéndose a Enrique, añadió: y usted escóndase aquí dentro.

La joven abrió la puerta del gabinete en el que, la noche anterior, hablara con Ermenón, y le mostró una silla, en la que éste se sentó inmediatamente.

—¿Oye usted mi voz? preguntó Cesarina a Enrique una vez éste hubo cerrado la puerta del gabinete.

—Perfectamente.

—¡Silencio! ya están aquí las señoras.

En efecto, las dos doncellas y Juana entraron en el barracón conducidas por Bourdaloue.

—¿Qué se les ofrece a ustedes, señoras? preguntó Cesarina con melosa voz a las recién llegadas.

Julia, que no se atrevía a manifestar a la saltimbanco qué la traía, miró a Cecilia, la cual a su vez fijó los ojos en Cesarina, diciendo:

—¿No me conoce usted?

—Sí la conozco, señorita; es usted la que vino el otro día.

—Pues bien, hoy quiere consultarla a usted esta señorita.

—¿Luego quedó usted satisfecha de mí?

—¿Satisfecha dice usted? maravillada.

Julia miraba en torno de sí con no fingido asombro.

—Señorita dijo entonces Cesarina, después de haber hecho sentar a las tres visitadoras y dirigiéndose a Julia, ¿ha consultado usted alguna vez con gitanas?

—Nunca.

—¿Cree usted en la segunda vista, en la posibilidad de predecir el destino y leer en lo porvenir?

Julia guardó silencio.

—Usted duda.

—Un poco, profirió la joven sonriéndose.

—¿Duda usted de sí misma?

—¿Qué quiere usted decir?

—¿Que si hago que usted se vea a sí misma en lo porvenir y en lo pasado, dejará de dudar?

—Dejaré; pero mucho me temo que no va usted a lograr sus propósitos, replicó Julia, que, poquito a poco, iba envalentonándose.

—Lo probaremos. ¡Bourdaloue!

El artista compareció al llamamiento, grave y solemne como siempre.

—Dame una botella llena de agua y un vaso, le dijo Cesarina.

Alcides obedeció y a poco volvió y puso sobre la mesa lo que acababan de pedirle; luego aguardó con respetuoso continente.

—Déjanos, le dijo la saltimbanco.

El acróbata se retiró, y un hedor a tabaco que poco después se esparció por el barracón probó que aquél se entregaba a los goces de la pipa.

Cesarina tomó el vaso, lo llenó de agua, y dijo a Julia:

—Ya ve usted que es límpida.

—Lo veo.

—Por lo demás, esta señorita, con quien hice este experimento, puede decirle a usted cuán sencillo es. ¿No es verdad?

—Es cierto, repuso Cecilia.

—¿No tiene usted miedo? preguntó Cesarina.

—¿De qué?

—De lo misterioso: va usted a presenciar cosas singulares, tanto, que quizá se niegue usted a dar crédito a sus ojos.

—Nada temeré, profirió Julia con sonrisa de incredulidad.

—Ya comprenderá usted que hago preceder el experimento de todos estos pormenores para prepararla. Desengañese usted; en lo que voy a hacer nada tiene que ver el charlatanismo; lo único que hay es que lo hago sin poderlo explicar, es hechicería por ignorancia.

Y acercando el vaso lleno de agua a Julia, añadió:

—Mire usted con atención este vaso, dígame qué ve en el interior del mismo.

Cesarina, al pronunciar estas palabras, clavó los ojos en el agua del vaso.

Julia se esforzó en conservar su gesto formal, pero no lo consiguió, y mirando a Cecilia por debajo del vaso, soltó una carcajada.

—Ríase usted, señorita, dijo Cesarina; siempre empieza de esta manera este experimento. Bueno; ahora hágame usted el favor de mirar atentamente.

Julia reprimió la risa y fijó la mirada en mitad del vaso.

—¿Qué ve usted? preguntó Cesarina, que con los ojos fijos y casi desencajados estaba contemplando de un modo singular el agua.

—Nada.

—Mire usted atentamente.

—¡Ah! profirió Julia tras unos instantes de atención, el agua cambia de color; parece ópalo derretido.

—Perfectamente; ¿qué más?

—Ahora parece que hierva un poco.

—Esto es. ¿Qué ve usted?

—Es curioso: veo árboles y una casa. —¿Conoce usted esa casa y esos árboles?

—Sí; es Valgenceuse, la casa de mi madre. Toma, mira, dijo Julia acercando el vaso a Cecilia.

—Solamente usted puede ver; nada percibirá la señorita, interrumpió Cesarina.

—Es singular, murmuró Julia, perdidas ya las ganas de reírse y al parecer con el alma en los ojos.



—¿Qué hay?

—Veo a mi madre.

—¿Qué traje ostenta?

—Lleva un peinador azul y un gran sombrero de paja; se está paseando por los acirates, y mientras con una mano oprime algunos papeles, con la otra corta flores.

—¿Ha visto usted a su madre esta mañana?

—No.

—Pues al regresar usted a su casa verá si el traje ese es igual y le preguntará qué ha hecho.

—Todo desaparece, dijo Julia; ya nada veo.

—Continúe usted mirando.

—Veo un aposento, prosiguió la señorita de Beauzée pocos segundos después, un aposento casi a oscuras; en él hay una cama, y en la cama un hombre, junto al cual están una mujer y una niña. El hombre es mi padre, la mujer mi madre, y yo la niña. Sí, esto es. Yo estoy llorando y mi madre eleva sus preces a Dios... Mi padre nos bendice a las dos y exhala el postrer aliento.

Por las mejillas de Julia rodaron dos lágrimas.

—El cuadro es fiel, profirió la joven enjugándose apresuradamente los ojos y mirando de hito en hito a Cesarina. ¡Oh! lo que usted me ha hecho ver es maravilloso.

—¿Conque cree usted?

—Firmemente.

—Ahora veamos lo venidero.

Julia titubeó manifiestamente.

—Usted teme, señorita, le dijo Cesarina sonriéndose.

—Lo confieso.

—Pues bien, ¿quiere usted que le prediga el porvenir sin hacérselo ver?

—Lo prefiero.

—¿Está usted decidida a hacer lo que yo le diga?

—Sí.

—¡Bourdaloue! gritó Cesarina.

El respondón obedeció al llamamiento.

—Dame el anillo, le dijo la gitana.

Bourdaloue se registró la faltriquera, y sacó un anillo de hierro, lo apretó varias veces entre las manos, y acercándose a Cesarina, se lo puso en un dedo en el instante en que ésta tomaba asiento.

La gitana se estremeció, cerró los párpados y permaneció en la actitud de una mujer dormida.

Como en efecto, lo estaba.

Julia seguía con ojos de admiración, de espanto casi, la escena que a su presencia se desenvolvía.

—Ahora, dijo Bourdaloue a la de Beauzée, dé usted la mano a Cesarina, señorita, e interróguela. Yo me retiro.

Julia puso su blanca y suave mano en la áspera de la gitana, pero no supo qué preguntarle.

—¿Qué quiere usted saber? dijo Cesarina.

—Dígame usted en qué estoy pensando.

—¿Puedo hablar en alta voz ante las dos personas que están ahí?

—Sí.

—Pues está usted pensando en un joven.

Julia hizo un movimiento.

—¿Desea usted que me calle? preguntó Cesarina.

—No; diga.

—Usted ama a ese joven.

Julia balbuceó algunas palabras, pero en voz tan queda, que solamente la oyó la sonámbula.

No necesitamos decir que, ínterin, Enrique tenía pegado el oído a la puerta del gabinete en que estaba escondido.

—A usted la ama otro hombre, prosiguió Cesarina.

—¿Cómo se llama?

—Héctor. ¿No es verdad?

—Sí. ¿Cuál de los dos me ama más?

—El último.

—¿Está usted segura de lo que dice?

—Del todo.

Julia se estremeció de pies a cabeza.

—Pero usted no le ama, continuó la gitana.

—También es cierto.

—Lo que labra la desdicha del joven.

—¡Qué! ¿le ve usted?

—Claramente. La madre de usted le habló de él ayer noche.

—Es verdad. Prosiga usted, prosiga.

—Va usted a matrimoniar dentro de poco.

—¿Con quién? preguntó Julia en voz baja.

—No puedo decírselo a usted; pero si puedo manifestarle con quién debería usted casarse.

—¿Con quién?

—¡Oh! lo estoy leyendo en su porvenir como en un libro, señorita. Será usted desgraciada, pero por su culpa, a no ser que me jure creer y hacer cuanto yo le diga.

—¿A qué tal juramento?

—Porque no puede usted ser dichosa si no me obedece.

—La obedeceré a usted, profirió Julia, aguijada por la curiosidad de saber lo que todavía tenía que decirle la sonámbula.

—Al regresar usted a su casa, o más bien a casa de su madre, ésta va a anudar con usted la conversación de anoche.

—¿Luego usted sabe lo que me dijo mi madre?

—¿Quiere usted que se lo repita?

—Es excusado.

—El primer hombre a quien usted vea, a quien usted vea, ¿oye usted?, después de la conversación que tendrá con su madre, es el que deberá usted elegir para marido, sean cuales fueren los impulsos de su corazón respecto del otro; de no, no respondo de nada.

—Está bien, dijo Julia, a pesar suyo conmovida por lo que acababa de oír. Basta.

Y echando una moneda de oro sobre la mesa, abandonó el barracón en compañía de su amiga y del ama de llaves.

—¿Qué te parece? preguntó Cecilia a la señorita de Beauzée.

—Que estoy satisfecha de encontrarme al aire libre. Esa mujer ha leído en lo más íntimo de mi alma.

—¿Vas a hacer lo que te ha dicho?

—No sé. ¿Qué harías tú en mi lugar?

—Obedecería.

—¿Tú obedecerías?

—Si.

—Entonces, veremos.

Y Julia tomó, pensativa, la vuelta de la quinta.

Bourdaloue, al ver salir a las tres mujeres, se metió nuevamente en el barracón y despertó a Cesarina, sacándole del dedo el anillo de hierro con ayuda del cual la adormeciera.

## VI

Lo primero que, una vez recobrada, hizo Cesarina, fue abrir la puerta del gabinete en que se escondiera Ermenón; el cual, después de haber escuchado la conferencia que acababa de celebrarse con la gitana sonámbula, no pudo menos de mirar a ésta con asombro y preguntarle:

—¿Así, pues, sucederá lo que acaba usted de predecir?

—¿He predicho algo?

—¡Cómo! ¿no se acuerda usted?

—No; una vez despierta no recuerdo absolutamente nada de lo que he dicho durante mi sueño; pero lo que he dicho se realizará. ¿Lo ha oído usted?

—Muy claramente.

—¿Es de fácil ejecución?

—Facilísimo. Ha dicho usted a esa señorita que amase y casase con el primer hombre que se presente a ella inmediatamente después de haber hablado con su madre.

—Pues vea usted de ser el primero.

—Entonces me voy ahora mismo. Adiós, Cesarina.

—Él le acompañe.

—Tome; para usted y para Bourdaloue.

—Gracias, caballero, dijo el atleta, que en aquel instante entraba y tomó los otros dos doblones de a cuatro que Ermenón acababa de tirar sobre la mesa.

Ínterin, Julia y Cecilia se encaminaban a Valgenceuse.

Julia estaba imaginativa; lo que acababa de presenciar y oír en el barracón la traía preocupada. No veía la hora de hablar con su madre para preguntarle qué había hecho durante su ausencia y para cerciorarse de si realmente vestía el traje con que se le presentara en el vaso.

—¿No te lo dije? repetía una y otra vez Cecilia.

—Es maravilloso, es maravilloso, profería Julia; he visto a mi padre como te estoy viendo a ti; ni la más mínima circunstancia faltaba al cuadro que se desenvolvía a mis ojos. ¿Qué te hizo ver a ti?

—Mi pasado.

—¿Fiel?

—Fiel.

—¿Y lo porvenir?

—No me atreví a preguntárselo.

—Quizá más me habría valido hacer lo mismo.

—Puede que sí, amiga mía.

—El primer hombre a quien veré después de mi conversación con mi madre, decía Julia para sus adentros. ¡Es espantoso! ¿Y si el hombre ese fuese jorobado, viejo o feo?

—No faltaba más sino que el fulano ese no fuese Enrique, dijo en voz baja Cecilia a su amiga; eso es lo más temible.

—Tengo un miedo cerval. Pero escucha, ¿quién me dice a mí que todo eso no sea más que hijo del acaso?

—Ea, ya empieza a minarte la duda.

—No, pero es demasiado serio para que yo no tome mis precauciones. Escucha mi plan. Si mi madre ha hecho esta mañana lo que he visto, si llevaba un peinador azul y sombrero de paja y se ha paseado por el jardín, llevando papeles en una mano y flores en la otra, obedeceré la predicción de Cesarina, y sea cual fuere, casaré con el primer hombre a quien vea después de haber hablado con mi madre.

—Entonces apretemos el paso.

Hiciéronlo así las dos doncellas y a poco llegaron a Valgenceuse.

—¿Dónde está mi madre? preguntó Julia al entrar en la quinta.

—En el salón de la planta baja, señorita, respondió la sirvienta que había acudido a abrir el enverjado.

Julia y Cecilia se encaminaron al salón apresuradamente.

La señora de Beauzée, que iba envuelta en un peinador azul y junto a sí tenía un sombrero de paja, estaba leyendo atentamente los papeles que el hijo del notario Grandín le entregara la víspera.

—Es el mismo traje, profirió Julia con no fingida emoción; si, es el mismo.

—¡Ah! ¿están ustedes ahí, niñas? dijo la señora de Beauzée.

—Madre, ¿qué has hecho esta mañana? preguntó Julia besando a aquélla.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Para ver si la bruja ha sido puntual en sus afirmaciones.  
—Pues... me he levantado.  
—¿Y después?  
—Me he vestido y he bajado al jardín.  
—¿Con este mismo traje?  
—Sí.  
—¿Qué has hecho en el jardín?  
—Me he paseado.  
—¿Qué llevabas en la cabeza?  
—Ese sombrero que acabo de quitármelo, respondió la señora de Beauzée mostrando el sombrero de paja que pusiera junto a si, en una silla.  
—Y mientras te has estado paseando, ¿qué has hecho? prosiguió Julia.  
—He cogido flores.  
—¿Nada más?  
—Nada más.  
—Y en la mano ¿no llevabas cosa alguna?  
—Sí, estos papeles, sobre los cuales precisamente tengo que hablarte. ¿Me hace usted el favor de dejarnos un rato a solas, mi querida Cecilia? dentro de un cuarto de hora nos reuniremos a usted en el jardín. ¿Le parece?  
—Me vuelvo a casa, dijo Cecilia; mi madre me estará aguardando.  
—Mira, advierte a tu madre y vuélvete, profirió Julia; quiero tenerte a mi lado, ya sabes por qué. ¿Oyes?  
—Antes de diez minutos estoy de vuelta.  
Cecilia su fue.  
—Hija mía, dijo entonces la señora de Beauzée, perdemos mucho.  
—¿Mucho qué?  
—Mucho dinero.  
—¿De veras?  
—Si; tú no puedes comprender todavía, como yo, los papeles de procedimiento, de lo contrario te daría a leer estos y verías que perdemos muy poco menos de treinta mil duros.  
—¿Y a causa de qué?  
—A causa de que tu padre era excesivamente confiado y prestó dicho dinero sobre una mala hipoteca que se nos escapa hoy de entre las manos.  
—No. te apures, mi buena madre; con hacernos menos trajes, despedir algunos criados y no recibir tantos amigos, todo se arreglará, Dios mediante.  
—Si te hablo de esto, mi querida hija, es porque pronto vas a verte interesada en esta pérdida.

—¿Por qué?

—Porque con tal reducción tu dote va a sufrir mucho.

—¿Acaso necesito yo de dote?

—La verdad es que eres bastante hermosa para pasarte sin él; mas por desgracia es muy fácil que no se contente con esta razón aquel con quien cases.

—¡Oh! madre mía, Enrique no piensa en el dinero.

—¿Conque definitivamente te inclinas a Enrique?

Julia hizo una señal afirmativa.

—¿Así, pues, la bruja te ha alentado en tu elección?

—No, y aun puedo decir que me ha sumergido en un mar de perplejidades.

—¿Y eso?

—Primeramente hay que decir que en cuanto bruja lo es de veras.

Y Julia contó a su madre el experimento del vaso de agua, tan fiel en sus más mínimos pormenores.

—Luego, prosiguió la joven, me ha dicho: «Debe usted amar y casar con el primer hombre a quien verá después de la conversación que va usted a tener con su madre».

En esto sonó la campanilla del jardín.

—Puede que sea él, profirió Julia acercándose a la ventana, cuyas persianas estaban cerradas.

—¿Quién es él? preguntó la señora de Beauzée.

—Enrique.

—Bueno, ¿y qué estás haciendo?

—Quiero cerciorarme.

—¿Para qué?

—Para que sea el primero a quien habré visto después de nuestra conversación; de esta suerte el vaticinio de la bruja estará en armonía con mi alma.

—¿Y si es otro?

—Tienes razón.

—Además, todavía no te he manifestado cuanto tengo que decirte. Ea, acércate y siéntate otra vez. Por otra parte, quien cree en los vaticinios de las gitanas debe aguardarlos y no salir a su encuentro; de lo contrario altera el orden en el cual han de presentarse.

La señora de Beauzée dijo las transcritas palabras con un tono que daba a comprender que no tenía gran fe en las predicciones.

—Por lo demás, añadió la madre de Julia, hay un modo de saber a qué atenernos.

—¿Cuál?

—Enterarnos de quién acaba de entrar en la quinta.

Julia tiró de la campanilla.

—¿Quién está ahí? preguntó la señora de Beauzée a la doncella que acudió al llamamiento.

—El señor Enrique de Ermenón.

—Lo presumí, dijo entre si Julia.

—¿Está ahí todavía?

—Sí, señora.

—Dígale usted que nos haga el favor de molestarse unos minutos.

—Ya se lo he dicho, señora, contestó la doncella: la señorita Cecilia, al salir, ya me había advertido que usted quería quedarse a solas con la señorita.

—Perfectamente; cuando oiga usted que llamo otra vez, entre.

La doncella se fue.

—Hete tranquilizada, dijo la señora de Beauzée a su hija; está ahí; ahora nos cabe la seguridad de que nadie, ni el criado, entrará aquí antes que tu elegido.

—Bien, sí; pero ¿qué es lo que te falta decirme? repuso Julia, que al parecer ardía en deseos de concluir cuanto antes.

—¿Conque realmente crees en la predicción de la gitana?

—¡Oh mi querida madre! si tú hubieses visto lo que yo, también creerías.

—Esto quiere decir que si se te presentase otro hombre antes que Ermenón, te casarlas con él. ¿No es así?

—Sí.

—¿Estás segura?

—Si, madre mía, respondió Julia; la cual, sabiendo que Ermenón se encontraba en la quinta, imaginaba no arriesgarse mucho.

—Entonces apresurémonos para que no sobrevenga un contratiempo, dijo la señora de Beauzée, quien, aunque incrédula, prefería conciliar el vaticinio con los acontecimientos. De Ermenón quería yo hablarte; ya sabes que su fortuna ha sufrido gran menoscabo, lo mismo que la nuestra; así me lo dijeron ayer. Admitiendo que tú cases con él, entre los dos no reuniréis más allá de doce mil pesetas de renta; lo que es poco en París, mientras que...

La señora de Beauzée titubeó y miró a su hija.

—¿Qué? preguntó Julia.



—Que si tomabas por marido a Héctor Grandín, por ejemplo, que te ama, como te lo dije anoche, serias rica, mucho más rica, porque el padre de Héctor disfruta, por lo bajo, de una renta de ocho mil duros, y por más que digan, la fortuna no es para desdeñada.

—¿Continúas dejándome en libertad de elegir, madre mía?

—Sí.

—Pues no hablemos más de Héctor Grandín, le detesto.

—Bien, hija mía, entonces no perdamos más tiempo. Llama.

Julia obedeció, y a poco pareció en el umbral del salón la doncella.

—¿Todavía está ahí el señor de Ermenón? preguntó la señora de Beauzée.

—Sí, señora.

—Dígale usted que entre.

—¿Puede también entrar la señorita Cecilia, que acaba de regresar?

—También.

La doncella se fue, y a poco entró Cecilia, la cual dijo a Julia:

—Está ahí, al extremo del jardín; le he visto.

—Lo sé, contestó Julia.

—Pues haz tú la mitad del camino; vayamos a su encuentro; es lo más seguro.

—Dices bien.

Las tres mujeres abrieron la puerta, Cecilia y Julia evidentemente conmovidas, la señora de Beauzée sonriéndose al ver aquellas niñerías.

Julia soltó el brazo de su amiga; pero en el preciso instante en que iba a bajar al jardín, dio una gran voz.

Acababa de encontrarse frente a frente con Héctor.

Cuando Enrique se presentó, halló desmayada a la joven.

Ermenón estaba tan pálido como Julia, porque, como recordará el lector, sabía a qué atenerse respecto del vaticinio, y el estado de su amada le demostraba que ésta había tomado por lo serio la predicción de la gitana.

## VII

Cecilia y la señora de Beauzée llevaron a Julia a la sala de que acababan de salir, y Grandín y Ermenón se quedaron uno junto al otro en las gradas de la escalinata.

—Al parecer, me ama de veras, dijo para sí Enrique.

Lo cual no era óbice para que éste estuviese grandemente irritado contra Héctor.

Y en verdad había para qué, pues el acaso, al interponer entre Enrique y Julia a Grandín, podía hacer que la joven, dominada por la superstición, a pesar de su amor por el primero, diese la preferencia al segundo.

No es de extrañar, pues, que Ermenón anhelase promover quimera a aquel individuo cuya sola aparición causaba un trastorno tan grande en la quinta.

En cuanto a Héctor, que no sabía a qué atribuir el desmayo de la doncella, se acercó a Enrique, a pesar de lo antipático que le era, y le preguntó:

—¿Qué ha pasado, caballero? ¿Se ha lastimado la señorita Julia?

—Lo que hay, respondió Enrique con grosería y midiendo con la mirada a Grandín, es que la presencia de usted trastorna por tal modo a la señorita Julia, que ésta se ha puesto mala al verle.

Héctor palideció e hizo visibles esfuerzos para refrenarse.

En esto, la criada a quien la señora de Beauzée había llamado apareció en lo alto de la escalinata.

—¿Me hace usted el favor de decir a la señora de Beauzée, profirió Grandín dirigiéndose a la criada, que se sirva entregarle los papeles que ayer traje y preguntarle en mi nombre cómo se encuentra la señorita Julia?

Ínterin, Enrique se paseaba por lo ancho de la escalinata a cuyo pie estaba, mientras Héctor, inmóvil en el mismo sitio, aguardaba la respuesta.

Nadie hubiera dicho que entre los dos jóvenes hubiese ocurrido incidente alguno; parecía que era la primera vez que se encontraban juntos.

Al entrar la criada en el salón, Julia acababa de recobrase.

—¿Cómo estás, hija mía? le preguntó la señora de Beauzée.

—Bien, madre mía, no es nada. Ya sabes cuán impresionable soy; al encontrarme tan inopinadamente con el señor Grandín, a quien confieso no esperaba ver, me he pasmado de tal suerte, que me he sentido mal. Pero ya ha pasado.

Julia dio un beso a su madre y tendió la mano a Cecilia.

—¿Por qué te he permitido que fueses a consultar a esa mujer maldita? dijo la señora de Beauzée a su hija; ella es causa de lo que está sucediendo.

—¡Bah! no vale la pena de que nos ocupemos más en ello, repuso Julia. ¿Dónde están esos caballeros?

—En el jardín, respondió la criada, y el señor Grandín me ha encargado que pidiese unos papeles a la señora y le comunicase noticias de la señorita.

—Dé usted en nombre de mi hija, profirió la señora de Beauzée, las gracias al señor Grandín y entréguele estos papeles, y dígame también que nos dispense si no le recibimos en este momento. ¿No es eso, Julia?

—Cuanto haces está bien, contestó la joven.

—¿Y al señor de Ermenón le digo lo mismo? preguntó la criada.

La señora de Beauzée dirigió a su hija una mirada interrogadora, y luego repuso:

—No, no le diga usted nada.

—Gracias, murmuró Julia sonriéndose.

La criada salió.

—Ea, ahora conversemos un poco, dijo la señora de Beauzée a su hija; acabo de verte tan trastornada, que empiezo a creer que la predicción de la gitana esa te ha impresionado más que no pude sospecharlo. ¿Lo que ha ocurrido modifica algo lo que hablamos anoche?

—¿Qué harías tú en mi lugar? preguntó Julia a Cecilia.

—No titubearla.

—Pero bien, ¿qué harías?

—Obedecería a Cesaría a.

—¿Y tú, madre?

—¿Yo, mi querida hija? obedecería a mi corazón; ya te he dicho que no creo en hechicerías.

—Estoy segura de que Cesarina tiene razón. ¿Qué haré, Dios mío? ¿qué haré? repetía Julia.

—Pues casarte con Héctor, dijo Cecilia.

—No le amo, ni le amaré nunca.

—Entonces cástate con Enrique.

—Bien, si; pero si el acaso dispone que no sea yo venturosa, todos los días de mi vida me arrepentiré de no haber seguido el consejo que me ha dado la Providencia.

—Reflexiona.

—Pero, querida hija mía, dijo la señora de Beauzée asiendo las manos de Julia, te estás devanando inútilmente los sesos. Enrique ni Héctor se han declarado todavía, y hablas como si los dos te hubiesen pedido en matrimonio y te vieses obligada a elegir hoy mismo. Quizá no piensan en ti ni el uno ni el otro.

—¡Oh! Enrique me ama, profirió Julia.

—Sea lo que fuere, lo mejor es aguardar. ¿Te parece?

—Siempre abundo en tu opinión, madre mía, ya lo sabes, respondió la joven.

—Entretanto, prosiguió la señora de Beauzée, se borrará la impresión que acabas de recibir, y con más calma podrás tomar consejo de tus impresiones naturales y de lo que sobrevenga. Ya ves que te trato como mujer, no como niña, y que dejo que resuelvas por ti misma los problemas más graves de la vida. Ahora vamos a dar una vuelta por el jardín, añadió aquella dando un beso a su hija.

Julia se apoyó en el brazo de Cecilia y salió del salón con su madre.

Enrique, que no se había movido de la escalinata, al ver a las tres mujeres se acercó a la señora de Beauzée y le dijo:

—Quizás haya pecado de indiscreto al quedarme aquí; pero antes de retirarme deseaba saber noticias de la señorita.

Y al decir estas palabras, Ermenón fijó las pupilas en Julia, que bajó los ojos y se puso como una cereza.

—Se lo agradezco a usted, caballero, profirió la joven; me encuentro perfectamente.

—¿Me sería dable saber qué la ha atemorizado a usted de tal suerte? añadió Enrique; el cual, sabiendo a qué atenerse respecto de las causas del desmayo de marras, quería ver qué razones le daría la joven.

—La tempestad con que nos amenaza la atmósfera, respondió Julia mirando a su madre con gesto risueño que no pasó inadvertido a Enrique.

—Ea, dijo éste entre sí, todo marcha a pedir de boca; y en alta voz y dirigiéndose a la madre de Julia, sin por esto apartar de la joven la mirada, añadió: señora, mi tío quería venir a visitarla a usted hoy para disculparse de no haber podido corresponder a la invitación que usted le dirigió, y al mismo tiempo para hablarle de un asunto de importancia. Me he atrevido, pues, a

venir para preguntarle a usted si esta tarde se encontrará aquí y si la visita de aquél la será importuna.

—Diga usted a su tío, mi querido Enrique, respondió la señora de Beauzée, que siempre es bien llegado a Valgenceuse, y que sólo le tildo el que no venga con más frecuencia.

—A propósito, señorita, repuso Ermenón después de corresponder con una reverencia a la respuesta de la dueña de la quinta y haberle dado las gracias con un gesto, ¿ha ido usted a consultar a la gitana?

—Sí, señor, respondió Julia arrancada inopinadamente de la divagación en que estaba abismada hacía algunos instantes, pese a las reflexiones que le hacía su amiga.

—¿Y la ha maravillado a usted tanto cuanto se lo prometiera a usted Cecilia?

—Sí.

—¿Le ha dicho a usted lo pasado?

—Más, me lo ha hecho ver con verdad pasmosa.

—¿Y lo venidero?

—¿Lo venidero? profirió Julia cruzando una mirada con su madre, también me lo ha predicho.

—¿Es tal cual lo deseaba usted?

—No, respondió la joven, que no sospechaba que Enrique había oído todo cuanto pasara en el barracón de Cesarina, y para el cual, por consiguiente, semejante *no* equivalía a una declaración en toda regla.

—Bueno, pero como usted ya está avisada, no tiene más que salir al encuentro de los acontecimientos predichos y obligarles a que se transformen.

—¿Qué me aconseja usted?

—Grave es lo que usted me pregunta, respondió el joven, que no esperaba verse requerido en tal terreno.

—No diré que no; pero conteste usted sin ambages, repuso Julia interrogando a su interlocutor con los ojos y con los labios.

—Estaría a ver, dijo Enrique.

—Es lo que hace poco decía yo a mi madre, profirió Julia; pero no es esto lo que yo deseo. Repito, pues, mi pregunta. Si Cesarina, cuyo saber es indiscutible, le hubiese dicho a usted: ante usted se presentan dos cosas, una a la cual usted desea, y la otra a la cual usted repele; si consiente usted en la primera será usted desgraciada; si a pesar de lo repulsiva que le es a usted la segunda, la hace usted, será dichosa, ¿qué haría usted?

—Lo segundo, replicó Enrique, ávido de saber la impresión que tal consejo produciría en la joven y ya convencido de que Julia le amaba lo bastante para no seguir su dictamen.

—¡Ah! ¿conque usted haría lo segundo? susurró Julia palideciendo.

—Vaya que sí, y a ojos cerrados.

—¿Sin pesar alguno?

—No digo tanto, pero sí sin vacilaciones.

—Si supiese usted lo que me está aconsejando, caballero Enrique, quizá no me hablaría usted de esta suerte.

—Se equivoca usted, señorita; diría exactamente lo mismo.

—Y tú, madre, tú que sabes de qué se trata, ¿qué harías?

—En verdad te digo, hija mía, respondió la señora de Beauzée, que el consejo que te da el caballero Enrique me parece, salido de su boca, como proveniente de Dios, y que abundo en su dictamen.

Al escuchar Ermenón estas palabras, cuyo significado era bien claro para él, se arrepintió de haberse metido en tales berenjenales.

—¿Y tú? preguntó Julia a Cecilia con acento conmovido.

—Ya te he manifestado mi parecer respecto del particular, respondió la interrogada; obedecería a ciegas.

—Pues bien, profirió Julia con acento un si es no es colérico y sin sospechar lo más mínimo que la estaban espiando dos ojos que lo habían visto todo y a los cuales con lo que iba a decir abriría su corazón como un libro; pues bien, no se dirá que una saltimbanco de tres al cuarto, domadora de fieras de cartón, me ha hecho obrar según su voluntad; a pesar de lo que me dicen ustedes, no sólo no la obedeceré, mas también haré diametralmente lo contrario de lo que me ha recomendado.

Una sonrisa de triunfo animó el semblante de Enrique, que no pudo menos de decir a Julia:

—¡Quién sabe! tal vez a Dios le plazca la confianza que usted ha tenido en él, señorita.

—Diga usted a su tío que esta noche sin falta le aguardo, repuso la señora de Beauzée dirigiéndose al joven, al ver en la respuesta de su hija la resolución inquebrantable de tomar por esposo a Enrique, y convencida de que de la visita del señor de Ermenón resultaría la petición de la mano de Julia.

Y al mismo tiempo miró a Enrique con expresión que quería decir:

—Todo lo he comprendido, espere usted, confíe.

—Pues yo hubiera obedecido a Cesarina, repitió por la centésima vez Cecilia; y acercando los labios al oído de su amiga, añadió en voz sumamente baja: yo habría tomado el otro.

## VIII

Mientras la señora de Beauzée, su hija, Cecilia y Enrique sostenían en Valgenceuse la conversación que acabamos de transcribir, Héctor entraba en S...; pero en lugar de encaminarse a su casa, fue a ver a uno de sus amigos, y después de contarle lo que acababa de pasar entre él y Ermenón, le rogó que, junto con otro de sus compañeros, exigiese satisfacción a Enrique, aun cuando debiese llegarse a un duelo.

El amigo hizo lo posible para que Héctor renunciase a tal determinación, pues sabía que el hijo del notario era muy poco experto en el manejo de las armas, en tanto Enrique de Ermenón gozaba fama de tirador consumado; pero Héctor era valiente y se mostró inquebrantable.

Aceptó, pues, el amigo la comisión, y Grandín fue a reunirse a su padre, a quien besó la mano como un buen hijo la besa siempre a sus padres en vísperas de un peligro.

Durante el resto del día Héctor estuvo, si no triste, cuidadoso. No era el temor a un duelo lo que le traía preocupado: al contrario. Conocía que al casar Julia con Ermenón, como para él era indudable que así sucedería, sobre su existencia caería un velo de tristeza, ya que tal matrimonio le arrebataría su esperanza más cara. Al imaginar esto, Héctor sentía con más vehemencia el deseo de batirse con Enrique y de quedar herido gravemente, para que por espacio de algún tiempo el dolor físico acallase en él los sufrimientos morales.

Como es de suponer, la preocupación de Héctor no pasó inadvertida a su padre, y como éste imaginase ver la causa de ella en el amor que aquél llevaba a Julia, hizo el propósito de ir aquella noche misma a pedir la mano de la joven a la señora de Beauzée.

A eso de las cuatro, el testigo de Héctor fue a verle y le dio cuenta de su cometido. Él y su compañero habían celebrado una entrevista con Enrique de Ermenón, el cual respondiera de buenas a primeras que no tenía que dar



explicación alguna, y que por mucho que le pesara haber hecho alguna cosa, no lo confesaba nunca ni daba satisfacciones antes de un duelo. En su consecuencia, pues, rogó a los testigos que subiesen a la habitación de su tío y fijasen con él las condiciones.

El tío de Enrique era hombre a quien semejantes ocurrencias le halagaban grandemente, porque le daban a entender que se encontraba todavía en los floridos años de su juventud y le traían a la mente el recuerdo de uniformes, charreteras y escándalos.

Los testigos de Héctor explicaron al tío de Enrique el porqué de la entrevista que deseaban celebrar con él, y el susodicho tío, al recibirlos e instarles con exquisita galantería para que tomasen asiento, les dijo:

—¿Conque han visto ustedes a mi sobrino?

— Sí, señor.

—¿Y no quiere dar satisfacción alguna?

—Ninguna.

—¿Ya saben ustedes que es un espadachín consumado?

—Lo sabemos.

—¿Y su adversario lo sabe también?

—Sí, señor.

—Tal vez esta consideración le mueva a renunciar al duelo.

—No, señor, replicó con sequedad uno de los testigos de Héctor: el señor Grandín es valiente y no retrocede ante nadie.

—Ea, veo que es un joven de prendas, repuso Ermenón; pero, en confianza sea dicho, ¿ustedes prefieren que su apadrinado no sucumba en el duelo?

—Naturalmente.

—Por tanto, ya que es imprescindible que se efectúe el duelo y, por otra parte, hay que procurar que no sea mortífero, elijan ustedes la espada, y procuraremos que el honor quede pronto satisfecho. Un duelo, aunque de poco más o menos, no dejará de dar cierto lustre al señor Grandín. Además sería una lástima que un joven bizarro como él se se hiciese matar por una patarata al principio de su carrera. ¿Qué les parece a ustedes?

—Corriente.

—Así, pues, elegimos la espada, ¿eh?

—Que sea la espada.

—Y sobre todo mucho sigilo.

—Nada tema.

—Él marqués de Drancy será el otro testigo de mi sobrino, y si ustedes me hacen el favor de decirme dónde nos encontraremos, todo terminará en un abrir y cerrar de ojos.

—Mañana por la mañana, a las seis, a la entrada del bosque de Pontarmé. ¿Conformes?

—Conformes.

Los dos testigos se retiraron.

Convinieron, pues, éstos, de acuerdo con su apadrinado, que Héctor se encontraría dispuesto al día siguiente, a las cinco de la mañana, y que saldría solo para que su padre nada sospechase.

El primer duelo siempre se toma por lo serio.

Una vez fuera sus amigos, Héctor se encerró en su cuarto, y previendo que podía perder la vida, escribió dos cartas, una a su padre y la otra a Julia.

En la primera consolaba de antemano el dolor paternal; en la segunda declaraba a la señorita de Beauzée que la amaba con todo su corazón y moría pensando en ella.

Escritas las cartas, las dobló y selló, y luego las puso en un cajón del que se metió la llave en el bolsillo.

Después bajó a ver a su padre, comió con él tan alegremente como le fue posible y le advirtió que por la noche saldría.

—Mejor, repuso el notario, también a mí me llama fuera de casa un asunto.

Terminada la comida, Héctor se encaminó a la vivienda del amigo con quien debía hacer ejercicios de esgrima, pues quería demasiado a su padre para dejarse matar sin haberse defendido, no obstante su desaliento.

El notario se encaminó a Valgenceuse, y una vez en ella le rogaron que se molestara un rato por estar en aquel entonces la señora de Beauzée conversando con Gabriel de Ermenón y haber dado orden de que no la interrumpieran para nada.

—Doy un paso en vago, dijo entre sí el señor Grandín, decidiendo, sin embargo, aguardarse.

En efecto, mientras él estaba esperando, Ermenón pedía a la señora de Beauzée la mano de Julia para su sobrino.

—Ya sabe usted cuánto quiero a mi hija, dijo la señora de Beauzée, y si fuese desgraciada, me moriría de pesadumbre. Pues bien, señor de Ermenón, ¿me jura usted por su honor que su sobrino ama a Julia lo bastante para hacerla dichosa y que si ha de llover sobre ella alguna desgracia no será porque él la provoque?

—No sé ni puedo decir, señora, respondió el barón, que hablaba con toda formalidad, sino que si usted le niega la mano de la señorita Julia, es capaz de perder el juicio. Esta mañana ha provocado al hijo del señor Grandín sólo por haber sospechado que ese joven amaba a Julia.

—Espero que tal provocación no tendrá consecuencias.

Gabriel de Ermenón notó que había cometido una asnada, y se apresuró a contestar:

—Nada tema usted, señora.

—Pues bien, señor barón, dijo la señora de Beauzée, puede usted decir a su sobrino que mi hija le ama y que le concedo su mano.

—Mil gracias, señora, por la honra que nos dispensa.

—Sólo faltará extender las capitulaciones.

—Usted tiene notario.

—Sí, pero da la coincidencia que mi notario lo es el señor Grandín, y le causarla profundo disgusto el redactar para Enrique un contrato que él querría haber extendido para Héctor, y aun es probable que se negara a hacerlo. Pero usted también tiene, ¿no es verdad?

—Ha supuesto usted bien, señora.

—Pues que se encargue él de este cometido.

La señora de Beauzée llamó, y dijo a la criada, que a poco pareció al umbral del salón:

—Que entre mi hija.

—Ahí está el señor Grandín, que desea hablar con usted, dijo la criada.

—Que me haga el favor de aguardarse unos instantes más y que me dispense.

Julia entró.

—¿Ya sabes, hija mía, le dijo la señora de Beauzée, a qué ha venido el señor barón esta noche?

—Lo supongo.

—¿Así, pues, consientes?

—Sí, madre.

—¿Lo has reflexionado maduramente?

—Sí.

—¿Y la gitana? dijo la señora de Beauzée al oído de Julia.

—Ya no pienso en ella.

Julia mentía al proferir estas palabras, porque desde la mañana no pudo acallar una voz íntima que le decía: *¡Obras malamente!*

—Pues bien, hija mía, prosiguió la señora de Beauzée, desde hoy eres la esposa del señor don Enrique de Ermenón, que vendrá esta noche misma, ¿no es eso, señor barón? porque es menester que le hable.

—Le diré que venga.

—¿Está en su casa?

—Aguarda con impaciencia mi regreso.

Gabriel de Ermenón se despidió de la señora de Beauzée y de Julia y se fue con rostro placentero.

Media hora después, el notario Grandín tomaba también la vuelta de su casa; pero su semblante estaba tan triste y descompuesto cuanto alegre y confiado el del anciano.

Enrique pasó toda la velada en compañía de su novia y de su futura suegra.

El notario, que ignoraba que Héctor tuviese pendiente un desafío para la mañana siguiente, la pasó con su hijo, a quien comunicó el paso que acababa de dar, el mal resultado de sus gestiones y el próximo matrimonio de Enrique.

—¡Si yo le matara! decía entre sí y sonriéndose Héctor, que hasta entonces no había sonreído nunca a un mal pensamiento.

A media noche el padre y el hijo se separaron.

Héctor, que pasó la noche desvelado, a las cinco de la mañana entreabrió la puerta del dormitorio de su padre, penetró sigilosamente en el aposento, y al ver a aquél entregado a profundo sueño, le besó suavemente para no despertarlo. Luego salió de su casa y se encaminó al encuentro de sus dos amigos, que le estaban aguardando en la entrada de la carretera.

—¿Me he retrasado? preguntó Héctor a sus amigos.

—No.

—Sin embargo, apresurémonos.

Al llegar al linde del bosque de Pontarmé, los tres amigos, al notar que allí no había nadie, volvieron el rostro y vieron llegar a paso ligero a Enrique y sus dos testigos.

—Tomemos por una vereda, dijo Héctor; si encontrásemos un gendarme sospecharía lo que vamos a hacer. Y tú, añadió dirigiéndose a uno de sus amigos, quédate aquí y di a esos caballeros que les estamos aguardando en el primer claro a mano izquierda.

Grandín desapareció con su segundo testigo.

Diez minutos después, todos estaban reunidos en el campo del honor.

—Caballero, dijo entonces Enrique acercándose a Héctor, me considero en el deber de manifestar a usted cuánto siento y deploro lo que ocurrió ayer

entre los dos. Tiéndame usted la mano en señal de que lo ha echado todo al olvido.

—¿Qué significa eso? profirió Héctor, admirado de aquella tardía retractación, y no pudiendo, a pesar suyo, creer que su adversario obedecía a una instigación del miedo.

—Esto quiere decir, caballero, contestó Ermenón, que al obrar así obedezco al primer deseo de mi mujer, la señorita Julia de Beauzée, que anoche me dijo que no quería que me encontrase con usted más que como amigo. Además, le confieso a usted que lo que ella quiso, mi corazón también me lo dictaba.

Enrique tendió la mano a Héctor, que correspondió a esta demostración.

—¿Conque todo está olvidado? preguntó Enrique.

—Todo, caballero, respondió Héctor.

—Pues en prenda va usted a hacerme el favor de asistir a mi boda, dijo Ermenón con acento que probaba que sus palabras no eran un sarcasmo, sino un sincero deseo de captarse la amistad de su desgraciado contrincante.

—Me es imposible, replicó Héctor con voz conmovida.

—¿Por qué?

—Porque esta tarde me pongo en camino para un asunto importante que me obligará a estar ausente por espacio de cinco o seis meses.

Los dos adversarios se saludaron de nuevo y se separaron.

Héctor se volvió a su casa, quemó las dos cartas que había escrito y se puso a llorar a lágrima viva.

—Ea, hijo mío, le dijo su padre, que le encontró abismado en la desesperación, ¿qué quieres que sea de mí si no te abandona nunca la pesadumbre?

—Ya me consolaré, padre; mas para eso es menester que me dé usted permiso para emprender un viaje.

—Como gustes, hijo mío; con tal sepa yo que eres dichoso, me basta.

Héctor salió para París por la tarde de aquel mismo día.

—Escríbeme a menudo, le dijo el notario abrazándole por última vez. ¿Oyes?

—Lo haré, padre.

Héctor llegó a París, y de ésta pasó a Marsella, donde se estableció en casa de un su pariente.

Doce días después de la partida de Héctor, Enrique casó con Julia.

Para S... la boda fue una solemnidad, pues los novios eran jóvenes, hermosos y ricos, y, al parecer, dichosos.

El casamiento se celebró bajo los mejores auspicios, lo que no fue óbice para que Cecilia, que había sido madrina, dijera por la noche a su amiga.

—Ríete de mí si quieres; pero yo, en tu lugar, me habría casado con Héctor.

En cuanto a Cesarina, había desaparecido con todos los gitanos de la feria, y continuado con Bourdaloue sus excursiones por las aldeas circunvecinas.

## IX

Tres años después de los acontecimientos que acabamos de referir, ante la puerta de la casa en que habitaba la madre de Cecilia se detuvo un coche de viaje, y de él se apeó una mujer, que después de haber llamado a la puerta de aquélla preguntó al criado que compareció al llamamiento:

—¿Está en casa la señorita Cecilia de Curdy?

—No, señora, la señorita casó hace año y medio, respondió el criado.

—¿Dónde vive ahora?

—En París, calle de la Paz, n.º...

—¿Y se llama?

—Señora Grandín.

La criada se subió de nuevo el coche y transmitió a su ama las noticias que acababan de comunicarle.

El carruaje anudó la marcha, relevó el tiro y tomó el camino de París, y tres horas después se detenía a la puerta de una fonda de la calle de Rívoli.

La dama que iba en el coche, enlutada, tomó un simón y dejó a su criada el cuidado de hacer subir sus maletas a su cuarto.

Una vez en la calle de la Paz y frente al número indicado, la dama preguntó por la señora Grandín.

—Piso segundo, respondió el portero.

La señora Grandín estaba en su casa.

—¿A quién debo anunciar? preguntó la criada.

—Ahí va mi tarjeta, dijo por toda respuesta la dama enlutada.

Apenas habían transcurrido algunos segundos, cuando la dueña de la casa entró precipitadamente en el salón y abrazó estrechamente a la visitadora, diciendo:

—¡Cómo! ¿eres tú, mi buena Julia?

—La misma, mi querida amiga.

—Mira, entremos en mi dormitorio y hablaremos con todo desahogo.

Las dos mujeres entraron en el aposento contiguo, alhajado con sumo gusto y riqueza.

—¿Sabes que te tuve por muerta? continuó Cecilia, una vez hubo desembarazado a su amiga de su sombrero y dádole otro beso.

—Poco le ha faltado. Pero también a ti te encuentro cambiada, mi querida Cecilia.

—En efecto.

—Ya sé que estás casada.

—¿Sabes con quién?

—Con Héctor.

—Lo has adivinado.

—¿Y eres dichosa?

—Dichosísima. Sólo tú faltabas para completar mi ventura, y hete ahí, amiga mía.

—¿Te ama tu marido?

—No tanto como te amaba a ti, pero me quiere mucho, contestó Cecilia sonriendo.

—Pero ¿cómo has llegado a casarte con él?

—La profecía de Cesarina me bailaba por las mientes. ¿Te acuerdas que el día mismo de tu casamiento te dije que hacías mal en no seguir el consejo que aquélla te había dado? Pues sí, yo no dejaba de preguntarme si la dicha que Héctor debía darte a ti, la darla a otra. Tuve varios partidos, y los deseché todos. Tú saliste de Valgenceuse, y llegado el mes de octubre y en el mismo día de las carreras de caballos, es decir, unos cuatro meses después de tu boda, volvieron los saltimbanquis del mes de mayo, entre los cuales estaba Cesarina. Fui a consultarla, y como me dijo que vela que te amagaban grandes infortunios, le pregunté si había modo de atajarlos. «No, me respondió, es imposible, pues no se originan de ella ni de su marido, sino de un pariente del señor de Ermenón, cuyos desórdenes son irreparables». ¿Es cierto, Julia, lo que dijo Cesarina?

—¡Ay! si, murmuró la joven.

—Entonces, continuó Cecilia, pregunté a la gitana si Héctor se casaría con otra mujer y si la haría dichosa, y me respondió que éste tardaría mucho tiempo en consolarse de tu pérdida, pero que si yo quería emprender su curación lo conseguiría; además, añadió que no vela nube alguna en mi porvenir. Desde entonces mi resolución fue irrevocable. Héctor regresó dos meses después de tu casamiento, pero todavía muy apesadumbrado. El notario señor Grandín, que había vendido su estudio, y él, venían a vernos con



frecuencia, y yo me aproveché de esta circunstancia para ir consolándole poco a poco. Héctor se habituó a verme, y... en una palabra, como yo me pusiera entre ceja y ceja que tenía que casar con él, no le cupo más remedio que pasar por ahí, y debo confesar que no parece haberse arrepentido lo más mínimo. He aquí mi historia.

—¿Y tú le amas?

—Mucho; no te diré que lo que siento por él sea una pasión, pero si un afecto profundo, sincero, leal, abnegado, en suma el que es menester a un matrimonio que tiene muchos años por delante.

—¿Y tus padres?

—Buenos; como puedes imaginar, se opusieron grandemente a que yo casara con Héctor, pretextando que tal matrimonio era desigual, y aun me presagiaron toda suerte de desventuras. Pero yo, que tenía metida en la cabeza la profecía, nada quise escuchar, y, como siempre, aquéllos concluyeron por hacer lo que yo quería. Ahora están que no caben en el pellejo.

—¿Conque eres realmente dichosa?

—Muy dichosa.

En esto dieron un golpecito en la puerta.

—Entre usted, dijo Cecilia.

Abrióse la puerta y dio paso a una niñera que llevaba una niña en brazos.

—¡Ah! me olvidaba de mi hijita, exclamó la señora Grandín mostrando a la de Ermenón una preciosa niña que le sonreía y le tendía las manecitas. Mira qué hermosa es, mírala.

Y al hablar así, Cecilia presentaba la niña a su amiga, que la llenaba de besos.

—¿Sabes cómo se llama?

—No.

—Julia, como tú.

—¿Es casualidad?

—No; lo hice ex profeso para que este nombre le diese buena suerte.

—¡Pobre niña! profirió Julia con acento conmovido, ojalá no sea tan desgraciada como yo.

—Espero que me harás partícipe de tus desdichas.

—¿Acaso tengo secretos para ti? repuso Julia tendiendo la mano a su amiga.

—Ea, Anita, dijo Cecilia a la niñera, vaya usted a pasear a la niña y cuide mucho de ella.

La niñera se fue, dejando solas a las dos amigas.

—Dime, preguntó la señora Grandín a Julia, ¿cómo haciendo dos años que murió tu madre llevas todavía luto?

—Lo llevo por mi marido.

—¡Enrique!

—Si; murió hace seis semanas.

—¿Y en seguida pensaste en mí? Verdaderamente veo que continúas siendo la misma. Pero Dios mío, te estoy hablando de mi felicidad y no reparo que estás sufriendo. Perdóname, mi buena Julia, perdóname.

—Para mí es un consuelo verte dichosa, porque si tú sufrieses, mi sufrimiento sería doble. Julia se enjugó los ojos, como hiciera repetidas veces desde el día en que se casara, porque había llorado mucho.

—Pero la dicha de que disfruto te correspondía a ti de derecho, replicó Cecilia; ¿por qué la repeliste?

—No eres tú quien debe reprochármelo.

—Tienes razón. Vamos a ver, cuéntame todas tus desventuras.

—Ya sabes que mi buena madre, que tanto me amaba, murió de repente.

Y nuevas lágrimas velaron la voz de Julia.

—Después de la muerte de mi madre, continuó la joven viuda, mi marido me dio a entender que saliésemos de Francia, donde todo me traía a la mente tan doloroso recuerdo, y viajásemos un poco para distraerme. Ya sabes tú cuánto amaba yo a Enrique; así, pues, accedí a sus deseos. Además, me aconsejó que hiciese vender la quinta de Valgenceuse, diciéndome que después de lo que en ella había pasado, nuestra casa de campo no podía nunca jamás ser una distracción para mí. Yo, rendida por la pesadumbre, no me opuse, y Valgenceuse fue vendida; luego salimos para Italia. Lo que yo ignoraba era que, al partir, Enrique había hecho a su tío Gabriel donación de una parte del dinero que produjera la venta. ¡Ay! no puedes imaginarte quién era ese tío, mi querida Cecilia. Sin embargo, lo sospecharás cuando sepas que él fue la causa de todos nuestros quebrantos, de que por fortuna no fue testigo mi pobre madre, que hubiera muerto de dolor y desesperación, en vez de exhalar el postrer aliento en la creencia de que ante mí se abría un porvenir risueño. Ese tío había llevado una vida disoluta en alto grado. Primeramente, cuando yo me casé y se trató de nuestras fortunas respectivas, vi que Enrique era mucho menos rico que todos creían. Apenas si le quedaban mil doscientos duros de renta. En cuanto al barón, no poseía absolutamente nada. Yo amaba demasiado a Enrique para detenerme en tales menudencias, y por tanto se efectuó la boda. Mi madre se reservó una renta de dos mil duros y nos hizo donación de otra de tres mil y se vino a vivir con nosotros. Enrique, por su

parte, donó a su tío la renta que le quedaba, bajo promesa formal de éste de que a ella acomodaría sus necesidades. Durante un año vivimos bastante dichosos, y aun dichosos verdaderamente, por más que Enrique sintiera de tiempo en tiempo inquietudes por parte de su tío, inquietudes que yo adivinaba por más que él procuraba escondérmelas. Tú no ignoras que cuando una mujer ama, lee siempre en el corazón de su marido como en un libro abierto. De vez en cuando el tío Gabriel venía a vernos en París; pero casi siempre entre él y Enrique se suscitaban acaloradas disputas. Yo, por dos o tres veces escuché al través de la puerta, y siempre oí que en las réplicas de Enrique iba entreverado el nombre de la marquesa de Drancy, de aquella mujer funesta.

—¡La marquesa de Drancy! profirió Cecilia con asombro.

—Sí, amiga mía, la marquesa vivía a expensas del barón; y esto es lo que eternamente echaba a éste en cara Enrique; porque tú sabes de qué manera derrochaba la marquesa.

—¡Pobre Julia! ¡y cuánto debían hacerte padecer tales desórdenes!

—Pero esto era nada; no puedes figurarte qué bochorno sentía yo cuando oía los cargos que mi marido dirigía al barón. Éste, semiembrutecido por su vida pasada y por su última pasión\* pues estaba perdidamente enamorado de la marquesa de Draucy, me daba un asco indecible. Aquel anciano, que triplicaba la edad a su sobrino, y se veía obligado a sonrojarse ante un joven, a la vez me inspiraba lástima y vergüenza. Me sería casi imposible hacerte la pintura fiel de un carácter tan envilecido como el del barón, en quien iban apagándose cada vez más, con los años, las últimas nociones del deber y del honor. Había días en que Enrique me decía:

—Si no le doy, ese hombre es capaz de cometer una infamia para hacerse con dinero.

—Dáselo, le contestaba yo siempre a mi marido; puede que se enmiende.

—¿Quién, él? ¡nunca! respondía Enrique, que cada vez que pasaba tales disgustos tenía para un día de tristeza y de dolorosas confidencias.

—Haz declarar incapacitado por loco a tu tío, decía yo de cuando en cuando a mi marido; no te será difícil conseguirlo.

—No puedo, me replicaba Enrique. Entre nosotros me es permitido dirigirle todos los cargos imaginables, pero no me vería con ánimos para inferirle una afrenta pública. A él me confió mi padre; él es quien me ha educado, y en lo íntimo de su corazón me quiere; pero en verdad me hace muy desgraciado.

En esto murió mi madre, y vendí la quinta de Valgenceuse.

Enrique me había ocultado la verdadera razón por la cual salía de Francia.

Gabriel de Ermenón se había comido los veinticuatro mil duros que mi marido, al casarse, le donara, y se encontraba nuevamente sin recursos.

Enrique hizo un postrer sacrificio, imponiendo en nombre de aquél diez mil duros inalienables, y para no ser testigo de los desórdenes del viejo, partió diciendo:

—He hecho cuanto debía, mi tío que se las componga ahora como pueda.

Todo esto unido a la muerte de mi madre, no me había sido muy dichosa, como puedes figurarte. Me entristecí, y más de una vez me puse enferma, yo que siempre había gozado de la salud más cabal. Enrique ya no hallaba tanta satisfacción en permanecer a mi lado. Mi carácter se resentía de tan inesperadas catástrofes, y a decir verdad, la predicción de Cesarina se me refrescaba a cada punto en la memoria. Para evitar las malas noticias que presentíamos, no hicimos saber a nadie adónde íbamos, ni a ti; ello no obstante, cierto día Enrique recibió una carta que le hizo palidecer tan pronto empezó a leerla. Yo, al notar el efecto que aquella producía a mi marido, me acerqué a él, y al preguntarle qué le pasaba, me entregó la carta, que era del barón y decía:

«Mi querido sobrino: Cuando llegue ésta a tus manos, habré dejado de existir. Ya no me queda un céntimo. La marquesa, sin el amor de la cual no puedo vivir, me ha despedido de su casa. No sé qué va a ser de mí, y todavía no te lo digo todo. Te dirijo sendas cartas iguales a esta a todas las grandes ciudades de Italia. Perdóname los sinsabores que te he causado. ¡Ay! el único instante dichoso de mi vida habrá sido el de mi muerte.

»Tu tío que te quería de veras,

»G. DE ERMENÓN».

—¿Has leído? me dijo Enrique.

—Sí, le respondí, aterrada ante aquella noticia.

—Es menester que nos pongamos en camino, me dijo en voz baja mi esposo.

—¿Por qué? le pregunté.

—Porque, replicó Ermenón después de titubear por espacio de algunos segundos y bajando más y más el tono de la voz, porque de ser verdad lo que me escribe mi tío, éste no habrá llegado a tal extremo sin haber antes cometido una infamia.

—¡Dios mío! proferí; partamos en seguida.

Así lo hicimos, y pocos días después, llegamos a S...

—Ya lo supe, dijo Cecilia.

—¿Quién te lo dijo?

;—Me lo escribió mi madre.

—¿Así, pues, sabes lo que pasó?

—Sí; y no te he hablado de ello la primera, porque temí disgustarte. El barón, arruinado por la décima vez, y no pudiendo avenirse a no tener más dinero y sobre todo a no ver a la marquesa, se metió a falsificador. ¿No es eso?

—Eso es, murmuró Julia.

—¿Y sabes tú en manos de quién fueron a parar los documentos falsificados?

—No; mi marido no quiso decírmelo nunca.

—En las de mi suegro. La firma era de un comerciante conocido. Los valores fueron negociados sin dificultad; pero pocos días antes del vencimiento, el barón fue a arrojarse a los pies del señor Grandín y se lo confesó todo. Mi suegro, que nunca ha perdonado a tu marido el que hubiese desbancado a su hijo, quería llevar el asunto a los tribunales; pero Héctor pagó a presentación, sin que hasta la hora presente nadie se haya dado cata del asunto, pues pi mi marido, ni mi suegro, a ruego de su hijo, han dicho palabra sobre él. Luego vino tu marido, y Héctor se lo refirió todo. Tú, en aquel entonces te encontrabas en París, ¿no es verdad?

—Sí.

—Tu marido reembolsó las letras y partió inmediatamente.

—Es cierto, pero sin haber podido reprimir un ímpetu de cólera que nos perdió, pues muerto el tío, todavía nos era dable ser dichosos. Enrique no pudo avenirse con la deshonra que estuvo a pique de mancillar su apellido, ni con la falta cometida por el barón. Así, pues, fue al encuentro del marqués de Drancy y le abofeteó, pues éste, que especulaba con el adulterio de su mujer, era el autor de todos nuestros sobresaltos y disgustos. El marqués dejó que le abofetearan, y no chistó. Lo que hizo fue escribir a su hijo lo que acababa de ocurrir, absteniéndose, naturalmente, de explicarle las causas de semejante escándalo, y el hijo, que es oficial del ejército de África, y valiente, pidió licencia para vengar personalmente la ofensa inferida a su padre. Una mañana, hace dos meses, y encontrándonos en Niza, pues tantas emociones me habían quebrantado la salud hasta el extremo de hacerme indispensable el respirar las auras del mediodía; una mañana, repito, el conde de Drancy se

presentó en nuestro domicilio para exigir a mi mando satisfacción del insulto que recibiera el marqués. Batiéronse Enrique y el conde, y a poco condujeron a nuestra casa a mi esposo con una bala alojada en el pecho. Tres días después, Enrique entregó su alma a Dios. ¡Ay! todavía no he cumplido los veinte y mira cuánto he padecido. Admitiendo la progresión, no sé qué va a ser de mí, amiga mía.

—Bueno, dijo Cecilia asiendo las manos a Julia, aquí te encuentras y aquí te quedas.

—¡Qué locura!

—Bah, vivirás con nosotros y esto te distraerá un poco. Ya verás cuán bueno es Héctor y con qué cariño va a tratarte. Te garantizo que te consolarás. A nuestra edad nos resignamos fácilmente. Eres joven y hermosa y volverás a casarte.

—¡Nunca!

—No digas eso; ¿qué fortuna te queda?

—Unos treinta mil duros.

—Confiarás el manejo de ese dinero a Héctor, y dentro de seis meses habrá doblado tu capital. ¡Oh! mi marido es tan inteligente como su padre, quien, por otra parte, tiene tan por la mano el efectuar ventas, matrimonios y el llevar a cima toda clase de negocios, que desde que vendió su notaría los ha aumentado considerablemente. Ahora vas a ver a mi marido, o más bien a nuestro marido, añadió Cecilia sonriéndose, pues tuyo lo sería si me hubieses escuchado.

—¡Ay! más me hubiera valido.

—Ya es tarde; de haber yo sabido lo que iba a suceder, habría estado en espera y lo hubiera dejado para ti, mi buena Julia.

—Siempre serás la misma.

—Siempre, repuso Cecilia, tirando del cordón de la campanilla.

—¿Señora? dijo el criado que acudió al llamamiento.

—Al señor Grandín que me haga el favor de llegarse hasta aquí; deseo hablarle.

Poco después, Héctor entró en el dormitorio de su mujer, sin sospechar que en él se encontrase Julia.

—Mi querida amiga, dijo Cecilia, te presento al señor Grandín, mi esposo.

Julia se levantó, y Héctor, al conocerla, no pudo reprimir una exclamación de sorpresa.

—Y te notifico, continuó Cecilia volviéndose hacia su marido, que Julia, que es viuda, se queda con nosotros. ¡Ah! ahora que ha perdido a su esposo

sientes haberte casado conmigo. Si fueses libre, pondrías tu fortuna y tu amor a sus pies; pero amigo, tienes que consolarte, ya no es posible.

Cecilia interpretaba de un modo tan seductivo la natural emoción que la presencia de Julia produjera en Héctor, que éste le dio un beso en la frente, al tiempo que tendía la mano a la joven viuda.

## X

Desde aquel día Julia vivió con la familia Grandín, y trató de nuevo a conocidos antiguos, tales como los padres de Cecilia y el padre de Héctor, que la quería como a hija.

Lo que había dicho a la viuda su amiga, se realizó al pie de la letra.

Héctor dobló la pequeña fortuna de Julia, pero a pesar suyo la presencia continua de aquella mujer a quien tanto amara y a la cual no había olvidado del todo, le abismaba de tiempo en tiempo en súbitas tristezas, que no pasaban inadvertidas ni a Cecilia, ni al ex notario, ni a Julia.

Esta, pues, un día llamó aparte a su amiga y le notificó su propósito de separarse de ellos.

—Comprendo el noble sentimiento que te impulsa, le respondió Cecilia. Has advertido el efecto que produces todavía en mi marido, y temes que, de quedarte, vas a darme una pesadumbre. Mira, no estoy celosa de Héctor, y aun prefiero verle así que no indiferente, pues eso me demuestra que tiene corazón. No te vayas aún, amiga mía; acaba tu curación. Como te marches, quizás él te echarla de menos.

Las dos amigas se besaron y Julia continuó viniendo en la casa de Héctor.

—Sé franco conmigo, dijo un día el ex notario a su hijo, ¿amas todavía a la señora de Ermenón?

—No, padre mío, no la quiero como la quise; pero desde que vive con nosotros, no soy el mismo.

—Hay que aplicar remedio al mal, para tu tranquilidad y la de tu esposa.

—No podemos despedirla.

—Pero sí casarla.

—Es verdad, balbuceó el joven, que no esperaba semejante salida. Y aun valdría más. Tiene usted razón, padre; pero ¿con quién casarla?

—Con Julio de Ivry.

—¿La quiere?



—Sí.

—¿Y ella?

—Todavía no, pero le amaré. Julio es joven, rico y buen mozo.

—Si, no dudo que Julia le amaré, murmuró Héctor pasándose la mano por la frente como para desechar un pensamiento tenaz. Si, serán dichosos.

—¿Te parece?

—Si, padre.

—Entonces voy a decir a Cecilia que hable de ello a Julia.

—Vaya usted.

Héctor se encerró en su cuarto, en el que no sabemos lo que hizo; lo único que podemos decir es que cuando salió de aquél, tenía los párpados inflamados cual si hubiese llorado.

Ínterin, el ex notario había comunicado a su nuera lo que entre él y su hijo habían decidido, y encargándole que sobre el particular explorase el ánimo de Julia.

—Estoy dispuesta a hacer lo que quieras, contestó la joven viuda a su amiga.

—Perfectamente, pero no te cases todavía.

—¿Por qué?

—Porque Héctor tendría un gran disgusto.

—¿Qué quieres decir?

—Que continúa amándote, y si ahora nos dejabas, soy yo quien sufriría las consecuencias. Concédeme seis meses más para curarle radicalmente.

Nos parece que Cecilia obró, en tales circunstancias, como mujer de corazón y de talento.

Durante los seis meses de plazo que a Julia pidió la esposa de Grandín, ésta rodeó de tanto amor y de tanta solicitud a su esposo, que Héctor olvidó lo que su mujer se empeñó en que olvidara.

Por su parte, Julio de Ivry había enamorado a la viuda de Ermenón, y ésta aguardaba casi con impaciencia la autorización que su amiga debía darle.

—Tienes mi consentimiento, dijo un día Cecilia a su amiga, tendiéndole la mano.

—¿Y Héctor? preguntó Julia, sonriéndose de modo que únicamente podía comprenderla su interlocutora.

—Consiente como yo.

Celebráronse las bodas, pero Julio de Ivry está casi siempre enfermo, en tanto Cecilia y su esposo gozan de no interrumpida dicha y sin que al parecer nada deba obscurecérsela.

Si pasan ustedes por los Campos Elíseos en día de fiesta, entren en el barracón que lleva esta rotulata:

#### FIERAS DOMADAS POR LA SEÑORITA CESARINA

Hablen ustedes a dicha mujer de Cecilia y de Julia, y si ustedes se empeñan, aquélla les referirá la historia que acabo de transcribir, excepto lo que atañe al tío de Enrique.

Habiendo Cecilia encontrado nuevamente el barracón de la gitana en uno de los aniversarios de la revolución de julio, no pudo menos de decir a Cesarina hasta qué punto se había realizado su predicción; y Cesarina cuenta el caso a quien quiere escucharlo.

Si confían ustedes en ella, interróguenla sobre lo porvenir de Julia, y les dirá que ésta, en su segundo matrimonio no será mucho más dichosa que en el primero; que Julio de Ivry morirá joven, y por fortuna dejará a su mujer un hijo que le consolará de todos sus sinsabores; pero que si la hubiese escuchado y tomado por esposo a Héctor, habría sido la mujer más dichosa del mundo, lo que es Cecilia.

En cuanto a Bourdaloue, continúa replicando; pero sus fuerzas vienen a menos y no puede ya trabajar más que con pesos de cincuenta libras.

Ahora, si la predicción de Cesarina se ha cumplido por querer del acaso, confiesen ustedes que el acaso tiene unas salidas muy curiosas.

# **LO QUE VEMOS TODOS LOS DÍAS**

# I

No es frecuente hallar un comerciante honrado, una mujer fiel, un ministro Integro, un gobierno justo, un hijo respetuoso, un inglés sobrio, un periódico incorruptible, un biftec en su punto y huevos verdaderamente frescos; pero sí vemos diariamente otras cosas, por ejemplo, una mujer que engaña a su marido, o un marido que es infiel a su mujer, un joven inteligente enamorado de una doncella boba, perros más dichosos que no lo son muchos hombres, y hombres más bestias que los perros. Lo que nos cabe, empero, la seguridad de ver todos los días, y en primer término, es lo que ahora vamos a presenciar juntos ustedes y yo. Oído a la caja.

Una noche del año pasado, que también podría serlo del año presente, ya que la historia que me propongo narrar es de aquellas que se renuevan todas las noches, un individuo de veintisiete a veintiocho años de edad se estaba paseando solo, por el bulevar, desde la calle del Helder hasta la de la Granje-Bateliere, y viceversa.

Aquel hombre, que vestía como quien disfruta de doce a quince mil pesetas de renta y se pasea durante una hermosa noche de agosto, era de porte distinguido y se conocía que estaba triste.

Fumaba y andaba con indolencia, llevando el cigarro en una mano y el bastón en la otra.

Era evidente que el mencionado individuo se paseaba para matar el tiempo, porque de vez en cuando parábase ante la tienda de un mercader de cuadros o de un joyero, miraba por unos instantes los lienzos o las joyas, y anudaba su paseo.

En vano le habrían ustedes preguntado qué acababa de ver; había mirado, pero no visto. La tienda aquella había sido un pretexto para detenerse, para sustituir momentáneamente el andar con la inmovilidad. Pero de esto a poder distraer el tedio del paseante, la distancia era inconmensurable, y tres minutos

después de tales paradas, si le hubiesen dicho que acababa de mirar cuadros y alhajas, se hubiera admirado grandemente.

En una palabra, el sujeto aquel se paseaba como hombre aburrido y que no sabe qué hacer de su cuerpo.

Si quieren ustedes saber su nombre, denle el que más les cuadre: Enrique, Julio o Eduardo. ¿Les gusta a ustedes este último? Pues llamémosle Eduardo.

Antes de seguir adelante, haremos notar otra vez al lector que le estamos refiriendo una historia que reúne el doble mérito de haber sido verdadera cuando pasó y de serlo hoy como ayer, y mañana como hoy, y siempre.

El lector, cuando la conozca, habrá adquirido la ventaja de poder decirse a toda hora del día, o de la noche, si más le place:

—En este instante la historia que he leído está pasando en alguna parte.

Decía, pues, que Eduardo se paseaba sin saber por qué, sin necesidad de pasearse y sin hallar maldito el gusto en hacerlo.

Quizá se había paseado cinco o seis veces desde la calle del Helder a la de la Granje-Bateliere, y al revés, cuando de nuevo se detuvo para consultar su reloj. Eran las nueve.

Eduardo, para dar variedad a sus distracciones, se acercó a una silla y se sentó como todos los que, en verano, se sientan delante del café de París y forman dos vallas entre las cuales sube y baja la oleada de los paseantes, ociosos.

Una vez se hubo sentado, el joven colocó otra silla frente a sí, descansó los pies en uno de los travesaños del mueble y se bamboneó sin por esto dejar de chupetear el cigarro.

De tiempo en tiempo Eduardo veía pasar un amigo y le saludaba con la mano o levantándola hasta el ala del sombrero, según el grado de intimidad que le ligaba al paseante, tras lo cual continuaba bamboneándose.

Como ustedes ven, tal estado carecía de emociones, externas a lo menos, porque considerando a Eduardo, se habría advertido que estaba preocupado y que algo ardía aún en esa como linterna apagada a que apellidamos un hombre que se está aburriendo.

La Fontaine ha dicho que un cobarde siempre encuentra a otro que lo es más que él. Igual pasa con los que se aburren: siempre dan con quien se aburre más que ellos.

Esta era quizá la razón por la cual Eduardo esperaba.

Y no se vieron defraudadas sus esperanzas, porque al cabo de media hora, uno de sus amigos, que se estaba paseando solo, después de haber reparado en él se le acercó y le tendió la mano, preguntándole al mismo tiempo:

—¿Qué tal?

—Bien, ¿y tú?

—Lo mismo.

Que es como suelen principiar todas las conversaciones, y nuestros dos personajes no eran gente para iniciarla de una manera más original, ni mucho menos.

Porque no vayan ustedes a creer que se las han con un hombre extraordinario. Eduardo debe ser clasificado entre los hombres vulgares, entre eso a que apellidamos el común de los mártires. En cuanto a su amigo, ídem de lienzo: a bien que su presencia en esta historia es sólo contingente.

Si ustedes no hallan reparo, a este último le bautizaremos con el nombre de Julio.

—¿Qué haces aquí? preguntó éste a Eduardo.

—Estoy fumando, ¿y tú?

—Me paseo. ¿Quieres pasearte conmigo?

—No, siéntate.

—Dios me libre; prefiero estirar las piernas.

—¿Vas a alguna parte?

—No; ¿qué haces esta noche?

—Ya lo ves, nada.

—¿Dónde está... la señora?

—En su casa.

—¿Seguís en armonía?

—Como siempre.

Este diálogo había sido sostenido con el tono indiferente de dos hombres que no dan importancia alguna a lo que dicen.

—Te dejo, profirió Julio después de consultar su reloj; son las nueve menos cuarto.

—¿Adónde vas?

—A pasar un rato en el Circo.

—Ea, te acompaño.

Julio abrió la portezuela de un simón vacío parado junto a ellos y en el pescante del cual estaba durmiendo el auriga.

—¡Eh! ¡cochero! dijo el joven tirando de la capa de aquél, que se despertó a la sacudida, al Circo, y aprisa.

El coche partió con lentitud desesperadora.

Los dos amigos fumaban sin cruzar palabra.

—¿Pero qué diablos tienes esta noche? preguntó Julio tras algunos instantes de silencio; parece que te estás aburriendo soberanamente.

—Lo has adivinado.

—¿Por qué?

—Porque sí. Como yo lo supiera, dentro de una hora me habría pasado el aburrimiento.

—¿Estás enamorado?

—No.

—¿Disgustos caseros?

—*Eccolo qua.*

—¿Por qué no rompes de una vez?

—Como si esto fuera posible.

—En mis manos estuviese el pandero.

— ¡Qué me cuentas tú a mí! Todos dicen lo mismo, y cuando se ven cogidos no saben cómo salir del berenjenal. Querría yo verte en mi lugar. También he dicho yo a otros lo que tú a mí, y hoy...

—La plantas como si tal cosa, y si te he visto no me acuerdo.

—¡Ya!

—¿Quién te retiene?

—¿Acaso sabemos qué nos sujeta? ¿vemos por ventura los hilos que nos atan los pies? Queremos marcharnos; sentimos que nos es preciso hacerlo; la razón, las relaciones y la experiencia lo exigen. Y no obstante esto y no amar ya a la mujer a quien encadenados vivimos, no nos vamos. ¿Por qué? pregúntaselo a otros; por lo que respecta a mí, lo ignoro.

—¿Cuánto tiempo hace que vives con ella?

—Tres años.

—¿Y no ha dejado de amarte?

—Ella dice que no.

—Y tú ¿la amas?

—Ya no la amo.

—¿Y no tienes que echarle nada en cara?

—Nada.

—¿No te ha engañado nunca?

—Nunca.

—¿Estás seguro de ello?

—Segurísimo.

He aquí una vanidad que es compañera inseparable del hombre, sea feo, o viejo, o le engañen, y sobre todo en este último caso.

y lo que digo no lo digo para vulnerar la virtud de la amante de Eduardo. Hacía tres años que la maledicencia no se cebara en ella.

En cuanto a si había o no sido fiel, nadie pudiera haberlo afirmado; pero sea lo que fuere, pasaba plaza de haberlo sido.

—¿Nota tu amante que esta existencia te aburre? preguntó Julio.

—Sería preciso que estuviese ciega para no verlo.

—¿Y qué dice?

—Llora.

—Pues es divertido.

—No me hables de ello; momentos hay en que me dan tentaciones de echarme de cabeza al río o de pegarme un tiro. ¡Ah! no cometas nunca jamás la locura de vivir maritalmente con una mujer, amigo mío.

—Dile que te ves obligado a emprender un viaje.

—No me creerá, pues sabe que nada me llama fuera de París. Conoce más que yo mismo mis asuntos.

—Engaña la.

—Ya lo he hecho.

—¿Y lo ha sabido?

—Todo.

—¿Y qué ha dicho?

—Al principio se desató en lamentos, luego no ha proferido ni una palabra más de queja; pero ha llorado tanto, que me he compadecido de ella y no he vuelto a engañarla.

—¿Así, pues, continúas amándola?

—No, ya no la amo; pero, después de todo, no me cabe derecho a lastimar a una mujer que nada me ha hecho. ¿Qué será de ella si la abandono?

—Tomará otro amante.

—¡Qué poco la conoces! Es capaz de sucumbir al disgusto.

—¡Bah! ninguna mujer muere de este mal; no creas semejantes paparruchas.

—Sé lo que digo, Julio. Un día, hastiado de los escándalos que, aguijada por los celos, me movía, y embrutecido por esta existencia incompatible con mi edad y mi carácter, me ful y alquilé un cuarto en una fonda. Estábamos en invierno. Toda la noche la pobrecita la pasó sentada y tiritando en el guardarruedas de la puerta de la fonda, y lo mismo hizo a la noche siguiente. Al tercero día estaba en cama y la calentura amenazaba acabar con ella. ¿Me era permitido dejar en tal estado a esa desventurada?

—Lo cual quiere decir que te volviste a vivir con ella.



—Por supuesto.

—¿Y sanó?

—Sí.

—También hubiera sanado sin ti. Era preciso aprovechar la ocasión para abandonarla; hoy te verías libre de ella. Ea, confiesa que todavía la amas, o que no te decides a separarte de ella al pensar que puede tener otro amante, no porque sea imposible, sino porque sientes que te apenaría el que esa mujer dijera a otro hombre lo que te ha dicho a ti por espacio de tres años y ahora crees que ya no puede continuar diciéndotelo.

Eduardo no profirió palabra.

—Lo que digo es tan cierto, continuó Julio, que si en este instante, en vez de tener tú el convencimiento de que lamenta tu ausencia y te aguarda llorando, creyeses que está coqueteando con uno de tus amigos, no volverlas a tu casa. Los hombres no son confiados más que por vanidad, amigo mío, y como las mujeres estuviesen bien imbuidas de este principio, lejos de levantar caramillos al hombre que quiere abandonarlas, para retenerlos, les bastaría fingir que consienten en que parta y en que están prontas a sustituirlo, aun antes de su partida. Por fortuna para nosotros, no todas saben eso. Antes que tú ¿a quién tenía Atanasia por amante?

—¿Qué sé yo?

—Si lo sabes, pues la conociste en casa de su amante. Un sujeto moreno, bajito, ¡caramba! tengo su nombre en el pico de la lengua... el conde de... el conde de... en fin, nada importa su nombre. Pues bien, cuando el conde quiso dejarla, ella hizo y deshizo, le siguió, abofeteó a la nueva amante del hombre que lo había sido suyo, amenazó a éste con levantarle la tapa de los sesos, y hasta lo habría envenenado. El conde se mantuvo en sus trece, y la dejó, y entonces ella te tomó a ti, y está dispuesta a hacer hoy en tu contra lo que hizo contra aquél. Eres un tonto en darte mal rato.

Sea que lo que Julio decía fuese verdad y que Eduardo no supiese qué responder, sea, lo que es más verosímil, que le contrariasen los recuerdos que su amigo acababa de evocar, lo cierto es que el hastiado amante no despegó los labios.

Julio, por su parte, creyó haberse excedido, y para dar súbitamente otro sesgo a la conversación, gritó al cochero:

—Ea, vivo; parece que hemos echado raíces.

El coche apresuró algo más su andar, y a poco se detuvo delante del Circo, sin que los dos amigos hubiesen cruzado palabra después de las que hemos reproducido.

Julio y Eduardo adquirieron sendas entradas, penetraron en el Circo, que estaba de bote en bote, y se quedaron en pie junto al sitio por donde entran los caballos, y donde suelen situarse los que presumen ostentarse hablando con las Amazonas y echándolas flores cuando entran o salen de la pista.

La función tocaba a su término.

Eduardo guardaba el silencio más profundo, mientras miraba sin curiosidad y jugaba con su bastón. Julio asestaba, una tras otra, sus gemelos a las mujeres.

—¿Y esto te divierte? preguntó Eduardo a Julio un cuarto de hora después de haber entrado.

—No; sólo he venido para ver si encuentro con quien cenar.

—Entonces me voy.

—¿No quieres cenar?

—No, me recojo.

—¿Temes que te regañen?

—No, pero no quiero cenar.

—A lo menos aguarda a que termine la función.

Eduardo se echó de codos sobre la barandilla y esperó con ademán resignado.

—Escucha, dijo Julio al cabo de cinco minutos.

—¿Qué?

—¿Ves aquellas dos mujeres que están allá abajo?

—¿Dónde?

—En la segunda fila: una de ellas lleva sombrero de paja y manteleta azul y la otra sombrero de crespón y manteleta cenicienta. ¿Las ves?

—Sí.

—Si quieres, nos iremos a cenar con ellas.

—¿Las conoces?

—¡Ya lo creo!

—¿Son guapas?

—Sí. Vamos a decirles algo.

—No; redondamente es menester que me recoja.

—¿Así, pues, tienes algo que hacer en tu casa?

—Sí.

—Ea, vente conmigo; Atanasia no te dirá nada.

—No es por eso, sino porque realmente necesito recogerme temprano.

—Entonces abur, voy a convidar a cenar a mis dos amigas. No me guardas ojeriza, ¿eh?

—¿Por qué?

—Por lo que al venir te he dicho.

—¡Qué locura!

Los dos amigos se dieron un apretón de manos.

Julio fue a reunirse a las dos mujeres, que acababan de conocerle y le habían hecho con los ojos una seña que indudablemente quería decir: ven, y Eduardo salió del Circo y echó apresuradamente hacia el bulevar para encaminarse luego a la calle de Laffite.

Advertimos al lector que Eduardo había salido del Circo con la firme intención de recogerse lo más tarde posible.

¿Por qué tan súbitamente cambiar de parecer?

¿Se había acordado en realidad de que necesitaba recogerse?

No.

Pero si el lector conoce un tantico el corazón humano, ya habrá adivinado por qué el joven sentía con más vehemencia deseos de ver nuevamente a Atanasia que no contaba experimentarlos al salir de su casa.

Y si no posee esta importante ciencia, lea con atención el capítulo siguiente y sabrá a qué atenerse respecto de la repentina resolución que acababa de tomar nuestro héroe, héroe vulgarísimo.

## II

Estamos haciendo aquí un estudio de menudencias invisibles para aquellos que no son profundos observadores del corazón humano.

No habrá quien no comprenda la verdad de lo que escribimos; pero tan sólo un diez por ciento de los hombres pueden haber sido llamados a desempeñar cabalmente un papel en esta historia ya vieja y siempre renovada que, como el día, empieza todas las mañanas.

¿En qué estaba pensando Eduardo al volver a su casa, o más bien dicho a casa de *ellos*? ¡Qué sabía él! Incapaz era de declarar qué iba a hacer y a decir al entrar, y, sin embargo, andaba más de prisa que si hubiese sido llamado por el negocio más importante.

Por fin llegó.

—¿Ha salido la señora? preguntó Eduardo a la portera.

—No, señor.

El joven subió al piso tercero y llamó. La doncella abrió la puerta.

En la antesala habían colocado una lámpara a media luz para alumbrar a Eduardo en el caso de que éste se hubiese recogido después de haberse acostado la doncella.

Eduardo tomó la lámpara, atravesó el comedor, un elegante salón cubierto de cuadros, flores y figuritas chinescas, y abrió atropelladamente la puerta del dormitorio.

—Me has asustado, dijo dando un chillido una mujer que estaba apoyada en el alféizar de la ventana.

—¿No me aguardabas? profirió con aspereza Eduardo.

—Tan temprano, no, te lo confieso.

—¿Por qué?

—Porque acostumbra a recogerte más tarde.

—¿Cargos todavía?

—No te dirijo ninguno. Lo único que te digo es que me he asustado al ruido que has hecho al abrir la puerta, porque sueles no retirarte tan temprano.

—Me recojo a la hora que me da la gana. Me parece que tengo libertad de hacerlo.

Ínterin, Eduardo había colocado el quinqué sobre la repisa de la chimenea, quitándose el sombrero, sentándose en el canapé y lanzado un suspiro de tedio mientras se manoseaba los cabellos.

—¿Quieres que cierre la ventana? preguntó Atanasia.

—Ciérrala si bien te parece.

—¿Sientes frío?

—Nadie lo siente en el mes de agosto, a las once de la noche.

Atanasia, sin responder palabra, se acercó a la chimenea, tomó un limpia uñas y empezó a asearse las suyas.

La amante de Eduardo era bonita: tenía negros y grandes los ojos, blanco el cutis, pequeña la boca y níveos los dientes. Los negros rizos de su cabellera denotaban una naturaleza fogosa; bajo la transparencia de su vestido de muselina, descubría hombros esculturales, y tenía correcto el talle, torneados los brazos y breves los pies. En una palabra, era lo que se llama una mujer bonita, pero no pasaba de ahí. Su hermosura carecía de elegancia, si no de distinción; en aquella cabeza, seductiva a la primera mirada, había un no sé qué de vulgar y torpe. Conocíase que aquella mujer debía engañarse con frecuencia y estar faltada de todos los recursos de ese sentimiento inteligente que constituye la verdadera superioridad de la mujer sobre el hombre.

La conversación había empezado de suerte que ni Eduardo ni Atanasia parecían estar dispuestos a continuarla; pero se habría llevado chasco quien tal hubiera imaginado. Ambos deseaban anudarla; mas ninguno de los dos se atrevía, o más bien dicho, quería dirigir la palabra al otro.

Entonces sucedió lo que siempre en semejantes casos. Al cabo de diez minutos de silencio, Eduardo y Atanasia, asaltados al mismo tiempo por el temor de que el silencio no se prolongase, abrieron a una la boca para decir algo, y a una se detuvieron.

—¿Qué ibas a decir? preguntó Atanasia.

—Habla tú primero, repuso Eduardo inclinándose.

—No tenía que comunicarte nada de importancia.

—Ni yo tampoco.

Uno y otro se encerraron de nuevo en el silencio.

Sin embargo, para nosotros, que conocemos a Eduardo, es evidente que éste deseaba que la conversación se anudase, porque de fijo meditaba algo. Lo

que él quería era que Atanasia empezara.

Es chistoso el final de unas relaciones en el que aquellos que poco tiempo antes se amaban y no podían vivir el uno sin el otro, llegan a tratarse como enemigos y a espiarse mutuamente hasta las palabras.

—Ea, Eduardo, dijo Atanasia acercándose a su amante, tomándole la mano y sentándose a su lado; ea ¿qué nuevo incomodo te da mala espina esta noche?

—¿A mí? ninguno: no me pasa nada.

—Parece que estás triste, contrariado. ¿Soy yo otra vez la causa de tu disgusto?

—Ni por asomo.

—Te aburro, ¿no es cierto?

—No digo semejante.

—Pero lo piensas. ¿Acaso tengo yo la culpa de que hayas dejado de amarme?

—Te amo como siempre.

—¡Con qué tibieza me lo dices!

—¿Cómo quieres que te lo diga? A los tres años de vivir con una mujer, un hombre no puede pasarse las horas repitiéndole que la ama. ¿No lo sabe ella? pues esto basta.

—Es cierto.

Atanasia apartó la mano de la de Eduardo, y levantándose fue a apoyarse en el cobertor de la chimenea, poniéndose al mismo tiempo a jugar con la cadena de un antejo que sobre aquélla estaba.

—¿Otra tenemos? preguntó Eduardo. ¿A qué vienen estos hocicos?

—Me parece que no digo palabra.

—¡Pero pones una cara!...

—¿Qué cara quieres que ponga? Veo que te estoy cansando, me levanto y no te digo una palabra más. No puede exigirse más de mi condescendencia.

—Mira, Atanasia, esta vida es inaguantable, exclamó Eduardo levantándose a su vez, metiéndose las manos en los bolsillos y echando a andar por el aposento. Es menester que esto concluya.

—En verdad que no sé qué tienes esta noche; te recoges de mal humor, me maltratas porque me asusta el ruido que haces al entrar; me acerco a ti, te tomo la mano, quiero darte un beso, te pregunto qué tienes, y me tratas como a un perro. ¿Qué culpa tengo yo si esta noche te has encontrado con alguien que te haya disgustado?

—No he visto más que a uno de mis amigos.

—Cuenta que no te exijo satisfacción de cómo has pasado la noche.

—Es singular, pues suele ser lo primero que, haces cuando llego.

—¿Vas a empezar de nuevo a decirme impertinencias como ayer, como todos los días desde hace un mes?

—¿Qué impertinencia hay en lo que te digo?

—Ya veo adónde vas a parar, Eduardo, dijo Atanasia llevándose el pañuelo a los ojos.

—Ea, ya empiezan otra vez las lágrimas, exclamó el joven. Adiós, me vuelvo.

Eduardo tomó su sombrero y abrió la puerta; pero Atanasia, enjugándose apresuradamente los ojos, voló al encuentro de aquél y le dijo con voz trémula:

—¿Te vas?

—Sí.

—¿Adónde?

—A dar una vuelta.

—¿Por qué?

—Porque el ver llorar no me divierte maldita la cosa.

—No lloro.

—¿Que no lloras?

—No.

—¿Por qué tienes los ojos encendidos?

—Porque he estado llorando toda la noche.

—¡Qué vida! ¡qué vida, Dios mío! exclamó Eduardo crispando los puños y dejándose caer en una butaca.

Atanasia se arrodilló a los pies de su amante, y enjugándose por última vez los ojos, añadió con acento de súplica:

—Ea, no te encolerices. ¡Qué quieres! es superior a mis fuerzas. Cuando no te encuentras aquí no puedo menos de llorar. Perdóname.

Eduardo hizo un gesto de impaciencia.

—Vamos a ver, dame un beso, repuso Atanasia: no lloraré más, te lo juro.

—¿Crees tú que es muy divertido el no poder salir de casa sin pensar que dejamos a una mujer que va a llorar mientras estemos fuera? Francamente, esto es una tiranía. No puedo pasar la velada con uno de mis amigos sin encontrarte anegada en lágrimas cuando me retiro. ¡Diablo! bastante abundan en la vida las ocasiones de llorar para que las busquemos, y sobre todo por semejantes futilidades.

—Hoy será la última vez, te lo prometo.

—Todos los días dices lo mismo.

—Lo cual prueba que te amo.

—El modo de probar que uno ama a la gente es haciéndole la vida dichosa, y no llorando desde la mañana hasta la noche.

—Ea, dame un beso, no lloraré más. Por más que hagas no despegaré los labios. ¿Te place?

—No exijo tanto; lo único que te pido es que veas las cosas tal cual son. Salgo, me encuentro con un amigo y luego me vuelvo a casa. Me parece que es lo más natural del mundo.

—No se hable más de ello. ¿Me quieres como siempre?

—Ya lo sabes.

Atanasia echó los brazos al cuello de Eduardo y le llenó de besos el rostro; luego le quitó el sombrero, lo puso en una silla y se sentó en las rodillas de su amante.

—¿Ha venido alguien esta noche? preguntó el joven.

—Si.

—¿Quién?

—El tapicero.

—¿Qué quiere?

—Dinero.

—¿Cuánto se le está adeudando todavía?

—Tres mil pesetas.

—El diablo cargue con él y con sus muebles.

—Como yo lo hubiese sabido, profirió Atanasia bajando los ojos, no te habría dicho que había venido.

—En esta casa no se ven más que acreedores.

—Me parece que no soy yo quien he contraído las deudas.

—En todo caso no las he contraído por mi gusto.

Atanasia se levantó apresuradamente.

—¿Adónde vas? le preguntó Eduardo.

—Me voy a la cama.

—¿Qué nueva mosca te ha picado?

—Ninguna. Todo te incomoda.

—¿Conque ni siquiera puedo hacer una observación?

—Puedes hacer cuantas te plazca.

Atanasia se quitó el cinturón y empezó a desnudarse.

Eduardo se quedó solo en el salón y dijo para sus adentros:



—¿Cuándo acabaré con esta existencia? Lágrimas, recriminaciones, acreedores... Hay para echarlo todo a trece.

—¿No vienes? preguntó Atanasia desde su dormitorio y con la voz más meliflua.

Eduardo se levantó y entró en el dormitorio, todavía con las manos en los bolsillos y con cara de vinagre.

Atanasia se estaba desciñendo el corsé, y Eduardo, pese a su humor de perros, no pudo menos de fijar los ojos en su amante.

—Si de momento no te viene bien pagar al tapicero, dijo la joven echando mano de todos los recursos para aplacar a su cuyo y desvanecer una a una las causas de su mal humor, Venderé mis alhajas y le satisfaremos la cuenta.

—¿Y quién te exige que vendas tus alhajas? replicó Eduardo con aspereza. ¿Acaso acostumbro yo a pagar mis deudas con las alhajas de las mujeres? ¿Te estás burlando de mí?

—Tú me has dado las que poseo, y por lo tanto puedes disponer de ellas.

—Nunca vuelvo a tomar lo que doy. Ea, basta, no abres la boca que no sueltes una majadería. Sin duda me confundes con alguno de tus antiguos amantes.

Estas palabras ofendieron a Atanasia, que con la ballena de su corsé acababa de hacerse un rasguño en la mano.

—Mis antiguos amantes, replicó aquella, en nada desmerecían de ti, amigo mío.

—Pues vuélvete con ellos.

—De haberlo yo querido, de mí dependía.

—Pues quiérela una vez y nunca más vuelva a llegar a mis oídos tu nombre, porque en verdad te digo que estoy hasta más arriba de los cabellos.

Atanasia tiró del cordón de la campanilla.

—¿Qué quieres? preguntó Eduardo.

—Mi doncella.

—¿Por qué?

—Para que vaya por un coche.

—¿Sales?

—Sí.

—Bueno.

—Vaya usted por un coche, dijo Atanasia a la doncella, que apareció al umbral del dormitorio y desapareció tan buen punto recibiera la orden.

Atanasia se ató nuevamente el corsé, se puso el vestido, se echó un abrigo sobre los hombros, y arrimándose a la chimenea, aguardó con mal reprimida

cólera.

Eduardo no profería palabra.

—No se martiriza de esta suerte a una mujer, dijo Atanasia con acento casi rayano en la amenaza.

Eduardo continuó encerrado en su mutismo.

—No estás tú solo en el mundo, a Dios gracias, y no sufriré por más tiempo tus impertinencias.

Eduardo mudo que mudo.

—¿Dónde se ha visto tratar de esta manera a una mujer, continuó Atanasia, a una mujer, que se sacrifica por ti hace tres años? Esto es demasiado. Pero esta vez hemos concluido para siempre, te lo garantizo.

Eduardo, que parecía que tenía tapiados los oídos, movía la pierna izquierda, que había cabalgado sobre la derecha.

—El coche está a la puerta de la calle, dijo la doncella reapareciendo.

—Está bien, repuso Atanasia; baje usted conmigo y acompañeme.

La joven saludó a Eduardo con una ligera inclinación de cabeza, salió del aposento y cerró con estrépito la puerta de la morada.

Eduardo no hizo el más leve movimiento; pero una vez a solas, se levantó, acercóse al espejo, se miró a éste pasándose al mismo tiempo las manos por los cabellos, luego se fue a la ventana, la cerró de golpe en el instante en que Atanasia subía al coche, se quitó la levita, abrió un libro, y se sentó en el canapé en actitud de quien lee; mas lo cierto es que no leía; lo que hacía era escuchar si el coche se alejaba; pero no oyó ruido alguno.

Poco después llamaron a la puerta del dormitorio.

—Adelante, dijo Eduardo.

—La señora se ha descuidado los guantes, profirió la doncella entrando, y me ha enviado por ellos.

—Búsquelos usted, repuso Eduardo sonriéndose.

La doncella, después de buscar por espacio de cinco minutos sin encontrar nada y sin que el joven le dirigiese la palabra, bajó de nuevo.

En la calle continuaba el silencio; el coche permanecía estacionado.

Transcurridos otros cinco minutos, volvieron a llamar a la puerta del dormitorio.

—Adelante, repitió Eduardo.

—Señorito, dijo la doncella entrando nuevamente en el dormitorio, la señora desea hablar dos palabras con usted. ¿Quiere usted bajar?

—Si la señora tiene algo que decirme, que suba, respondió el joven; mejor estaremos aquí que abajo.

—Es que no quiere subir, contestó la doncella.

—Ni yo bajar, replicó Eduardo.

La criada fue a transmitir esta contestación a su ama.

—Hace como que se va, murmuró el joven al oír el ruido del coche.

Pero en el instante en que se disponía a asomarse a la ventana para ver qué dirección tomaba aquél, abrióse repentinamente la puerta del dormitorio, y Atanasia, pálida y con la boca contraída, entró quitándose los guantes que la doncella subiera a buscar y no había encontrado.

—Es una infamia, dijo Atanasia.

—¿Qué? preguntó Eduardo.

—Lo que acabas de hacer conmigo.

—¿Qué he hecho?

—Dejar de esta suerte a una mujer sola en la calle a media noche; es una vileza; pero me vengaré, te lo juro.

Mientras hablaba así, Atanasia se quitó el abrigo y el sombrero, que se llevó la doncella.

—Tú has querido salir. ¿Por qué no te has ido? dijo Eduardo; el cual, contando con su impasibilidad, se sentía el más fuerte.

—Porque aquí estoy en mi casa, y sería yo una solemnísima tonta si me marchase. Si esto no te agrada, vete.

—No por mi vida, no me voy, es demasiado tarde.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! exclamó Atanasia, cuyos dientes le castañeteaban de fiebre y de cólera, y llorando a lágrima viva, ¿en qué os he ofendido para hacerme tan desgraciada?

Y echándose en la cama, ocultó la cabeza en las manos para ahogar sus sollozos, y con crispada mano desgarró los encajes de las fundas de las almohadas.

He notado que en estos o parecidos casos las telas y los encajes padecen gran menoscabo.

—Ea, ya pareció aquello, dijo Eduardo. Rechinar de dientes, ataques de nervios... ¡Siempre lo mismo!

—Se necesita ser un cobarde para insultar a una mujer indefensa, profirió Atanasia. Si yo fuese hombre no obrarlas de esta suerte.

En esas contiendas en que la mujer, se entiende la mujer de la naturaleza y condición de Atanasia, no puede llamar en su auxilio la educación ni la dignidad, llega siempre un momento en que no retrocede ante ninguno de los epítetos que pueden darse entre sí dos carreteros que disputan o dos verduleras que se arañan.

Eduardo, que estaba acostumbrado a esta última peripecia, repuso:

—Perfectamente: empecemos ahora con las groserías.

Y levantándose, se fue a abrir la puerta y llamó a Rosalía, la doncella.

—¿Señorito? contestó ésta.

—Venga usted a desnudar a la señora; no se encuentra bien y quiere meterse en cama.

La doncella y el ama se quedaron solas en el dormitorio, y Eduardo se volvió al salón, donde se sentó diciendo para sus adentros, mientras apoyaba los codos en las rodillas y la cabeza en las manos:

—¡Y pensar que hay quien querría ocupar mi puesto!

De tiempo en tiempo el joven oía, en medio de las amenazas y de las palabras entrecortadas de Atanasia, la voz de Rosalía.

—Por Dios, señora, decía la doncella, cálmese usted; no lo tome usted tan a pechos; no será nada.

Una vez Atanasia estuvo acostada, Rosalía se fue al encuentro de Eduardo, y le dijo:

—Señorito, por favor vaya usted a hacer compañía a la señora; tiritita, está enferma.

Eduardo se levantó como hombre que se resigna y se trasladó al dormitorio.

Dos horas después, Atanasia y Eduardo dormían profundamente.

¿Ha adivinado ahora el lector porqué Eduardo había levantado un caramillo a su amante sin que ésta le hubiese dado pretexto alguno?

Por si no lo ha adivinado, vamos a decírselo.

Eduardo había armado una pelotera a Atanasia por una razón muy sencilla: por haberle dicho Julio que aquella hiciera en otro tiempo por el conde del cual no recordara el nombre, lo que hoy hacía por él; y Eduardo, como la inmensa mayoría de los hombres, o más bien dicho como todos los hombres, tenía los celos retrospectivos, celos terribles que exigen siempre cuenta de lo pasado y nunca lo perdonan; celos tanto más difíciles de combatir cuanto tienen la certidumbre de lo que dicen, cuanto no pueden dudar, puesto que siempre se yerguen ante ellos los hechos consumados y, lo que es peor, conocidos de muchos.

### III

El día siguiente pasó como pasar suelen los días que siguen a semejantes altercados.

La mujer está abatida, el hombre se arrepiente, porque en lo íntimo de su alma conoce que no le ha asistido razón y que ha abusado de la superioridad que, en todo amancebamiento, el hombre tiene sobre la mujer; y al hablar así nos referimos al hombre que ya no ama.

Ocurre indefectiblemente que el hombre, al recordar las pruebas de amor que su amante le ha dado, los pormenores de la venturosa intimidad con ella, se arrepiente de los sinsabores que la ocasiona. La mujer, que cuenta con la noche para repararlo todo, conoce y se apodera de esa hora de arrepentimiento, y se aprovecha de ella con la maña felina que la caracteriza, y la aurora encuentra otra vez amantes a aquellos que la noche dejara enemigos.

¿Quién no ha pasado por este camino?

Pero en esto, como en todo, hay reacción, quiero decir que es menester que la mujer sea muy diestra para que esta nueva luna de miel dure veinticuatro horas, y para que el hombre que, la víspera, se dolía de haber extremado su rigor, no sienta, al día siguiente, haber sido excesivamente bondadoso.

Decididamente el amor es una lucha.

Todo, pues, marchó tal cual al día siguiente.

Al alba y sellando el pacto con un beso matinal, Eduardo y Atanasia se prometieron, el uno encontrarse más asiduamente en casa en adelante, la otra ser menos exigente, y los dos amarse hasta el último suspiro.

El día era hermoso.

Eduardo y Atanasia almorzaron alegremente.

De vez en cuando la joven buscaba por debajo de la mesa la mano de su amante y, sonriendo, acercaba a los de éste sus labios.

El almuerzo, como un verdadero almuerzo de reconciliación, se veía interrumpido a cada punto por besos.

A la una, Atanasia empezó a vestirse, y preguntó a Eduardo:

—¿Quieres que salgamos?

—Me place.

—Iremos a dar una vuelta por el bosque.

—Perfectamente.

Atanasia se puso a saltar como una niña.

La doncella, testigo presencial de todas aquellas riñas y reconciliaciones, no podía menos de sonreírse.

—¿Qué vestido quieres que me ponga? preguntó Atanasia.

—El rosa y la manteleta de igual color, respondió el joven.

—¿Y sombrero de paja?

—Esto es.

—¿Me amas mucho?

—No necesitas preguntármelo.

—¿Sigo pareciéndote un poquito hermosa?

Por toda respuesta, Eduardo dio un beso a su amante.

—¿Conque vamos al bosque?

—Al bosque.

—¿Y luego?

—Adonde quieras.

—Tengo un deseo.

—¿Cuál?

—El de comer hoy en el restaurant y por la noche ir al teatro.

—Comeremos en el restaurant y luego nos iremos al teatro.

Esas son las pequeñas concesiones hechas al día siguiente de una riña como la ocurrida la víspera, concesiones por las cuales una mujer comprende su imperio sobre su amante; pero de tal imperio abusa torpemente.

Las mujeres son para con sus amantes, lo que los reyes para con sus vasallos: primero humildes, luego tiranos.

|Psi! ¡qué comparación más vulgar la mía!

Los dos amantes salieron a paseo y comieron en la fonda.

Decir que Eduardo se divirtió, sería mentir. Sentía lo que siente irremediabilmente el hombre que quiere romper con su amante y se ve caer de nuevo y sin defensa entre sus manos, después de haber dejado escapar una ocasión de rompimiento. Así es que, a pesar de todos los halagos de Atanasia, y tal vez a causa de ellos, nuestro héroe se había puesto otra vez un tanto

áspero, y cuando entró con aquélla en el teatro del Palacio Real, estaba presto a buscarla camorra por poco que ella le diera pretexto.

Eduardo, que había tomado un palco de platea, hizo pasar adelante a Atanasia, sentándose él en el testero, en la penumbra.

—Siéntate aquí, a mi lado, le dijo Atanasia.

—Ya estoy bien, déjame.

—No verás nada.

—Tanto me importa.

—¿Temes que te vean conmigo?

—¿Vas a empezar de nuevo con tus suposiciones y tus sátiras?

—¿Otra vez de mal humor?

—Te equivocas; pero soy libre de no sentarme en el delantero del palco.

Por otra parte, la función que dan no me distrae.

—Entonces ¿por qué venías?

—Para acompañarte.

—Te consta que yo no me distraigo cuando tú te aburres.

—Yo no te digo que me aburra, sino que prefiero quedarme donde estoy.

Atanasia encogió los hombros, tomó los lentes y se puso a mirar acá y acullá, hasta que, por fin, hizo un saludo con la cabeza.

—¿A quién saludas? preguntó Eduardo.

—A Julio.

—¿Dónde está?

—En uno de los palcos fronteros, con dos mujeres.

—Las de ayer, sin duda.

—¿Qué mujeres de ayer?

—Dos que estaban en el Circo.

—¿Conque ayer fuiste al Circo?

—Si.

—No me lo habías dicho.

—¿Acaso era indispensable que te lo dijese?

—Siempre tienes secretillos para mí. ¿Qué mujeres son esas?

—No las conozco.

—¿No las conoces y sabes quiénes son? No lo entiendo.

—Sin embargo, me parece que no puede ser más claro, arguyó Eduardo con acento de impaciencia.

—¡Oh! no te alteres por eso.

—¿Quieres escucharme?

—Di.

—Ayer ful al Circo.

—Bien.

—Y en él vi a Julio, que me preguntó si quería ir a cenar con él y esas dos mujeres conocidas tuyas.

—Por supuesto que no aceptaste.

—Te consta así, pues me recogí a las once.

—Podías haber cenado antes.

—Basta que te diga que no cené. ¿Qué me aprovecharla decirte una mentira?

—Hace algún tiempo que me engañas con frecuencia.

—¡Cuando imagino que no podemos pasar una noche sin reñir! profirió Eduardo cruzando con impaciencia los brazos.

—¡Qué desapacible estás!

—Mira, me voy a fumar un cigarro, de lo contrario no acabaríamos la contienda.

—¿Me dejas sola?

—¿Temes que te roben? Dentro de un cuarto de hora estoy de vuelta.

—¿De veras no sales más que para fumar un cigarro?

Por toda respuesta, Eduardo abrió la puerta del palco y salió al pasillo, diciendo para sus adentros:

— ¡Qué insípida!

Atanasia hizo de tripas corazón y se puso a escuchar la pieza que estaban representando.

Eduardo bajó al jardín, empezó a pasearse por él después de encender un cigarro, y una vez concluido éste, subió de nuevo.

Era durante un entreacto.

Al encaminarse al palco, el joven se encontró con un abogado amigo suyo, o más bien dicho, conocido, uno de esos hombres graves a treinta años, que viven completamente ajenos a la sociedad que frecuentaba Eduardo.

Esos hombres, cuando se encuentran con algún joven como nuestro héroe, los cuales son superiores en todo, no por eso se sienten menos conmovidos, por expresarnos así; son gentes que, en tales circunstancias, dicen: Usted que es hombre a la moda, debe saber esto y esto.

Tales sujetos, a quienes el estudio aísla, miran como dioses a aquellos que viven en ese círculo de ociosos a que ora apellidan *merveilleux*, ora *dandys*, ya *fashionables*, ya *lions*. Ellos, que por amante no tienen más que una sencilla modista de sombreros o de vestidos, o la mujer de alguno de sus clientes, burguesa sentimental y presuntuosa, admiran a aquellos que cuentan



sus amantes por docenas y las toman en ese centro fantástico, cerrado para ellos, en que viven las actrices y las barraganas. En una palabra, son hombres a quienes los de la índole de Eduardo se complacen en encontrarles para despeluzarles —vocablo cuyo uso recomiendo en esta acepción moral— hablándoles de mujeres, caballos y modas.

Eduardo no desperdició tan propicia coyuntura.

—¿Qué diablos está usted mirando al través de la lumbrera de este palco, mi querido Pablo? dijo nuestro héroe acercándose al abogado.

—¡Ah! ¿es usted, mi querido amigo? contestó el interpelado un si es no es sonrojándose. Estaba contemplando a una mujer deliciosa y a la cual usted, *que es un lion*, conoce indudablemente.

—¿Dónde está? preguntó Eduardo, halagado por tal suposición, pues todo hombre tiene el amor propio de su especialidad, sea ésta de la índole que fuere.

—Allá abajo, respondió el abogado, haciendo levantar de puntillas a su interlocutor y mostrándole el palco de Atanasia; aquella morenita que está en el palco contiguo al escenario.

—¡Pues no he de conocerla! contestó Eduardo con gesto de orgullo y satisfacción indescriptible, que ocultó lo mejor que supo bajo un tono de indiferencia.

—¿De veras la conoce usted?

—Muchísimo.

—¿Por qué se ríe usted?

—Porque es imposible que haya quien la conozca más que yo, amigo mío.

—¿Es usted su amante?

—Precisamente.

—¡Ah! murmuró Pablo fijando una mirada de admiración en Eduardo; es muy hermosa.

—Si, es bastante guapa.

—Hechicera, amigo mío, hechicera. En mi vida he visto una mujer tan seductiva. ¿Conque es la amante de usted?

—Si.

—¿Y como esa tiene usted veinte cada año? prosiguió el abogado, que con ademán de duda continuaba mirando a su amigo.

—No, hace tres años que vivo con esa.

—¿Sin que se altere nunca la armonía?

—Sin.

—Vaya una mujer hermosa, repitió Pablo: y tiene un tipo distinguido. ¿Es talentosa?

—¡Yo lo creo!

—Es usted un hombre de chiripa.

—¿Quiere usted que le presente a ella?

—De mil amores; pero quizá la enoje mi presencia.

—¡Quiere usted callarse!

—La verdad es que me halagaría en extremo conocerla personalmente.

—¿Qué sitio ocupa usted?

—Un sillón de orquesta.

—¿Va usted solo?

—Solo. He comido en este barrio, y no sabiendo cómo matar el tiempo después de comer, he resuelto venirme aquí; es el teatro en que más me divierto. Saintville está adorable.

Hablando de esta suerte, Eduardo y su amigo llegaron al palco de Atanasia.

—Te presento a D. Pablo Cournon, abogado, un mí amigo a quien he encontrado ahí fuera, dijo nuestro héroe, mientras te estaba contemplando con admiración desde el lado opuesto de la platea.

Pablo saludó tres veces con la cabeza, con el cuerpo y con el sombrero, al que sostenía con ambas manos, y, sonrojándose, dijo:

—Eduardo tiene razón, señora, desde lejos la estaba yo admirando a usted, sin sospechar que me cabría la dicha de admirarla de cerca.

Pablo pronunció con regular soltura las anteriores palabras.

—Es usted excesivamente bondadoso, y espero que no será esta su última visita, repuso Atanasia con graciosa sonrisa, tal cual una mujer la dirige al hombre cuya opinión la realza en el ánimo de su amante.

Pablo saludó por cuarta vez y tomó asiento.

Atanasia, que en aquel instante sabía lo que hacía, tendió la mano a Eduardo, el cual se la tomó y se la besó efusivamente.

—¿Cómo va usted a pasar la noche? preguntó a Pablo su amigo.

—No tengo nada determinado.

—¿Quiere usted venirse a cenar con nosotros después de la función?

—Si no incomodo a la señora...

—Al contrario, caballero, le ruego que se venga con nosotros, dijo Atanasia.

—Acepto, señora, acepto.

Después de la función, los tres se fueron a cenar al restaurant, pasando el rato lo más divertido del mundo, y dando los dos amantes ejemplo de enamorados.

Al salir de casa de Very, y mientras Atanasia subía al coche, Pablo dijo a Eduardo:

—Amigo mío, reitero a usted mi enhorabuena; ¡vaya una amante más adorable la de usted! Si yo tuviese una mujer como esa, estaría loco por ella.

Durante tres días reinó la paz más profunda entre Eduardo y Atanasia; la cual pudo empezar a creer que para siempre más había conquistado el corazón de su amante y que el amor de entrambos acababa de refrendarse.

¡De qué depende el amor en el corazón del hombre!

## IV

Sin embargo, todo acaba, hasta el influjo que puede ejercer en el corazón de un hombre la admiración que por la amante de éste siente un amigo.

Cuando una intimidad ha llegado adonde la de Eduardo y Atanasia, pasa con ella lo que con los monumentos cuya base está podrida: ya pueden repellar la fachada y dorar de nuevo el interior, nada impedirá que el edificio se bambolee al impulso del viento y se derrumbe a lo mejor arrastrando a los que en él habitan.

Una vez el hombre que vive con una mujer ha adquirido la dolorosa convicción de que no solamente ha dejado de amarla, mas también que le llena de tedio, por mucho que haga, por más que evoque recuerdos dichosos, ya no llenará su corazón con lo pasado: se dirá a sí mismo que su delicadeza le ordena el conservar junto a sí a la mujer que le ha sacrificado algunos años de su existencia; pero la necesidad de verse libre o de cambiar recobrará el ascendiente y le pondrá en el caso de luchar contra los acontecimientos con toda la energía de su juventud, como quien se siente ahogar en medio de la muchedumbre lucha con todas sus fuerzas y toda su voluntad, a pique de ahogar a su vecino, para conservarse a sí mismo.

No hablamos aquí del hombre que vive con una mujer y está enamorado de otra. Este quizá no abandone a la amante con quien hace tiempo está unido, por aquella a quien todavía no posee. Y cuenta que al obrar de esta suerte no le moverá el egoísmo, sino un sentimiento loable. Por más que la amante nada sepa de este nuevo amor, él en su conciencia siente que debe a aquélla una compensación por lo que de su corazón y de su pensamiento le quita de nuevo. Y aun acontece con frecuencia, que habiendo sufrido una decepción en la casa adonde iba, el hombre se vuelve otra vez y más enamorado hacia su primera amante, la cual no siempre se explica esa recrudescencia de amor. De ahí suelen nacer esas intimidades que se han hecho indisolubles por la ceguera voluntaria de la mujer. En efecto, cuando

una mujer sabe que su amante le es infiel, y por egoísmo o por amor le interesa continuar viviendo con él, cierra los ojos para hacer que no ve tales infidelidades, aparenta no sospechar nada, y a fuerza de recibir bien al amante cuando reaparece, aquélla adquiere sobre su íntimo un influjo tal, que por mucho que éste haga, no podrá nunca abandonarla.

Amantes hay que viven juntos toda la vida, porque ninguno de los dos quería dar al otro el gusto de la iniciativa y el de poder decir luego:

—Yo soy quien he roto.

Podrían escribirse numerosos volúmenes, a cuál más interesante, sobre este inagotable tema.

Como ya hemos visto, Eduardo y Atanasia hacia tres años que vivían juntos... ¿Qué razones habían acarreado esta vida marital? Casi es inútil el decirlo. Un momento de pasión que aquél sintiera por ella, la satisfacción de triunfar de los demás, el hábito rápidamente contraído, y cierto estímulo del amor propio. En cuanto a Atanasia, no seremos nosotros los que afirmemos que sintiese por su amante una pasión extraordinaria. Ducha en amores, no podía menos de sobresaltarse al ver los síntomas que de algún tiempo a aquella parte se manifestaban en Eduardo.

Sin embargo, lo más terrible para ella era que comprendía que su amante hiciese lo que hacía, y que era ya mucho que éste hubiese vivido tres años con ella.

Eduardo y Atanasia sabían a qué atenerse el uno respecto del otro, y no obstante no se separaban.

Con el permiso de mis lectores voy a hacer una comparación trivialísima.

Cuando ustedes eran niños, cuando se encontraban en la edad en que caen los dientes, si uno de éstos se meneaba, lo cogían ustedes entre dos dedos y les parecía que estaba próximo a salir de su alvéolo. Cada día, a la hora de comer, el diente les dolía más que si se lo hubieran ustedes arrancado de un tirón, pues solamente lo retenía un nervio casi imperceptible; y sin embargo, no tenían ustedes ese instante de valor que les habría librado de un malestar que duraba días y más días. Era menester que su padre se incomodase para conseguir que se dejasen ustedes arrancar el diente, o que éste cayese al tropezar un día con un alimento duro. Entonces proferían ustedes un ¡ay!, pero al mismo tiempo quedaban admirados del poco dolor que esto les causaba, del profundo bienestar que al dolor seguía, y se arrepentían de haber carecido de valor por espacio de tanto tiempo.

Igual pasa con los amancebamientos que con los dientes: tan buen punto se bambolean, es preferible no aguardar a que caigan, pues siempre lo hacen

demasiado tarde y se corre riesgo de que al caer rompan algo.

Eduardo y Atanasia habían llegado al último período. La inminencia y la necesidad de un rompimiento eran flagrantes. Se resistían aún, pero sin saber por qué. Promovían escándalos tan degradantes para el uno como para el otro; los criados y los vecinos estaban iniciados en sus misterios de alcoba; al día siguiente de una rabiosa pelotera, Atanasia había mostrado los brazos, llenos de cardenales, a su doncella, y empezaban ya la intervención y los consejos de los amigos. Eduardo y Atanasia, a pesar de vivir bajo el mismo techo, habían pasado dos o tres días sin dirigirse la palabra, y al hablarse de nuevo, lo hicieron para recriminarse e injuriarse mutuamente. Lo pasado de la mujer se había convertido para el hombre en el tema incesante de sus acusaciones. Aquello mismo que a él le constaba que era falso, evocábalo y lo convertía en arma desleal. Hasta la escalera se trocaba en palenque de escándalo. Atanasia llegó al extremo de seguir a Eduardo a pie, por la calle, a doquiera que iba; no le dejaba ni un instante, le aguardaba en el hueco de la puerta de las casas en que aquél entraba para evadirse de tal persecución, poniéndole de esta suerte en ese estado de exasperación en que el hombre mataría como a un perro a la mujer a quien creyó amar con toda su alma.

De tiempo en tiempo había un descanso, como en medio de un combate hay con frecuencia una tregua entre los dos ejércitos beligerantes; luego y con más ardor anudaban la lucha, a propósito de todo, o más bien dicho de nada.

Finalmente la casa se había convertido en un verdadero infierno, y Eduardo, que, anonadado y aun embrutecido por sus escandalosas emociones, no tenía el valor de marcharse sin razón, se creó la necesidad de emprender un viaje. Al efecto envió una carta a su hermano, que vivía en provincias con su familia, diciéndole que le escribiese que su padre estaba gravemente enfermo, y explicándole al mismo tiempo todas las razones que le constreñían a implorar tal mentira.

Llegado que hubo la carta solicitada, Eduardo, envalentonado con tal auxiliar, entró en el dormitorio de Atanasia, y le dio a leer aquélla.

—Esta carta es un embuste, dijo la joven arrojándosela a su amante después de leerla; tu padre no está enfermo.

—Sea lo que fuere, esta noche me pongo en camino, replicó Eduardo.

—Y yo lo mismo.

—¿Y adónde irás?

—Adonde tú vayas.

—Te lo prohíbo redondamente.

—Lo veremos. ¿Soy o no soy libre de ir adonde me plazca?

—¡Cuidado! exclamó Eduardo, palideciendo al oír tal razón, que por desgracia lo era.

—¿Vas a pegarme otra vez? ¡Ah! me has hecho demasiado daño de dos meses a esta parte para que no te lo devuelva. ¿Vas a casa de tu padre? pues yo también, y veremos si mandas ponerme a la puerta cuando le haya enterado del modo vil e infame como te portas conmigo.

Gentes han perecido asesinadas que lo merecían menos que Atanasia.

Eduardo se refrenó y tiró de la campanilla.

—Rosalía, dijo el joven a la doncella, tráeme mi maleta.

—Rosalía, repuso Atanasia, está usted en mi casa, y a mi es a quien debe usted obedecer. Le prohíbo que traiga la maleta.

—Vaya usted a avisar que me manden una, profirió Eduardo.

—Le prohíbo a usted que salga, Rosalía, exclamó Atanasia.

—Está bien, iré yo mismo, replicó con voz sosegada Eduardo, que acabó por comprender que había llegado el momento supremo; y para conservar la dignidad que todavía le dejaba aquella vida, resolvió oponer la impasibilidad a los arrebatos de su amante. De esta suerte a lo menos podía oponer de su parte el papel más noble, si es que a ninguno de los dos les era dable desempeñar alguno que lo fuera.

—Ve, dijo Atanasia.

Eduardo tomó su sombrero y se fue; pero no bien hubo andado diez pasos en la calle, cuando Atanasia le pisaba ya los carcaños.

El joven la vio; mas no queriendo darse por vencido, entró en la tienda de un fabricante de objetos de viaje.

Atanasia se metió también en la tienda.

—¿Qué se le ofrece a usted, señora? le preguntó el industrial, no sospechando que aquella mujer que nada decía ni daba el brazo a Eduardo fuese con éste.

—Voy con el caballero, respondió Atanasia.

Eduardo compró una maleta, la pagó y se salió, y, cuando estuvo en la calle, dijo a su amante:

—Escucha, pese a cuanto hagas, partiré, y esto no más tarde de hoy; conque lo mejor que puedes hacer es volverte a casita.

—No me opongo a que partas.

—¿Vas a continuar siguiéndome?

—No te sigo, me paseo.

—¿Quieres o no volverte a casa?

—No.

—Como gustes.

Eduardo estaba andando de acá para allá por espacio de un cuarto de hora, sin saber realmente cómo salir del lance.

Por lo que respecta a Atanasia, si le hubiesen preguntado por qué obraba de tal suerte y qué resultado esperaba de su conducta, no habría sabido qué responder, a buen seguro.

En esto pasó un simón vacío, y como Eduardo iba a algunos pasos de distancia de Atanasia, que nada sospechaba, de un salto se metió en aquél y dijo al cochero, mientras con la mano hacia una seña de despedida a su amante:

—Adelante siempre y tan de prisa como usted pueda.

Pintar el rostro que puso Atanasia, sería tarea superior a nuestras fuerzas.

Eduardo, seguro ya de no verse perseguido, se hizo conducir a la calle del Bouloy, a la administración de diligencias.

—¿Tiene usted un asiento para Limoges? preguntó al encargado del despacho.

—Dos quedan, uno en el interior y el otro en el cupé, respondió el interpelado.

—Venga el del cupé, dijo Atanasia, pudiendo apenas hablar, tan sin aliento estaba.

Ahora, el que nos sería imposible describir es el rostro de Eduardo.

Atanasia sabía que cuando Eduardo iba a ver a su padre, tomaba siempre la diligencia de la calle del Bouloy, y convencida de que aquél tomarla la misma, tanto más cuanto creía que no le seguían, echó apresuradamente y por el atajo hacia la administración, adonde llegó casi al mismo tiempo que su amante.

Sin embargo, Eduardo se repuso casi instantáneamente, y dijo, cual si no la hubiese conocido:

—Usted dispense, señora, pero estaba aquí antes que usted y me quedo con los dos asientos.

El del despacho hizo con la cabeza un movimiento que traducido al lenguaje vulgar quería decir: El caballero está en su derecho.

—¡Partiré! profirió Atanasia, en cuyos ojos asomaron dos lágrimas de cólera y de incapacidad, y marchándose pálida y llena de ira.

Este primer triunfo envalentonó a Eduardo.

Desde aquel momento Atanasia estaba vencida.

Nuestro héroe regresó a la calle de Laffite, y una vez en su casa preguntó a Rosalía si habían enviado la maleta.



—Si, señor, respondió la doncella.

—¿Dónde está?

—En el dormitorio de usted, señorito.

Eduardo encontró efectivamente la maleta en su cuarto, pero con la cerradura forzada y el cuero cortado a tiras con una navaja.

En lo cual conoció la mano de Atanasia.

Sin embargo, todas aquellas triquiñuelas no servían sino para hacer gastar un poco más de dinero a Eduardo, que, reflexionando que no se quedaría sin maleta, abrió su armario para preparar su equipaje.

Mas ¡horror! pantalones, camisas, palé tés, todo, como la maleta, estaba desgarrado, desmenuzado, quemado, pisoteado.

Imposible es imaginar de qué modo esta última peripecia acabó de perder a Atanasia en el ánimo de Eduardo y le desprendió de los escrúpulos que éste todavía pudiera haber sustentado.

El joven se puso otra vez su sombrero para marcharse.

—Señorito, la señora desea hablar con usted, dijo Rosalía entrando.

—Nada tengo que decirle, replicó Eduardo encaminándose hacia la puerta.

Pero en el preciso instante en que ponía la mano en la cerradura, Atanasia, hecha en un mar de lágrimas, se interpuso entre la puerta y su amante, y con acento de mujer que está al cabo de sus fuerzas y de sus recursos y no cuenta ya más que con su dolor, dijo:

—¡Te vas!

—Sí, respondió Eduardo con el mayor despego.

— ¡Por Dios! ¡no partas!

—Es preciso.

—¿Por qué?

—Porque me da la gana.

—¿Qué te he hecho?

—¡Vaya una pregunta!

—¡Eduardo! profirió Atanasia arrodillándose, enclavijando las manos y mirando a su amante con ojos de súplica, por la Virgen santísima, no partas.

—¿No partes tú también? ¿Qué te importa, pues, que yo me vaya?

—Ya sabes que es imposible.

—Entonces ¿por qué me has amenazado con hacerlo?

—¿Por qué? ¿por qué? ¿Acaso sabe una lo que hace en tales circunstancias? Se me iba la cabeza. ¡Te amo tan entrañablemente, Eduardo mío!

El joven encogió los hombros.

—¿Hubiera hecho lo que he hecho si no te hubiese amado?

—Ea, basta, quítate de ahí y déjame que salga.

—No partas hasta mañana, profirió Atanasia levantándose y abrazando a su amante.

—Esta noche sin falta.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿qué va a ser de mí? exclamó Atanasia echándose a llorar a lágrima viva y cubriéndose el rostro con las manos.

Eduardo la apartó un poco para que le quedara expedito el paso.

—Tarde o temprano te arrepentirás de haber hecho padecer de esta suerte a una pobre mujer que nada te ha hecho, dijo la joven.

—Está bien. Adiós.

—¿Te vas?

—Sí.

—¿Decididamente?

—Decididamente.

—Te prometo hacer cuanto quieras; no decirte nunca nada; no estar celosa nunca más. ¿Quieres quedarte?

—No, no, no y no; es demasiado tarde, replicó Eduardo entreabriendo la puerta.

Atanasia, que comprendió que todo era inútil y que había impelido a su amante al último extremo, preguntó a éste:

—¿Cuándo regresarás?

Digamos que en semejantes circunstancias, cuando el hombre se siente el más fuerte, abusa de su fuerza.

—No lo sé, respondió Eduardo.

—¿Me escribirás?

—Puede.

Al mismo tiempo Eduardo abría la puerta y salía sin que Atanasia se opusiera.

O mucho nos engañamos, o podemos afirmar que nuestro héroe se atufó porque Atanasia no volvió a detenerle.

—¡Eduardo! gritó la joven en la escalera.

Pero Eduardo no contestó.

Lo primero que hizo el fugitivo amante fue dirigirse a casa de su sastre y luego a casa de su camiserero, donde hizo que llenaran de prendas flamantes una nueva maleta, que envió a la administración de diligencias. Después se encaminó a un restaurant, y en comiendo escribió una extensa carta a

Atanasia, en la que le especificaba las necesidades de un rompimiento. Sin echárselos en cara, le recordaba todos los escándalos ocurridos de tres meses a aquella parte, y terminaba participándole las disposiciones que iba a tomar para que a ella no le faltase nada, al par que le daba seguridades de su amistad y de su devoción. Era la carta de un hombre decente que ha hecho balance del bien y del mal y no quiere que tenga derecho de quejarse de él la mujer de quien se separa.

Media hora antes de subir a la diligencia, Eduardo mandó por un recadero la carta a Atanasia.

El coche iba a partir cuando apareció Rosalía con un billete de su ama, en el cual, además de rogar rendidamente a su amante que no partiese, aquélla le decía que de persistir en marcharse, ella saldría de París y se expatriaría para siempre.

—Vuélvase usted a casa, dijo Rosalía; la señora está que parece loca, y si usted no regresa a su lado, no sé lo que va a suceder. Mi ama es capaz de suicidarse.

Eduardo puso veinte duros en la mano de Rosalía y emprendió la marcha.

Nuestro héroe fue a Limoges a ver a su padre, y no queriendo volver a París, de allí salió para Italia.

Varias veces, durante su viaje y considerando que después de todo su ausencia tal vez hacia muy desgraciada a Atanasia, Eduardo escribió cariñosamente a su antigua amante y de nuevo le habló de la imposibilidad de prolongar por más tiempo sus relaciones.

Seis meses después, Eduardo regresó a París y no se atrevió a presentarse en casa de Atanasia, temeroso de las lágrimas y las recriminaciones y particularmente de que ésta no buscase cautivarle otra vez y todavía le amase demasiado. En una palabra, temía que, de verla, uno y otra no sintiesen una sacudida excesivamente profunda.

¡Miren el fatuo!

Un mes hacía que Eduardo regresara a París, cuando un día, al pasar por el bulevar, vio detenerse un coche y que por el ventanillo de éste salía una diminuta mano que le hacía seña de que se acercase. La que de tal suerte le llamaba llevaba el rostro velado, de modo que a aquél no le fue posible conocerla de momento.

Una vez el joven se hubo acercado a la portezuela del coche, la desconocida se levantó el velo: era Atanasia, la cual vestía con elegancia suma y tenía un aspecto, por decirlo así, nuevo.

—¿Conque ya está usted de regreso? preguntó a Eduardo su antigua amante.

—Sí, respondió con voz apenas perceptible el joven.

—¿Hace mucho tiempo?

—Un mes.

—¿Por qué no ha venido usted a verme?

—Temía...

—Ya sabe usted que en mi casa será siempre bien acogido.

—¿Vive usted todavía en la calle de Laffite?

—Sí. ¿Y usted?

—Yo en la de Richelieu, en la fonda de París.

—Se lo he preguntado a usted para enviarle algunos papeles que he encontrado y que tal vez pueden serle a usted útiles.

—Gracias.

—¿Y qué tal le ha probado a usted el viaje?

—Perfectamente. Y usted ¿qué ha hecho?

—¡Oh! amigo mío, sería largo de contar. Ahora vivo con el barón de \*\*\*. Él es quien me ha regalado este coche. Verdad que no es joven, pero me colma de bondades. Venga usted a verme y se lo contaré a usted todo. Adiós.

Valía la pena de hacer cuanto hemos narrado.

# **LA CAJA DE PLATA**

CUENTO FANTÁSTICO

Todo el que no esté ciego puede ver, a seis leguas de París, en el camino del Norte, una magnífica y deliciosa quinta estilo Luis XIII, o si decimos con paredes de ladrillo, torrecillas en los ángulos y altos tejados de pizarra en forma de apagaluces, coronados de ramos de flores de hierro cincelado y primorosamente labradas. El cual edificio, que en un principio sirvió de convento, reúne todas las comodidades que ciertas comunidades monacales sabían dar, ya mucho antes de contaminarnos el influjo inglés, a lo que ellas apellidaban su humilde retiro; y tan es así, que al primer comprador de aquél le costó muy poco convertirlo en una de las residencias más agradables que cabe imaginar. Hoy, las celdas del piso primero sirven de elegantes dormitorios para los amigos: la escalinata de piedra con baranda esculpida, con sólo cubrirla de una alfombra quedó de perlas, y los refectorios y locutorios de la planta baja, con poco trabajo fueron transformados en salón, sala de billares y comedor. En cuanto a las cocinas, reunían condiciones tales, que el modificarlas hubiera sido echarlas a perder: así pues, excusado es decir que les guardaron el respeto a que eran acreedoras. Ignoro si los primeros habitantes de semejante mansión eran o no hospitalarios; pero si respecto del particular dejaron pendiente alguna deuda, el propietario actual la ha liquidado hace mucho tiempo, porque es imposible convidar con más galantería, nobleza y afabilidad que él lo hace. Por desgracia no es, como yo quisiera, del dueño actual de quien voy a hablar a ustedes, pues su modestia me impone el deber de callarme sobre cuanto opino y he visto; pero puedo nafrar una historia que en parte tuvo por escenario el mentado edificio y que pasó en tiempos del anterior propietario.

Cierto día de uno de los meses de septiembre que han transcurrido de medio siglo para acá, y no señalo con más puntualidad la fecha porque es inútil el hacerlo tratándose de una historia como la que van ustedes a leer, estaban reunidas algunas personas en el salón de aquella quinta. Una de ellas, marquesa, viuda que sobrellevaba con bastante filosofía su viudez, en una palabra, la dueña, frisaba con los cuarenta y cinco, se conocía que había sido hermosa y aún era de buen ver. Junto a la marquesa estaba sentada una joven, la baronesa de Ángel; bonito nombre, ¿no es verdad? y que ella también lo

era, a fe mía. Pero no voy a pintar su retrato, porque tendría que echar mano de la paleta que da el blanco, el azul y el rosado como primeros tonos, y como términos de comparación, el azul del cielo, la perla de los mares, el oro de los trigos, el brillo de la nieve, el negro de ébano y la blancura del lirio. ¿Les gustan a ustedes las morenas? pues represéntense en su imaginación la morena que más les cautive. ¿Prefieren ustedes las rubias? en este caso les diré que mi baronesa lo era. Ya ven ustedes que soy acomodaticio; y es que tengo empeño en que la de Ángel les guste, tanto más cuanto en realidad no sé si era rubia o morena. Pero dato es éste que poco importa. La gracia puede ser morena o rubia, el hechizo rubio o moreno, y la baronesa era compendio de gracias y hechizos. ¿Dónde está su marido? ¿dónde su amante? me preguntarán ustedes, pues ya es sabido que nosotros, míseros historiadores del corazón humano, en cuanto ponemos en escena una mujer joven y hermosa nos vemos obligados a decir a rajatablas que ama y a quién ama, y cómo le ama, y por qué, y por ahí enfrascarnos en las peripecias del amor, hasta que la dejamos dichosa o muerta en la última línea de nuestra novela. Pues se llevan ustedes chasco; la baronesa no tiene marido ni amante, y aun añadido que tan poco inclinada se siente al uno como al otro. Con todo, la hermosa dama no responde de lo porvenir. Ínterin, pasa la existencia en la viudez, como la marquesa.

En el salón hay otros tres personajes: un médico de unos treinta y cinco años de edad, apellidado Claudín, un veterano general llamado Saint-Brun, y un opulento banquero a quien en el siglo décimo octavo me hubiera visto obligado a darle el nombre de Mondor, pero cuyo verdadero apellido era Carillac.

Si quieren ustedes que les sea franco, les diré que a mi ver el general querría maridar con la marquesa, con la baronesa el banquero, y el médico, de combinarse así las cosas, cuidar de la mujer de este último; pero esto no nos interesa.

—El tiempo está magnífico, señores, dijo la marquesa; mañana van ustedes a dar una cacería soberbia.

—¿A quién están ustedes aguardando? preguntó Claudin.

—A Montidy.

—Simpático joven, profirió Saint-Brun.

—Debería estar aquí hace ya una hora, añadió la baronesa; van a dar las cinco.

—Es singular, pues acostumbra a ser puntual. Mientras no le haya sucedido alguna desgracia...

—¿Cómo viene?

—A caballo siempre.

—Entonces no hay peligro, el camino es más liso que la palma de la mano.

—Esto sin contar que Montidy es jinete consumado.

—Le habrá detenido algún asunto.

—¿Quieren ustedes que entretanto demos una vuelta por el jardín?

—Conformes.

—José, dijo la marquesa a un criado en el instante de poner los pies en la arena de la grande alameda del parque, si viene el señor de Montidy, dígame usted que nos encontrará en los alrededores de la faisanería.

Los paseantes se alejaron divididos en dos grupos, y a las seis y media regresaron al salón, sin que Montidy hubiese parecido.

La zozobra empezó a cosquillar a los circunstantes.

—Hoy no viene, dijo la marquesa al dar las siete y al ver que el joven no comparecía.

Pero en el preciso instante de sentarse todos a la mesa, pues en el castillo se comía a las siete, un lacayo abrió la puerta del comedor y anunció a D. Julián de Montidy.

—¡Por fin! exclamó la baronesa; y llega usted a tiempo.

Montidy estrechó la mano que le tendió la marquesa, besó la de la baronesa, dio familiarmente las buenas tardes al médico, se inclinó respetuosamente ante el general, y saludó al banquero, a quien no conocía; luego se sentó en el sitio que le estaba reservado.

Era Montidy un joven elegante, rico, gallardo y bondadoso.

—¿Nos hace usted el favor de decirnos a qué es debido su retraso de tres horas? preguntó la marquesa a Julián.

—No es culpa mía, respondió el joven; míreme usted.

—Si, está usted un poco descolorido.

—Es mi disculpa.

—¿Ha estado usted enfermo?

—No, señora.

—¿Qué le ha sucedido a usted, pues?

—Poco ha faltado como no me ven ustedes más.

—¿Y eso?

—En comiendo; no quiero quitar el apetito a nadie.

—¿Conque es dramático?

—Si, señora.



—Como usted quiera; pero si la disculpa no es de ley, ya nos oirá usted.  
La comida fue animada, como entre amigos que están de campo, y una vez terminada, todos se volvieron nuevamente al salón.

—A ver esa disculpa, dijo la marquesa.

—¿Qué suponía usted al notar mi tardanza?

—Que se había usted olvidado de venir.

—Esto es inverosímil.

—Que le había sucedido a usted un percance.

—Adivinado.

—¿De veras?

—Se quema usted, como se dice en los juegos de pasatiempo.

—¿Pero el peligro ya ha pasado?

—Si, señora.

—Diga usted, abrimos tanto el oído.

—¿Han visto ustedes caer a alguna persona desde un cuarto piso?

—Nunca, gracias a Dios.

—Pues yo lo he visto hoy.

—¿Dónde?

—En la calle de San Honorato.

—¡María santísima! ¿Era hombre o mujer?

—Mujer.

—¿Joven?

—De veinte años.

—¡Infeliz! ¿Ha sido casual o un suicidio?

—Suicidio.

—¿Y ha caído cerca de usted?

—Un paso más y me aplasta; ha caído a mis pies.

—¡Es horroroso!

—De eso le respondo a usted.

—¿Y se ha matado?

—Repentinamente.

—¿Se sabe por qué se ha arrojado por la ventana?

—No, señora. En torno de su destrozado cuerpo el público forjaba mil comentarios; pero ya comprenderá usted que no me he entretenido en escucharlos.

—¿Ha presenciado usted tal catástrofe al venir?

—No, señora; regresaba a mi casa en busca de mi caballo para venirme, y me acompañaba un amigo. Andábamos los dos a buen paso, cuando

prontamente ha caído ante nosotros un bulto que ha producido un ¡plaf! espeluznante seguido de un grito desgarrador. Era una mujer. Los transeúntes se han agrupado apresuradamente en torno de ella; pero yo, lejos de imitarles, he perdido el ánimo hasta el punto de tener que arrimarme al muro para no desplomarme en el suelo. No parecía sino que me había dado un ataque de epilepsia, y ya en mi casa, he pasado dos horas en un sofoco.

—¿Y el amigo de usted?

—Tan sereno como si tal cosa.

—¡Cómo! ¿sereno, dice usted? ¿No le ha causado impresión alguna lo que ha presenciado?

—La más mínima.

—¡No es posible!

—Tal como digo. Pero es así; nada le conmueve. Él es quien ha levantado el cadáver. Mientras unos huían y otros acudían presurosos, pero inútilmente; mientras las mujeres gritaban y nadie se atrevía a tocar a aquella desventurada mujer, y yo me bebía un vaso de agua para reponerme, él se ha bajado para levantar el maltrecho cuerpo, se lo ha cargado en brazos, por los que manaba la sangre de la difunta, y lo ha entrado en una tienda, diciendo: «Si de esta sale, ya puede darse por afortunada». Luego se ha reunido a mí, y cual si no hubiese sucedido cosa alguna, ha continuado contándome un lance que me estaba refiriendo cuando ha ocurrido la catástrofe. Ni siquiera ha variado de color.

—¡Y hay hombres de este jaez!

—Creo que existe uno solo, y por lo que se ve, he dado con él.

—¿Y usted le apellida amigo?

—¿Por qué no?

—¡Pero si ese hombre es indigno de toda amistad!

—¡Si es acardio!

—¿Qué edad tiene?

—La mía.

—¡Es el verdugo!

—No lo creo.

—¿Y qué le ha dicho usted?

—¿Yo? nada. Siempre le he visto completamente sereno en las circunstancias en que todo el mundo estaba conmovido.

—¡Vaya un temperamento más horripilante!

—¿Y tiene veintidós años?

—Sí, señora.

—¡Es imposible!

—Al llegar a mi casa ha pedido de almorzar y ha comido con envidiable apetito.

—¡Es un francmasón!

—Esto es lo que ha hecho, dijo Julián riéndose, mientras a mí las piernas se me doblaban y renunciaban a sostenerme, y eso que me creo tan valiente como el que más.

—Lo que él ha dado no ha sido una prueba de valor, profirió el general, que era perito en la materia.

—No, sino de una insensibilidad de que yo sería incapaz, agregó el médico.

—Pues yo afirmo que habría manera de conmover a ese insensible, añadió el banquero, que hablaba como quien vierte monedas de oro.

—Emociones hay de las cuales nadie se libra, repuso la baronesa. Su amigo se divierte con usted; es lo que en términos vulgares llamamos un presumido.

—Puede, dijo Montidy; pero en este caso desempeña su papel a las mil maravillas.

—Apostarla que le conmuevo al caballerito ese.

—No lo creo.

—¿Está rico? preguntó el banquero.

—No, señor.

—¿Se ha batido alguna vez? preguntó el militar.

—Nunca.

—¿Ha amado? dijo la baronesa.

—A nadie.

—Es un niño, profirió el banquero; sólo pido dos horas para convertirle en otro muy distinto.

—Y yo cinco minutos para hacerle desmayar.

—Y yo decirle cuatro palabras para arrancarle lágrimas.

—Basta que hagan ustedes lo que voy a decir, repuso Julián.

—¿Qué?

—Si la señora marquesa lo permite, escribiré a mi amigo que se venga aquí.

—Concedido. ¿Y qué?

—Cada uno de ustedes hará la prueba en él, y si se conmueve siquiera por espacio de un segundo, si le late el corazón, yo pierdo la apuesta. ¿Aceptado?

—¿No le advertirá usted nada absolutamente?

—Nada.

—¿Cada uno de nosotros obrará como más bien le cuadre?

—Sí, señor.

—¿Quiere usted decir que aceptará?

—No tiene nada que hacer.

—¿Y vendrá?

—Mañana estará aquí.

—Corriente.

Julián tomó una pluma y escribió a su amigo, y luego entregó la carta a un criado con encargo de que aquella noche misma la llevara a su destino, a fin de que el joven pudiese llegar a la quinta al día siguiente antes de empezar la tarde.

Los tertulios pasaron el resto de la velada interrogando a Julián respecto de aquel singular personaje.

—¿Es guapo? ¿Es de estatura baja? ¿Es alto? ¿Es moreno? ¿Es rubio? ¿Está pálido?

Preguntas a las cuales Montidy se concretaba a responder:

—Nada quiero decirles a ustedes. Ya le verán.

Cada cual, pues, pudo forjarse a su antojo la imagen del que era causa de la preocupación general, y según las suposiciones que mutuamente se comunicaron los tertulios, casi convinieron en que aquél debía ser alto, delgado y pálido, vestir de negro, tener los ojos brillantes, blancos los dientes, largos y echados, atrás los cabellos, y reunir todas las trazas de un personaje de Hoffmann.

Al mediodía del siguiente todos estaban reunidos en el salón, aguardando llenos de curiosidad, cuando un criado abrió la puerta y anunció:

—El señor caballero de Ilo.

En aquellos tiempos aun había caballeros.

Todos clavaron los ojos en la puerta, y vieron entrar por ella, un joven de estatura mediana, rubio, risueño, mofletudo, de azules y límpidas pupilas, que acompañó de una mirada llena de suavidad y gracia el saludo que hizo al presentarse. Tenía, además, el caballero de Ilo, pequeños los pies, aristocráticas las manos, blancos los dientes, encarnados los labios, sano el color, cutis rosado, y era casi lampiño; todo lo cual unido al elegante traje que vestía, le hacía simpático a primera vista. Su aspecto era el de un mozo bien alimentado, de un Apolo regordete, sin riesgo y a propósito para besarle; era el vivo mentís del alma que le atribuían. Miráronle con extrañeza los

circunstantes, que cruzaron algunas sonrisas de desdén, y quedaron convencidos de que Montidy les había dado una broma.

Julián, a quien no podía pasar inadvertida la impresión que en el ánimo de los circunstantes producía su amigo, se levantó, salió al encuentro de éste, y le condujo hasta la marquesa, a la cual dijo:

—Permítame usted, señora, que le presente uno de mis mejores amigos, el caballero de Ilo, quien podrá afirmarle que mi retardo de ayer fue completamente ajeno a mi voluntad.

—Es cierto, señora, dijo el caballero, y Julián es acreedor a toda indulgencia, máxime si accede a reclamarla un poco para mí, que no me abona otro título que su amistad para haber merecido la invitación con que se ha servido usted honrarme.

—Él es más que suficiente, caballero, contestó la marquesa; pero a ser verídica, a la invitación se unía un tantico de curiosidad.

Al mismo tiempo la marquesa, secundando el deseo de todos, abordó francamente el asunto; hizo, pues, seña al caballero para que se sentara, lo que éste efectuó como quien está acostumbrado al trato de la sociedad más exigente.

La baronesa tenía la vista clavada en el caballero de Ilo; el cual, por su parte, ni remotamente sospechaba el interés que despertaba en aquellas gentes.

—Pues sí, añadió la marquesa, Julián nos refirió ayer lo que les pasó a ustedes, y sentíamos comezón de saber el resto.

—Lo ignoro completamente, señora; pero no puede ser muy interesante, una vez que la joven estaba muerta.

—¿Y usted es quien la levantó?

—Sí, señora, respondió Ilo con voz la más natural del mundo.

—Dicen que tenía el cráneo estrellado.

—Enteramente, y se le salían los sesos como agua en cesto.

—Dispéñseme usted, profirió la marquesa palideciendo a pesar suyo al oír tan tranquila comparación; dispéñseme si desde que ha llegado le hablo de este asunto; pero desde anoche en esta casa no tratamos más que de él y del sosiego que tuvo usted la fortuna de conservar y está tan poco en armonía con sus años.

—Sí, señora, por fortuna tengo bastante presencia de ánimo.

—Pero la verdadera razón por la cual se encuentra usted aquí, está en el afecto que llevamos al señor de Montidy, que le quiere a usted, y en que sus

amigos lo son nuestros. Va usted a concedernos tantos ratos de solaz como él, ¿no es así, señor de Ilo?

—Estoy a sus órdenes, señora.

—Perfectamente. ¿Es usted cazador?

—¡Pché!

Julián presentó personalmente su amigo a los demás personajes reunidos en el salón, y a los diez minutos de haber entrado en él, Ilo parecía ya antiguo amigo de la casa.

Aprovechando la magnificencia del día, la marquesa y sus convidados salieron a dar un paseo por el parque de la quinta.

La caza estaba fijada para el siguiente.

Durante el paseo, dejaron que Ilo conversase con el general y el médico.

En cuanto a la baronesa y al banquero, llamaron aparte a la marquesa y a Julián y les dijeron:

—Como se trata de una apuesta, deseamos saber si están autorizados todos los recursos.

—Todos, respondió Julián.

—Con una condición, arguyó la marquesa, y es que una vez hechas las pruebas y sucumba o no el señor de Ilo, se le dirá a éste la verdad, y si se presenta coyuntura se le darán las satisfacciones debidas.

—Está bien.

—¿Sospechaba usted que mi amigo fuese tal cual es, marquesa? preguntó Montidy.

—Ni por asomo.

—¿Y usted persiste en la apuesta, Julián? dijo el banquero.

—La doblo, si usted quiere.

La marquesa, Julián y los otros tres personajes se reunieron al médico y al caballero, al cual la baronesa emprendió resueltamente.

—Diga usted, señor médico, ¿de qué estaba usted hablando con el caballero? preguntó la de Ángel.

—Del alma, respondió el de Ilo.

—¿Cree usted en ella?

—Si, señora, máxime cuando veo una persona cuya hermosura nada significaría si el alma no trascendiese en ella cual suavísimo aroma.

—O no entiendo jota, o eso es poesía pura.

—A lo más sensibilidad.

—Y es probable, señor de Ilo, que en alguna parte existe un alma que le inspira a usted más que las otras; ¿acierto?

—No, señora.

—¿Acaso no ama usted nada ni a nadie?

Ilo, por toda respuesta, fijó una mirada en la baronesa.

—¿Por qué me mira usted así? preguntó la joven viuda.

—Me maravilla la pregunta que acaba usted de dirigirme, señora.

—¿Por qué?

—Porque es exigirme una confidencia formal, no por interés, sino por pura curiosidad, pues sólo hace diez minutos que tengo la honra de conocerla a usted.

—¡Cómo! repuso la baronesa sonrojándose ligeramente, ¿hay algo que le admire a usted? Me pasma.

—¿Por qué no?

—Creí que nada podía hacer mella en el ánimo de usted, caballero.

—¿Quién ha dicho semejante?

—Era una suposición mía, deducida de lo que oí referir de usted tocante al lance de ayer, que no le conmovió a usted lo más mínimo.

—¿Qué tiene de extraordinario mi impasibilidad?

—Me parece que el ver a una mujer estrellarse contra los adoquines, es causa más que suficiente para conmoverse.

—Ante una catástrofe de la que es víctima una persona a quien no conocemos, sólo quedan dos caminos: o inmutarse, lo que es inútil y vulgar, o socorrer a la víctima, que es lo caritativo y provechoso. Al levantar el cuerpo de aquella mujer, la sustraje a la necia curiosidad de los transeúntes; en lo cual obré, a mi ver, como debía. ¿Acaso era menester que me echase a llorar, o que me diese un soponcio, porque a aquella infeliz se le antojara arrojarse por la ventana y porque estuvo en un tris como no me aplasta? Hubiera sido una ridiculez. Si se echó por la ventana, señal que para ella la muerte era la dicha. ¿No estaba muerta? luego era venturosa. La caridad me ordenaba alegrarme, y me alegré. Y ya que viene rodado, digo que una de las cosas que de los humanos más me admiran, es la increíble costumbre de perturbarse infinitamente más por una calamidad física que no por una desgracia moral. Los huesos desmenuzados, la vista de la sangre, dan calambres a mucha gente que se reiría de un dolor profundo del alma. Yo no soy así, y nada más. ¿Qué quiere usted hacerle?

—Tiene usted un gran dominio sobre sí mismo, pero le compadezco.

—¿Por qué, señora?

—Porque ese dominio y ese razonamiento deben hacerle a usted superior a los goces vulgares, que son los más suaves.

—¿Le parece a usted si mi aspecto es el de un desgraciado?

—No, señor; y lo cierto es que si la salud implica la dicha, debe usted ser venturosísimo. Al verle a usted, a una casi la asaltan deseos de ser egoísta.

—¿Quiere usted hacerme el favor de decirme qué es eso?

—El egoísta es un ser inaccesible a todo dolor ajeno y que no se apura por nada de cuanto a él no atañe.

—Esta es una de las innumerables definiciones que pueden darse respecto de este vicio. ¿No aplica el mundo este calificativo al egoísmo?

—Y con razón sobrada.

—Pues bien, señora, acepto esta definición y admito que soy egoísta, pues esto y nada más es lo que ha querido usted decir. ¿A quién daña semejante vicio?

—A cuantos podría usted ayudar, socorrer y estimar, y en los cuales no se ocupa usted poco ni mucho.

—¿Dónde están esos a quienes se refiere usted? Sírvase nombrármelos.

—No les conozco, es la humanidad entera.

—¿Y usted cree que la humanidad se ocupa más en mí que no yo en ella?

—Confiese usted que no lo merece.

—Luego se ocupa poco en mí. ¿Y le parece a usted si hay posición más ventajosa que la del hombre en quien nadie se ocupa?

—Sí, señor, la del hombre en la dicha del cual se ocupara el mundo entero.

—Ese hombre no existe, y si existiera, apuesto que sería el más infeliz de los mortales, pues cada cual querría hacerle dichoso a su guisa, pero no según el modo de ver de él, ya que la manera de sentir respecto de la dicha varía como el modo de ser del individuo. Ahora bien, siendo, como es, la dicha asunto puramente individual, vale más que cada uno la comprenda y se la aplique a su antojo.

—Sin embargo, para atribuírsela, el individuo necesita con frecuencia del concurso de uno o de algunos, y si se lo niegan, hele desdichado.

—Es probable, porque solicitará de los otros una ayuda que será contraria a los intereses, a las pasiones, a las costumbres y a los proyectos de esos otros. Demás, y dicho sea en el seno de la confianza, el individuo que necesita de sus semejantes para ser dichoso, es tonto de capirote. El admirable organismo del hombre encierra cuanto le es menester para toda la vida. Él es a quien corresponde levantar una valla a sus deseos en vez de dar pábulo a su ambición. Sin embargo, preciso es confesar que hay hombres que complacen a sus semejantes en cuanto éstos les piden un favor, prestándoles de esta



suerte y casi siempre un servicio sumamente peligroso, pues sobre despertar la ingratitud en un corazón que, de haber recibido una negativa, sólo hubiera engendrado un rencor pasajero, fomentan casi siempre pasiones vanas, perniciosas, que sin ese alimento extraño se hubieran extinguido. Esto sin contar que en ocasiones el prestar un favor no obedece a otro móvil que al egoísmo. ¡Cuántos hay que no quieren tomarse el trabajo de no acceder por hallar más cómodo y más rápido conceder lo que les piden! Puede usted estar íntimamente persuadida, señora, de que todo obedece al egoísmo; y tan es así, que nuestra civilización se ha visto constreñida a convertir en oficio los cargos anejos a la beneficencia pública, esa beneficencia indispensable que se deben mutuamente los hombres, y que se ejerce hoy con la más absoluta indiferencia. Un cirujano nos amputa una pierna sin que le inspiremos compasión, un abogado nos defiende sin conocernos, y una nodriza nos lacta sin amarnos. De estas relaciones fortuitas puede nacer la costumbre, y de la costumbre originarse el afecto recíproco; pero esto es muy raro y vale más que no suceda. Hasta los afectos más puros se basan en el egoísmo. La pasión más intensa que uno por el otro puedan sentir dos individuos, no es más que la exigencia de su respectivo egoísmo puesto en contacto. En la unión de dos personas, sea por el matrimonio, o bien por el amor, ¿qué hay? En el caso primero, a menudo nada más que una comunión de intereses, estados o fortunas; en el segundo, indefectiblemente la necesidad de contar con un afecto que contribuya a la dicha tal cual la soñamos. Ahora bien, todo cuanto el ser humano, usted misma lo ha dicho, señora; todo cuanto el ser humano procura agenciarse para alcanzar su dicha personal, resulta egoísmo. ¡Cuánto no envuelve el amor, que a primera vista parece la prueba más evidente de todas las generosidades del alma! Ante todo es menester que el hombre pertenezca por entero a la mujer, y recíprocamente; ambos se deben mutuamente cuenta de sus acciones, palabra por palabra, minuto por minuto. Que digan al hombre más bueno que la vida de su único amigo depende de que él le ceda por un solo día la mujer a quien ama, y dejará que su amigo se muera; y si a la mujer más caritativa le dicen que el hombre a quien ama siente una pasajera pero profunda pasión por otra mujer, y sucumbirá a ella si no le da su consentimiento, contestará que prefiere verle muerto que no de otra. ¿Sabe usted qué diferencia hay entre el amor y el egoísmo? El egoísmo es el amor a sí propio, sin injerencias extrañas, y el amor es el egoísmo compartido.

—¿Así pues, ha logrado usted hacerse superior a todas esas aberraciones humanas?

—Sí, señora.

—¿No siente usted amor por nada absolutamente?

—Por nada.

—¿Más que por usted?

—Ni eso.

—Entonces tanto da morir.

—No, señora.

—¿Por qué?

—Porque soy dichoso.

—El estado en que usted dice encontrarse y complacerle, sólo tiene una excusa: un gran dolor en lo pasado.

—Tal vez, señora; pero sea lo que fuere, he logrado matar en mí toda sensibilidad, única manera que he comprendido me permitiría disfrutar de la dicha terrenal. He reducido la existencia a las necesidades físicas, he anulado el alma, y con esto me he convertido en el menos ofensivo y peligroso de los hombres.

—Si usted no se explica...

—Sí, señora. So pretexto del alma, los hombres se creen autorizados para todo. El alma es la que ha inventado las pasiones; el cuerpo sólo ha inventado los vicios y los defectos, los cuales únicamente perjudican a quien los tiene, mientras las pasiones de uno solo pueden y deben dañar a multitud de individuos. Los vicios de mi cuerpo se reducen a la pereza, a la intemperancia y al sensualismo. Si bebo o como con exceso, si cedo en demasía a mis sentidos, únicamente yo sufro las consecuencias, nadie tiene que ver conmigo. Las pasiones más nobles del alma son la ambición y el amor. El ambicioso es desapiadado: avanza hollando los cadáveres de veinte naciones para llegar a su objetivo: tal vez llevará a cima hechos estupendos; pero ¡de cuántas víctimas no sembrará su camino! Si hablamos ahora del hombre que ama, hay que huir de él; su amor le sirve de perpetuo efugio y le autoriza para cometer infamia sobre infamia. Si ama a mi mujer y ésta le corresponde, yo tengo que ser la víctima; yo, que en nada le he dañado, me veo compelido a batirme con él, o, de lo contrario, hundirme en el más espantoso ridículo. ¿Y sabe usted qué dirá aquél si me mata? Pues dirá: «¿Qué quieren ustedes? esta pasión me domina y me subyuga». Y sin embargo, a ese hombre que puede causar tanto mal, le apreciará usted, porque en las demás relaciones de la existencia será expansivo, destellará algunas chispas del foco de su amor, mientras a mí, a quien sin temor pueden verme llegar; a mí, a quien el marido puede confiar su esposa, la madre su hija, el hermano su hermana, porque no teniendo amor a

nada, no me pasará por las mientes el seducirlas, me tildará usted de egoísta y evitará mi trato.

—¿Así pues, usted no enamora nunca a mujer alguna?

—¡Nunca! y por otra parte, ¿de qué me serviría? Hay momentos en que todas las mujeres se parecen. Las frases más sentimentales, las perífrasis más ingeniosas que un hombre dirige a la mujer a quien galantea, en la esencia sólo significan el deseo de ser amante de ella. Lo que hacemos es engalanar con el dictado de pasiones, afectos o amor nuestros antojos; pero una vez éstos desvanecidos, el hombre más poético se pasma de no ver ya en la mujer que se los inspirara, más que una de tantas, menos lo incógnito. ¿Qué más? Ocasiones hay en que la mujer más adorada se haría aborrecer de su amante si le hablase del amor en que éste cifraba su deseo.

—Estoy atónita de oírle a usted verter tan singulares teorías, que no sé a dónde pueden conducirle.

—Adonde la conducirán a usted las que usted profesa, señora; adonde la vida nos conduce a todos: a eso a que los filósofos apellidan el reposo, el vulgo muerte, los creyentes eternidad, los escépticos la nada, y yo el término.

—¿Sabe usted que sería muy desgraciada la mujer que le amase?

—Lo creo; pero también creo que a mujer alguna se le antojaría amarme.

—¿Quién sabe? profirió la baronesa, lanzando a Ilo una mirada llena de deliquio.

—Tiene usted unos ojos divinos, señora, dijo el joven a la de Ángel.

—Caballero...

—¿Señora?

—Es imposible que sea absolutamente cierto cuanto acaba usted de decirme.

—¿Lo pone usted en duda?

—No quiero creerlo.

—Como usted guste.

—Y si es, tengo empeño en transformarle, en desengañarle del engaño en que está, en acabar con su filosofía y su egoísmo, en una palabra, en pulverizar sus teorías.

—No lo intente usted, señora, perdería usted el tiempo.

—Me sobra.

—Y dígame usted, señora, ¿usted tampoco ama a nadie?

—A nadie; pero yo no estoy exenta de amar, no obstante lo que usted me ha dicho. Anudaremos, pues, esta conversación, y veremos quién convence a

quién. Pero es menester que nada nos distraiga; aquí pueden interrumpirnos a cada instante. Esta noche le aguardo a usted en mi cuarto. \*

—Está bien, señora, contestó Ilo sin manifestar la menor sorpresa.

—¿Será usted discreto?

—Nunca publico nada de cuanto me pasa.

—A medianoche saldrá usted de su dormitorio.

—Está bien.

—Y vendrá usted al mío.

—Conforme.

La baronesa estrechó la mano al joven, que la tenía completamente tranquila y fría.

Los demás paseantes se habían reunido de nuevo a nuestros dos interlocutores.

—¿Qué tal? preguntó en voz baja el general a la baronesa.

—Si es cual pretende, raya en lo extraordinario.

—Entonces ¿desiste usted?

—Al revés. ¡Oh! soy mujer, y le garantizo que doblegaré su indómita condición. Esta noche, a las once y media, estén ustedes todos en mi habitación y podrán enterarse de cuanto ocurra; advierta usted a la marquesa, al médico, a Montidy y al banquero.

En efecto, a las once y media todos estaban reunidos en la habitación de la baronesa; la cual, exaltada, provocada por la conversación que sostuviera con el de Ilo, estaba dispuesta a valerse de todos los recursos que su imaginación, su hermosura y, como ella misma dijera, el ser mujer ponían en su mano. Se trataba de hacerse amar, no fuese sino por espacio de un minuto. ¡De qué no es capaz una mujer cuando está interesado su amor propio!

La baronesa vestía un traje lo más seductivo que imaginar se pueda, y, segura de salir victoriosa, estaba sentada en un confidente, envuelta en rozagante peinador blanco de amplias mangas que dejaban al descubierto todo el antebrazo, por cierto de carnes duras y torneada forma; ítem más, calzaba zapatillas, o más bien, esarpines que se sostenían sólo por los dedos, y llevaba la cabellera arrollada de manera que daba gran realce al óvalo de su hermoso semblante.

Dieron las once y media.

Los circunstantes pasaron una veintena de minutos conversando muy quedo para que no les oyesen y ellos pudiesen oír en el poco probable caso en que Ilo se hubiese anticipado a la hora de la cita, y a media noche menos cinco todos se retiraron de puntillas a la pieza contigua.

El reloj de la quinta dio doce campanadas.

Nadie compareció todavía; pero hubiera sido una exigencia reclamar tanta puntualidad; era natural que el citado retardase un poco, atendidas las precauciones que había que tomar para encubrir aquella visita a hora tan insólita.

Transcurrió un cuarto de hora.

La baronesa empezó a fruncir el ceño.

—¿Qué hay? preguntó el general, abriendo poquito a poco la puerta y con rostro entre admirado y burlesco.

—Ya lo ve usted, estoy sola.

—Esto es que no se atreve a comparecer a la cita.

—Primero quiere tener la seguridad de que todos duermen.

El general volvió a cerrar la puerta y entró en el salón, en el cual le pareció a la baronesa que estaban riendo y cuchicheando.

A la media para la una, la de Ángel se levantó y a su vez se fue al encuentro de sus amigos, a los cuales y con el despecho pintado en el semblante dijo:

—Debe de haber venido, y como les habrá oído a ustedes se ha retirado.

—Es probable; así pues, nos vamos; sin duda está al acecho, y al oír que dejamos libre el campo...

Todos se alejaron de puntillas; pero como debían pasar por delante del cuarto de Ilo, Julián hizo una seña a sus compañeros para que aguardaran, y entró con una vela en la mano en el dormitorio de su amigo.

Al través de la puerta, que Julián dejara entreabierta ex profeso, los congregados pudieron ver como su compañero se acercaba muy quedo a la cama y casi al punto indicaba con la mano que entrasen todos con cautela.

—Miren ustedes, dijo Julián en voz baja.

Y levantando la luz por encima de su cabeza para que sus amigos pudiesen ver más cómodamente, mostró a Ilo acostado y durmiendo a pierna tendida.

A las diez de la mañana del día siguiente todos estaban reunidos, en traje de caza, en el salón de la quinta.

Ilo, que no advirtió la curiosidad de que era blanco, tenía el aspecto de quien ha dormido bien y está en disposición de comer con apetito. En su gesto no se traslucía el más mínimo encogimiento, y parecía ignorar que la noche anterior había cometido una grosería faltando a una cita.

Para la baronesa era más que una grosería, era... no acierto con el calificativo; pero si digo que hizo el propósito de vengarse.

¿Qué mujer perdonaría a un hombre el haberla puesto en berlina? porque, en conclusión, la baronesa lo había estado por un instante a los ojos de sus amigos.

Sin embargo, se rió cuando éstos dijeron como hallaron a Ilo roncando que era un gusto: mas no había que fiar en su risa.

Después del almuerzo, al que hizo sumo honor el caballero, preparáronse todos para la cacería; es decir, todos no, pues la marquesa, la de Ángel y el médico debían concretarse a acompañar a los cazadores y asistir a las hazañas de que éstos se jactaban llevarían a cabo.

La baronesa se aisló momentáneamente, en la esperanza de que Ilo se acercarla a ella para disculparse; y en efecto, el mozo salió al encuentro de la baronesa, y... le preguntó qué tal había pasado la noche.

—¿Es una ironía, caballero? preguntó la joven, mirando a su interlocutor de hito en hito.

—No comprendo.

—Pues sepa usted que la he pasado mal. He estado aguardando.

—¿Qué?

—Que le pluguiese a usted acudir a la cita que había aceptado.

—¡Caramba! tiene usted razón, repuso Ilo con acento el más natural del mundo. Perdóneme usted, señora, se me olvidó completamente.

Y el joven se disculpó de semejante olvido como hombre bien educado, pero también como si tal descuido no hubiese tenido importancia alguna; luego solicitó de la baronesa su venia para ir a reunirse con los cazadores.

—Ea, he perdido, dijo entre sí la de Ángel, porque en verdad no me era dable hacer más de lo que he hecho. En ese hombre no hay nada, ni siquiera un hombre.

Y siguió con la mirada a Ilo, que se iba alejando con toda tranquilidad; pero la mirada de la baronesa era la de la mujer que busca en su imaginación la manera de vengarse.

La caza duró hasta las cinco, a cuya hora regresaron todos a la quinta para comer. Ya satisfecho el apetito y después de haber la baronesa dicho a los demás apostadores que podían empezar sus probaturas, el banquero propuso una partida de sacanete.

Dice un proverbio alemán, que donde hay que juzgar al hombre es en la bebida o en el juego.

—¿Usted juega, caballero? preguntó a Ilo la marquesa.

—De vez en cuando, respondió el joven.

—¿Le distrae a usted el juego?

—El placer del juego está en la emoción que produce, y a mí no me impresiona.

—Es lo que vamos a ver, dijo Carillac haciendo una seña a los jugadores, ya sentados alrededor del apetitoso festín de oro a que dan el nombre de tapete verde.

—¿Así pues, usted no nos acompaña? preguntó la marquesa.

—Si esto no la contraría a usted, señora...

—Realmente me contraría; deseo que juegue usted con nosotros.

—En este caso me atrevo a solicitar de usted un favor, y es que me permita que me retire a las diez, pues hoy he andado mucho.

—Concedido.

Ilo se sentó entre la marquesa y la señora de Ángel.

A los diez minutos de empezado el juego, éste había adquirido proporciones extraordinarias: el oro circulaba a puñados; no parecía sino que el Pactolo atravesaba el tapete.

Ilo, para quien el juego no encerraba, en la apariencia, más distracción que la de entretenerle las manos, no jugaba, lo que hacía era jugar con el juego, mientras estaba departiendo amigablemente con sus vecinas.

—¿Pierde usted? le preguntó la baronesa.

—Si quiere usted que le hable con franqueza, no lo sé a punto fijo.

—El señor de Ilo gana, profirió una voz sonora.

—¿Cuánto?

—Mil doscientos duros, que le quedo a deber, respondió el banquero.

—Ya ve usted, señora, dijo Ilo a la baronesa, parece que gano mil doscientos pesos.

—Juego al desquite si usted quiere, repuso el banquero dirigiéndose al joven.

—Corriente, contestó Ilo, que en aquel instante tenía la baraja en las manos.

Carillac se había levantado; los demás jugadores parecían tener concentrada toda la atención en el juego; que no son moco de pavo mil doscientos duros a una carta.

—¡Zape! exclamó el banquero mirando con fijeza a Ilo, que acababa de jugar el naípe que le hacía ganar, he perdido otra vez. Le debo a usted dos mil cuatrocientos pesos.

—Esto es, dijo el joven.

—¿Continuamos?

—Cuanto usted quiera.

Reparen ustedes en el jugador más ejercitado, en el que más bien sabe imprimir la indiferencia en su semblante, en una palabra, en el jugador por excelencia, capaz de disimular en absoluto sus sensaciones cuando pierde; reparen ustedes en él, repito, cuando gana, y verán que a pesar suyo la mano le tiembla al contacto de la carta que le da ganancia.

Todos tenían los ojos clavados en Ilo: pero éste, ni que hubiese sido una estatua: un testaferro de garito no hubiera volteado las cartas con más soltura.

Ilo ganó nuevamente.

El banquero fue quien empezó a turbarse; y es que no sólo no ganaba su apuesta, mas también perdía dinero.

—Debo cuatro mil ochocientos pesos, dijo; los juego, si usted quiere.

Por toda contestación el joven empezó a voltear las cartas.

Sobre todo el general era quien no volvía del asombro que le causaba tanta serenidad, siendo así que a él el corazón parecía querer saltársele del pecho cuando ganaba cuatro pesos.

Y aquí cuadra notar que los más valientes en los campos de batalla se entimidecen ante las mezquinas emociones del tapete verde; de nada les sirve su bravura en presencia de la impasibilidad de ese adversario de cartulina al que no hay posibilidad de detener en su carrera, ante ese peligro mudo al que nada puede combatir, y que desviando por un instante el honor del hombre, lo hace descender del corazón al bolsillo.

—¡Otra vez ha ganado el señor de Ilo! exclamó la marquesa; le debe usted nueve mil seiscientos pesos, señor de Carillac. Vaya, no es mala la ganancia; dé usted la baraja a otro, o va a perder nuevamente.

—¿Qué decide usted? preguntó el banquero a Ilo.

—¿Me debe usted nueve mil seiscientos pesos?

—Sí, señor.

—Pues juguemos diez mil; si gano, esta cantidad hará una suma redonda, y si pierdo, a lo menos se meterá usted en el bolsillo algo más que su propio dinero.

Ilo profirió estas palabras con tranquilidad inusitada. Una esfinge de granito que jugase a las cartas en el desierto no estaría más serena que lo estaba aquel impávido joven.

—Enhorabuena, juego los diez mil, dijo el banquero.

A la tercera carta, Ilo ganó veinte mil duros.

—Renuncio a continuar, repuso Carillac, con rostro descolorido, mientras el caballero conservaba el mismo color rosado que tanto llamara la atención a todos a su llegada a la quinta.



El *renuncio a continuar* del banquero quería decir para Ilo: «No pasemos adelante», y para los espectadores: «Realmente nada conmueve a ese hombre. Me doy por vencido».

—Ahora me toca a mí, dijo para sus adentros el general. Conque, no pestañees, ¿eh?, pues yo haré que pestañees, joven guapo.

Y Saint-Brun se levantó y dijo al banquero:

—Hace usted bien en no jugar más, perdería usted siempre.

—¿Por qué?

—Porque el señor de Ilo hace fullerías.

Y el general cogió una baraja y la arrojó al rostro de Ilo.

Los naipes volaron alrededor de éste como en torno de un árbol las hojas llevadas por el huracán; pero como el tronco de un árbol, Ilo permaneció en pie y con ademán inalterable.

La acción era tan inesperada, que las mujeres dieron un grito y los hombres se levantaron para interponerse entre el general y el ofendido.

Todos quedaron mudos de asombro: ninguno de los circunstantes pudo haber previsto que el general llegase a tal extremo.

—General, dijo la marquesa con gesto severo, ¿se le ha trastornado a usted el juicio?

Y dirigiendo la palabra a Ilo, le dijo con voz sincera:

—Por Dios, caballero, esté usted sereno.

—Lo estoy, señora, contestó el joven sonriendo de la manera más afable y tranquilizadora. Lo que siento es que al arrojarme el general las cartas al rostro haya alcanzado a la baronesa, a quien podía haber lastimado.

E inclinándose hasta la señora de Ángel, le dijo:

—Ya que el general está tan sobreexcitado que no atina en disculparse, permítame usted que le pida yo mil perdones por lo ocurrido.

Luego, encarándose con el general, añadió:

—¿Conque decía usted que yo hacía fullerías?

Entretanto el general había tranquilizado con una mirada a los testigos de la escena que hemos descrito, los cuales empezaban a comprender que seguía tratándose de la apuesta.

—Si, señor, respondió el general a Ilo, decía que hacía usted fullerías, y lo repito.

—¿Lo ha visto usted?

—Sí, señor, lo he visto.

—No quiero desmentir a un hombre de la edad y representación de usted, máxime en presencia de la señora marquesa, que me concede la honra de

recibirme por vez primera.

—¡Ah! ¿lo confiesa usted?

—No, señor, replicó el joven con rostro risueño; yo no digo que usted haya mentado ni que yo haya hecho fullerías.

—Entonces ¿qué dice usted?

—Nada.

—Pues es usted un cobarde.

—¿Por qué?

—Porque habiendo recibido una afrenta como la que yo acabo de inferirle, debería usted decirme algo.

—¿Qué?

—Debería usted exigirme una satisfacción cumplida.

—¿Y batirme con usted?

—Sí, señor.

—¿Conque es menester de todo punto que yo le mate a usted o que usted acabe conmigo porque se le ha antojado a usted creer y decirme que yo hacía fullerías, y me ha arrojado las cartas al rostro, dando a estas señoras un ejemplo de pésimo gusto?

—Sí, señor.

—Bien, bien, como usted guste; arregle el asunto como más bien le cuadre.

En esto dieron las diez en el reloj de la quinta.

—Acaban de dar las diez, señora marquesa, dijo Ilo, y ya sabe usted que me había concedido permiso para retirarme a esta hora.

—Sí, señor; es usted libre.

Ilo saludó y se retiró como si tal cosa.

—¿Qué tal les parece a ustedes? preguntó Julián a los tertulios, una vez se hubo marchado su amigo.

—No he visto en mi vida nada tan pasmoso, dijo la baronesa.

—Es un buen jugador, profirió el banquero.

—Y valiente como él solo, agregó el general; pero todavía no estamos al cabo.

—¿Qué intenta usted?

—Llevar el asunto al último extremo. Un hombre permanece impasible ante los arrumacos de una mujer, en presencia del dinero y bajo la afrenta de un insulto como el que yo le he inferido, dijo el general mirando alternativamente a la baronesa y a Carillac; pero cara a cara con la muerte, ya es distinto.

—¡Cómo! ¿quiere usted matarle?

—No; pero quiero que así lo presuma.

—Permanecerá impasible, dijo Julián, yo se lo garantizo.

—Pero ¿qué pretende usted hacer? preguntó la baronesa.

—El señor de Claudín va a abocarse inmediatamente con el caballero de Ilo.

—Perfectamente.

—Y le diré que después de habernos dejado y para evitar toda sospecha de desafío en el ánimo de estas señoras, he confesado mi sinrazón y prometido darle todas las satisfacciones que me exija.

—Está bien.

—Pero que mañana por la mañana a las seis, antes de que en esta quinta se haya levantado persona alguna, nos encaminaremos al campo del honor, y que el señor de Montidy será su testigo, y el médico el mío. Con dos testigos habrá bastante.

—Corriente.

—Añada usted que el duelo será a pistola, a cinco pasos, y que sólo estará cargada una de ellas.

—A las mil maravillas.

—Ya comprende usted que no habrá bala en ninguna de las dos armas. Pues él es el ofendido, le haré disparar primero, y cuando vea la boca del cañón de mi pistola apuntada a su cabeza, yo le aseguro que perderá ese colorcillo sonrosado que le tiñe los mofletes.

—Vaya usted a verle inmediatamente, doctor, dijo Julián, pues de lo contrario le hallarla usted dormido.

Claudín se salió del salón, y cinco minutos después estuvo de vuelta.

—¿Qué ha dicho? preguntó el general al médico.

—Que acepta.

—¿No ha titubeado?

—Ni eso. Lo único que ha objetado es que, teniendo por costumbre el dormir hasta las diez, hubiera preferido batirse a las once.

—Ea, hasta mañana.

—Hasta mañana.

A las cinco de la siguiente, Montidy entró en el cuarto de Ilo, a quien despertó, diciéndole:

—No tenemos tiempo que perder; vístete en seguida.

—¡Tan regaladamente como dormía! repuso el joven estregándose los ojos.

Ilo dejó la cama, y se vistió sin abrir los labios respecto del asunto que le obligaba a levantarse tan temprano.

A las cinco y media, los dos amigos sallan de la quinta, y a las seis menos cinco, llegaban al campo del honor, donde poco después se les reunieron el general y el médico.

Nuestro héroe bostezaba a más y mejor, y mientras los testigos cargaban, o aparentaban hacerlo, las pistolas, se sentó al pie de un árbol y cerró los párpados como para disfrutar de un minuto de sueño.

Nadie pudiera haber sospechado que aquel joven se encontraba en semejante sitio para librar un duelo a muerte.

Julián midió los cinco pasos, trazó dos rayas, y acercándose luego a su amigo, le dijo:

—Ven a tomar tu pistola y procura dar con la cargada.

Ilo se levantó y tomó al acaso una de las dos armas que sostenía el médico.

El general tomó la otra.

—Aquí, dijo Julián colocando por su mano a Ilo en su sitio.

—¿Quién dispara primero? preguntó éste.

—Usted, respondió el médico, pues es el ofendido.

Ilo dio las gracias con un movimiento de cabeza y tendió el brazo para apuntar; pero no pudo retener un prolongado bostezo.

—Dispénsenme ustedes, dijo el joven, si bostezo de esta suerte, pero la verdad es que me estoy cayendo de sueño.

Al mismo tiempo tiró del gatillo de su pistola, de la que se inflamó únicamente el pistón, que produjo un ruido seco.

—Toma, me ha tocado la mala, dijo Ilo, cerrando los ojos como quien duerme derecho.

—Va usted a morir, caballero, exclamó el general con voz hueca y tendiendo a su vez el brazo.

Ilo no profirió palabra.

Saint-Brun hizo fuego.

—¿Volvemos a empezar? preguntó nuestro héroe abriendo los ojos.

—No, respondieron los testigos, el honor queda satisfecho.

—Entonces voy a acostarme otra vez, dijo Ilo bostezando desafortadamente y tomando la vuelta de la quinta.

El médico, el general y Julián le siguieron.

—Hemos perdido, dijeron los dos primeros a la marquesa. ¡Vaya un hombre extraordinario!

Y contaron todas las peripecias del duelo.

Después del almuerzo, el general se acercó al joven, y ante todos le dijo:

—Caballero, permítame usted que le dé la más cumplida satisfacción por lo de anoche y que le explique lo que en esta quinta está pasando de dos días a esta parte. Julián nos manifestó que era imposible causarle a usted la más leve emoción, y la baronesa, el señor de Carillac y yo apostamos que conseguiríamos conmoverle. Hemos perdido, y le pedimos mil perdones por haber echado mano de los recursos que hemos empleado cada uno de nosotros; pero en cambio le rogamos nos explique cómo siendo usted tan joven es tan superior a las sensaciones que nos mueven todavía a nosotros los viejos.

—¿Se empeñan ustedes en saberlo?

—Sí, señor.

—No van ustedes a creerme si les digo la verdad monda.

—¿Tan increíble es?

—Para mí es naturalísimo; pero no todos son como yo, señores.

—Vamos a ver, explíquese usted, caballero.

—Pues bien, general, ¿qué siente usted? preguntó Ilo colocando la mano de Saint-Brun sobre su pecho.

—Nada.

—Mi corazón no late, ¿es verdad?

—Es verdad.

—¿Absolutamente?

—Absolutamente. ¿Y de qué proviene eso?

—Sencillamente, de que no lo tengo.

—¿Y qué ha hecho usted de él? preguntó la baronesa algo asustada.

—Lo di, señora.

—¿A quién?

—A un mi amigo que no tenía bastante con el suyo.

—Usted se chancea.

—Hablo formalmente.

—¿Usted dio su corazón?

—Sí, señora.

—¿Y a propósito de qué?

—De un profundo dolor que me anonadó, cuando la muerte de mi padre. Entonces me dije que el hombre más dichoso seria aquel que no tuviese corazón, e hice quitarme el mío como si hubiese sido un órgano peligroso.

Desde aquella fecha soy, como ustedes han visto, naturalmente insensible a todo cuanto hace latir el corazón de los hombres.

Como el joven no hubiese hablado con la mayor seriedad, había para suponerle loco de remate.

—¿Y quién le sacó a usted el corazón?

—Un cirujano habilísimo.

—¡Es imposible!

—Mire usted, señora, aquí está la cicatriz de la operación, dijo Ilo descubriendo un pecho blanco, liso, mate como marfil, y mostrando una señal blanca y cruzada.

Luego se inclinó, dejando hondamente pasmados a aquellos a quienes acababa de hacer tan inesperada confidencia.

Algunos días después de la escena que dejamos transcrita, Ilo, de regreso en París, estaba leyendo en su dormitorio, tranquilamente sentado y con los pies al amor de la lumbre.

El mencionado dormitorio, cuco como el de una mujer y colgado de una tela de la India con grandes ramos de flores sobre fondo blanco, formaba parte de un pabellón que el joven habitaba en la calle del Oeste, contigua al Luxemburgo, pabellón del cual dependía un jardín ya deshojado por los primeros fríos del otoño. La calle del Oeste es triste, y todavía lo era más en aquellos tiempos. En cuanto al pabellón, no alteraba para nada la tristeza de la calle; compuesto de bajos, de primer piso y de una como azotea, tenía en la fachada principal una puerta de dos hojas, dos ventanas redondas en la planta baja y tres bastante altas en el principal. La parte verdaderamente habitable de los bajos miraba al jardín susodicho.

Aquel día el cielo estaba encapotado. De tiempo en tiempo el sol, que tenía comezón de mostrarse, iluminaba con un largo y amarillento rayo de su luz la niebla que envolvía a París cual poco limpia gasa.

Algunos gorriones que correteaban por la hojarasca, y una estatua de piedra que representaba la Venus púdica, con dos dedos rotos y la nariz descalabrada, eran lo que Ilo veía cada vez que desviaba del libro los ojos y miraba al jardín, que estaba ceñido por una pared ennegrecida, en cuya cresta y entre el musgo se velan cascos de botella con que la habían fortificado. Más allá, formaban el último término altas, tranquilas, inanimadas casas.

En realidad la perspectiva era poco agradable.

El día a que queremos referirnos era uno de esos de otoño que empiezan tarde y acaban pronto, pero que duran lo que dos de estío.

Minuto más, minuto menos, eran las dos de la tarde.

Ilo, a quien cautivaba poco la lectura, dejó el libro y empezó a remover los tizones de la chimenea; ocupación grave que servía de marco y de asunto a su imaginación, si es que la ocupaba en algo, cuando su criado le anunció a Julián.

—Llegas oportunamente, dijo el caballero a su amigo.

—¡Hola! ¿te estabas aburriendo acaso?

—Poco le faltaba. ¿A qué debo tu visita?

—Primeramente al deseo de verte, y luego a otra causa.

—Di.

—He visto a la baronesa de Ángel. Acabo de salir de su casa.

—¿Está buena?

—Perfectamente. ¿Qué tal te parece?

—Guapa; pero, a decir verdad, no paré mucho la atención.

—Pues sabe que está hablando de ti continuamente.

—¿De veras?

—Como oyes. La historia que le contaste referente a tu corazón la conmovió grandemente.

—¿Qué más?

—Arde en deseos de verte nuevamente.

—¿Me envía a buscar?

—No, sino mejor.

—¿Qué?

—Va a venir aquí, a esta casa.

—¿So pretexto de qué?

—So pretexto de que es dama de caridad, y a la entrada del invierno va a cuestas para los pobres.

—¿Y vendrá?

—Mañana.

—¿Te ha encargado que me avisases?

—No, pero yo lo hago para que no te muevas hasta que te haya visitado.

—Cumpliré sus deseos.

—Tengo que hablarte de otro asunto.

—Me parece haberlo adivinado, pero titubeas.

—Quiero hacerte una confidencia y pedirte un favor inmenso.

—Habla.

—Amo a la baronesa.

—¿Hace mucho tiempo?

—Dos meses.

—¿Se lo has dicho?

—No todavía.

—¿Luego ignoras si te corresponde?

—Lo ignoro, pero lo dudo, tanto más cuanto...

—¿Qué?

—La mirada del hombre que ama ve lo que no ven los demás. Sospecho que ama a otro, y que ese otro eres tú, amigo mío.

—¡Yo!

—Tú mismo.

—¡Bah! me conoce demasiado para hacer tal locura.

—Porque es una locura puede que esté dispuesta a cometerla. En las mujeres el amor suele con frecuencia no ser más que una terquedad. Se exaltan por el hombre que les opone resistencia, y principalmente cuando, como la baronesa, son jóvenes, ocupan un sitio encumbrado en la sociedad y son hermosas: condiciones suficientes para que deban ignorar siempre la oposición del hombre. Se ven rodeadas de tantos individuos que las importunan con sus asiduidades, que es natural que reparen en el sujeto que no para mientes en ellas. Sí, las mujeres toman esta falta de atención como un reto; se les subleva el amor propio, y para que este sentimiento se trueque en amor, basta que pierda la palabra *propio*. La baronesa te dio una cita a la cual no acudiste; le dijiste que no tenías corazón, y le demostraste que eras insensible a todo; y como no quiere darse por vencida en su primera derrota, anuda el ataque. Atendida tu insensibilidad y seguro como estás de no amarla, sólo Dios sabe cuán probable es que esa mujer te ame. ¡Ay! ¡qué desventura la mía si así sucediese! tal vez acarrearía mi muerte. Te ruego, pues, te suplico que no te aproveches de tu estado.

—Nada temas; ni siquiera necesitabas dar este paso.

—¡Oh! gracias, amigo mío.

—No hay de qué, te lo aseguro.

—La marquesa se encuentra en París por algunos días.

—¿Sí?

—¿Irás a verla?

—Iré a que me inscriban en su casa.

—No hace sino hablar de ti la buena señora.

—¿También ella?

—En otro concepto: le das miedo; te toma por un vampiro. Y a decir verdad, tu historia es original. ¿Cómo no me la habías contado nunca?

—¿Para qué?



—Ea, en el seno de la confianza, ¿eres dichoso?

—Dichosísimo.

—¿Y aquel a quien diste tu corazón, lo es asimismo?

—Así parece.

—Sin embargo, si el hombre que no tiene corazón es dichoso, el que posee dos debe no serlo.

—Esto sólo prueba que la naturaleza ha sido hartamente avara, y que para ser felices es menester que tengamos dos corazones o no lo tengamos; o no sentir o sentir doble.

—Puede; pero ¿quién es el amigo ese a quien hiciste tan singular presente?

—Valentín.

—¿El que casó con la señorita de Amy?

—El mismo. Se lo di el día de su boda.

—¿Y cómo te arreglaste?

—Yo estaba desesperado por la muerte de mi padre, recién acaecida. Valentín, en cambio, estaba enajenado de gozo porque iba a casarse. A mí me ahogaba el dolor, a él la dicha. «Es una desgracia tener corazón», le dije. «No tenemos suficiente con uno», me replicó. Entonces y al ver que él necesitaba dos corazones para albergar su gozo, le ofrecí y aceptó el mío. Uno de mis amigos, trasunto de químico alemán, vestido de negro, de despejada frente y ovalado rostro, vino aquí y me adormeció con ayuda de un brebaje; cuando desperté habían cesado mis dolores y Valentín saltaba y brincaba como un orate, recitaba versos, cantaba, reía, veía luz donde imperaban las tinieblas, apellidaba a la humanidad su hermana, arrojaba su dinero a los pobres y hacía mil extravagancias. En una palabra, él tenía dos corazones y yo había dejado de tenerlo.

—¿Y después?

—Después ha venido un sin fin de veces a darme las gracias; y por cierto que su gratitud en ocasiones llega a fatigarme. Hace, sin embargo, dos meses largos que no le he visto, y ojalá no vuelva. No me lo explico, pero Valentín es el único ser humano ante el cual no me siento del todo satisfecho.

Durante esta conversación había anochecido, y únicamente la rojiza luz que despedía la lumbre de la chimenea hacía resaltar sobre la obscuridad que envolvía la pieza los cuerpos de los dos interlocutores.

Los cuales se encerraron en el más profundo silencio, que interrumpió el criado, pareciendo nuevamente para anunciar a Valentín, al poseedor del corazón de Ilo.

—¿Valentín? profirió Julián asombrado.

—Si, hele ahí precisamente, dijo el caballero a su amigo.

Y volviéndose hacia el criado, añadió coa cierto disgusto:

—Que entre.

—Dice que querría hablar a solas con usted, repuso el criado.

Montidy se levantó y se despidió de su amigo.

—Vuelve y comerás conmigo, dijo a Julián el caballero.

Una vez a solas, Ilo sintió algo así como un escalofrío y avivó el fuego, que se estaba apagando.

Valentín entró, y aun cuando la semiobscuridad en que estaba envuelto el aposento no permitía formar cabal concepto del exterior de aquel personaje, podemos decir que iba vestido de negro, y que no obstante ser joven, tenía el andar y la actitud de un anciano. Alrededor de su desembarazada frente, surcada de algunas arrugas precoces y profundas, le caían lacios y secos los cabellos, si antes castaños ahora ya entrecanos; la luz de sus pupilas parecía próxima a extinguirse entre los fatigados párpados; la barba, crecida al acaso, parecía un zarzal nacido en torno de sus abultados y enrojecidos pómulos, y tenía la boca descolorida, entreabierta y torcida como si un gran dolor se la hubiese descoyuntado al exhalar. Añadan ustedes a este primer aspecto un gran descuido en el vestir, pero no el descuido que acusa la miseria, sino el que denota la mayor indiferencia o una preocupación profunda, y verán un hombre que lleva la corbata de modo que deja al descubierto un cuello amojamado, un hombre a quien le caen sobre las enflaquecidas y largas manos los ajados puños de la camisa, y que, agobiado, con las rodillas salientes, como si le doblegase un peso invisible, tiene todas las apariencias de un paralítico convaleciente.

Se nos olvidaba decir que Valentín llevaba en la mano una caja de plata cincelada.

—¿Me conoce usted, señor de Ilo? preguntó el recién llegado al entrar en el aposento.

—Apenas, mi querido Valentín; está usted casi desconocido del todo. Tome usted asiento y cuénteme lo que le pasa.

Valentín se sentó, o más bien se dejó caer en una butaca que le acercó el joven.

—Soy muy desgraciado, dijo aquél fijando la mirada en la lumbre, que iluminó dos gruesas lágrimas.

—Pero ¿qué le sucede a usted?

—Renata se ha marchado.

—¿La mujer de usted?

Valentín hizo con la cabeza una señal afirmativa; tan pocas fuerzas tenía para despegar los labios.

—¿Cómo se entiende se ha marchado? repuso Ilo.

—¡Se ha fugado!

—Ya volverá, no tema.

—No, lo que es él no me la devuelve.

—¿Quién es él?

—El amante de mi esposa.

—¡Ah! ¿tenía un amante?

—Sí; ¿no es verdad que es espantoso? ¡Y yo que adoraba en ella! profirió Valentín.

Y dos nuevas lágrimas siguieron a las primeras, como esos manantiales misteriosos que filtran gota a gota por entre una árida peña.

—¡Oh! he padecido atrocemente, prosiguió Valentín; tanto, que al saber tal noticia en medio de mi ventura, no sé cómo no perdí la razón y no sucumbí al quebranto. ¡Ojalá me hubiese muerto!

—El tiempo le consolará a usted, amigo mío.

—¡Nunca! profirió Valentín moviendo la cabeza y con acento de desesperación como no se haya pronunciado dos veces desde que el mundo es mundo. Mire usted, los cabellos que no me han encanecido, se han caldo; tengo sumidas las mejillas. ¡Ay! dé estas desdichas no se rehace el hombre.

Y mostrando la caja de plata, el malaventurado añadió con voz cavernosa:

—Aquí le traigo...

—¿Qué? preguntó Ilo.

—Ya lo sabe usted, no puede habersele olvidado.

—No le comprendo.

—Lo que usted me dio, ¿no recuerda?

—¿Mi corazón?

—Sí.

—¿Y mi corazón está ahí en esa caja? preguntó Ilo, que le pareció sentir una sacudida en el pecho.

—Sí.

—¿Quién lo ha metido en ella?

—Yo.

—¿Y eso?

—Ya comprenderá usted que cuando caí enfermo al saber la fuga de Retana, mi madre envió a buscar a un médico. Pues bien, el médico ese, al ver

mi desvarío, quiso indagar la causa de mi enfermedad, y al auscultarme y sentir dos corazones en mi pecho, me preguntó y le dije el porqué de tal fenómeno. Entonces aquél me declaró que no podía curarme en tanto yo encerrase en mí un órgano extraño que no servía más que para hacerme padecer el doble de lo que naturalmente debía padecer. Así como había sido dos veces más venturoso con dos corazones, así también aumentó al doble mi dolor por tener, en vez de uno, dos sitios en que cobijarse. Además, entre el corazón de usted y usted había subsistido una afinidad secreta de las más singulares; de improviso se echaba a latir en mi pecho por causas que era obvio en nada me atañían, ya que el mío permanecía sosegado. Y en prueba de lo que digo, hace algún tiempo que no sé lo que debió de sucederle a usted, pero es lo cierto que durante dos noches consecutivas y una mañana, el corazón de usted hizo las más extrañas evoluciones. Forzosamente le ha debido pasar a usted algo extraordinario. Lo dicho, pues, era una razón de más para decidirme a restituirle a usted su corazón; sobrado tenía yo con mis propias pesadumbres para cargar también con las de usted. En una palabra, habiendo la operación salido a las mil maravillas, he colocado cuidadosamente el corazón de usted en esta caja de plata, y se lo restituyo. Si quiere usted el mío, añadió Valentín sonriendo con amargura, se lo doy, pues o mucho me engaño o acabará conmigo. ¡Oh! Dios me ha castigado duramente por haber querido extremar la dicha hasta rebasar las leyes a que está sujeto el humano linaje.

El caballero se puso imaginativo y dirigió a su interlocutor una mirada casi triste.

—Adiós, dijo Valentín levantándose, nada más tengo que decirle a usted. Hizo usted un mal creyendo hacer un bien, pero inocentemente, por lo cual es de agradecer su designio.

—¿Qué va usted a hacer ahora?

—No lo sé; pero no volverá usted a verme nunca más. Voy a marchar en línea recta hasta que no encuentre hombre alguno.

Valentín tendió la mano a Ilo, que se levantó a su vez y miró salir de su casa a aquel espectro, que no un hombre, atontado por el dolor. Luego, y ya a solas consigo mismo, contempló por largo espacio de tiempo la caja que contenía su corazón, y por dos o tres veces sintió deseos de abrirla; pero como cada vez que tendiera la mano había experimentado una conmoción inexplicable, no se atrevió a hacerlo.

Julián, al entrar de nuevo en el aposento de Ilo, le encontró ensimismado hasta el punto de no haber oído abrir la puerta.

El caballero contó a Montidy lo que acababa de pasar entre él y Valentín, y dos horas después no quedaba en él huella alguna de semejante impresión, que a la postre no podía ser más que pasajera.

En cenando, los dos amigos salieron, y el caballero no se recogió hasta hora avanzada y lo bastante fatigado para dormirse sin demora; pero por la noche ocurrió algo extraordinario, Ilo soñó que veía a su madre moribunda y que ésta le llamaba repetidas veces.

Otro, a tener un sueño semejante, se habría despertado pábulo del mayor sobresalto; pero a nuestro héroe no le causó emoción alguna, como no se la causaba nada del mundo; lo único que le despertó fue un gran ruido que se sentía en su dormitorio.

Ilo se incorporó, y después de escuchar atentamente de dónde procedía el ruido, preguntó quién había. Nadie le respondió, pero el ruido continuó de la misma manera, y, según le pareció al joven, procedente del lado de la chimenea.

Encendió, pues, Ilo su lámpara, y saltando de la cama se encaminó al paraje de donde partían los martillazos, y valga la palabra.

La caja de plata estaba en el sitio en que él la dejara, y lo que movía el ruido era el corazón; no cabía duda. Así, pues, mientras el joven seguía durmiendo, a pesar del sueño de su espíritu, su corazón, separado de él latía como tenía el deber de latir, chocando con las paredes de su encierro como habría chocado con las paredes del pecho que lo hubiera contenido.

Ilo se estremeció, y eso que nada lo conmovía.

—Es singular, dijo entre sí y fijando la mirada en aquella caja animada, por decirlo así, con su vida, y cuyas pulsaciones iban decreciendo paulatinamente hasta que se hubieron apagado del todo. Es menester concluir de una vez, continuó Ilo.

Y tomando la lámpara con una mano y la caja con la otra, se bajó al jardín. La luna, en su lleno, difundía su luz, y los árboles rayaban de negras líneas el obscuro azul del firmamento tachonado de rutilantes y límpidas estrellas.

Las contadas hojas que todavía se sostenían en las ramas, arrancadas por la brisa de la noche iban cayendo en tierra una a una y como dando un suspiro. El silencio era universal; la naturaleza parecía dormir el sueño eterno. Si desde cualquiera de las casas colindantes hubiesen visto al joven en el traje en que iba abrigado, solo y caminando con la cabeza inclinada hasta el suelo, lo habrían tomado por sonámbulo.

Ilo se dirigió hacia un pequeño cobertizo en el que el jardinero guardaba sus trebejos, y tomando de él un azadón empezó a cavar un hoyo.

En aquel instante el viento gimió tal vez más tristemente al través de las peladas ramas de los árboles.

Abierto el hoyo, Ilo colocó en él la cajita de plata que, durante esta operación, dejara junto a la lámpara: luego la cubrió de tierra, apelmazó con los pies el suelo para ocultar que en aquel lugar había éste sido removido, y se volvió a la cama, diciendo: «Me parece que ahora voy a dormir tranquilo». Y en efecto, se durmió perfectamente.

Al salir el sol, Ilo estaba todavía durmiendo, y cuando a las diez se despertó, casi se había olvidado de su sueño y de lo que a éste siguiera. Apenas si se acordaba de que la baronesa debía visitarle. Por fortuna, Julián se lo recordó enviándole una carta.

A las dos compareció en casa de Ilo la baronesa.

—Debe usted extrañar grandemente mi visita, caballero, dijo la de Ángel al joven; pero la caridad goza de derechos superiores a los de las demás virtudes teologales. Ante todo dígame si usted, que en nada cree, cree en la caridad. Si no, me retiro.

—Creo en ella, señora, pues usted la ejerce.

—¡Cómo! ¿Influyo ya en usted hasta el extremo de hacerle dudar de la duda? ¿Qué cambio! ¿Es lo único?

—¿Me autoriza usted para que le hable coa absoluta franqueza, señora?

—Sí.

—¿Para decírselo a usted todo?

—Si, repito.

—Pues deme usted la mano.

—Hela ahí.

El joven imprimió en ella un beso, y al notar el movimiento que hizo la baronesa, tomó un billete de doscientos pesos de un mazo de otros de igual valor que sobre la chimenea había y lo puso en la escarcela de la cuestadora, diciendo:

—Para los pobres.

—Prosiga usted, profirió la baronesa sonriéndose.

—Sólo el corazón da la dicha, señora.

—¿Dice usted? profirió la de Ángel admirada.

—Que fuera de los gozos del corazón nada hay verdadero en el mundo.

—Usted se chancea.

—¿No lo decía usted el otro día?

—Sí, pero...

—Pues yo lo repito. Sea usted franca, baronesa, ¿la caridad es lo único que la ha incitado a usted a venir a esta casa?

—¿Y para qué hubiera venido?

—Usted se sonroja.

—¿No he de sonrojarme si me dirige usted unas palabras tan singulares?

—Usted me ha autorizado para que se lo diga todo.

—Según y cómo.

—Entonces me doy un punto en la boca. Sin embargo...

—¿Qué?

—Hubiera dicho a usted algo muy interesante.

—¿Respecto del corazón?

—Sí, señora.

—¡Pero si usted no le tiene!

—¿Ama usted a alguien?

—A nadie.

—¿De qué le sirven a usted entonces su hermosura, su juventud y su corazón?

—No amaré sin que me vea correspondida.

—¿Y si yo le dijese a usted que la amo?

—No le creerla a usted...

—¿Y que es menester que usted me ame?

—¿Caballero?

—Para los pobres, dijo por segunda vez el joven, depositando en la escarcela de la cuestadora una nueva ofrenda.

—¡Tiene usted una manera de practicar la tercera de las virtudes teologales!

—¿Qué importa, con tal que sea en provecho de los pobres?

—Conque ¿decía usted...?

—Ya ve usted que por sí misma vuelve al asunto. Decía, prosiguió el Joven arrodillándose a los pies de la baronesa, que si usted no me ama, no respondo de mí; me he forjado un porvenir lleno de atractivos, he vislumbrado la dicha mayor a que puede aspirar el hombre, siendo usted mía. Es usted Joven, yo también; es usted libre, y yo sólo aspiro a trocar mi libertad en esclavitud eterna en provecho de usted. Ea, señora, déjese usted persuadir. Mire usted que la vida es muy corta y no tenemos derecho a perder el tiempo en dudas y temores. Creamos desde luego y esto más saldremos ganando con el destino traidor. ¿Qué pruebas de amor exige usted de mí? ¿El

sacrificio de mi vida? ¡Vaya un presente más vulgar! ¿Hay nada tan fácil como ofrecer la vida a nuestro bien? Sin embargo, es lo que todos los amantes ofrecen en parecido caso; pero disponga usted de mi según su voluntad; no veré sino por los ojos de usted, ni pensaré más que con su mente; seré su esclavo, su reflejo, eso dócil y obediente que toda mujer como usted necesita a su lado.

Profirió Ilo estas palabras con acento tan arrebatador, con emoción aparente tan inesperada, que por un instante la baronesa sospechó si a su interlocutor se le había trastornado el juicio.

—¿Y usted es quien me habla de esta suerte? repuso la de Ángel.

—Yo, señora.

—¿Y a mí es a quien dirige usted tales palabras?

—A usted misma. ¿No prefiere usted este lenguaje al que empleé el otro día?

—¿Y si yo tuviese la candidez de creerle a usted?

—¡Oh! entonces él sería el hombre más dichoso del mundo.

—¿Quién es él? preguntó la baronesa, creyendo ahora que realmente Ilo estaba loco rematado.

—Julián, respondió el joven con la mayor flema.

—¡Cómo! ¡Julián! profirió la baronesa.

—Sí, señora; él es quien le está hablando a usted por boca mía.

—No le comprendo a usted, caballero.

—Julián la ama a usted, señora.

—¿Quién se lo ha dicho a usted?

—El mismo; ayer me lo dijo al venir a anunciarme la visita de usted, y como no se atreve a declararse, lo hago yo por mi amigo.

—Lo que acaba usted de hacer es casi una villanía, repuso con despego la baronesa, levantándose abochornada.

—En nombre de los pobres escúcheme usted, dijo el joven tomando los billetes que quedaban sobre la chimenea y uniéndolos a los que ya metiera en la escarcela de su interlocutora.

—He sido muy imprudente, profirió la de Ángel, en cuyos ojos brilló una lágrima de la que Ilo desvió los suyos para no verla; sí, muy imprudente, pero el castigo ha sido superior a la falta. Un insulto semejante inferido a una mujer que nada le ha hecho a usted, significa más que carencia de corazón; revela sevicia.

—Escúcheme usted, señora, y me disculpará. Usted sabe, por hacérselo dicho yo, qué clase de hombre soy; mi conducta en casa de la marquesa se lo



demostró a usted. Insensible a todas las sensaciones comunes a la humanidad, soy incapaz de sentir amor y no aspiro a infundirlo. De cuantas personas he visto desde que estoy así, usted es la única que me ha causado una impresión de la cual me es imposible conocer el verdadero significado, dadas las singularísimas circunstancias en que me encuentro. Sea lo que fuere, muy al revés de querer disgustarla a usted, procurarla evitarle todo quebranto, si en mi mano tuviera el evitárselo. No puede exigírseme más. Ahora bien, conozco que a usted la amenaza un gran peligro.

—¿Un peligro?

—Sí, señora, el de amarme.

—¡Amarle a usted!

—Ya lo he dicho. La razón que la ha traído a usted a mi casa, y su rubor, me lo ha delatado desde un principio; no ha obedecido únicamente a la caridad. Después de lo que pasó entre ambos y ante usted en el campo, la ha asaltado a usted la curiosidad, no exenta de un poco de despecho, de triunfar del hombre sin corazón a quien apellidan el caballero de Ilo. Es una distracción como cualquiera otra para una mujer desocupada y de dominio incontestable. ¿Qué habría sucedido? que una vez hubiera usted alcanzado este pequeño triunfo, hubiese dejado desesperar un poco al caballero, o mucho, a ser posible, segura a su vez de permanecer impasible a sus ruegos, como él lo ha permanecido a galanterías que sólo tenían por elemento una apuesta. El entablar una lucha de la cual yo habría salido siempre victorioso, y en la que el corazón de usted, cogido entre su amor propio y mi indiferencia, hubiera acabado por sucumbir a mi capricho, era jugar con fuego, señora. Por fortuna yo no lo he querido, y en pro de usted la he desengañado desde luego. Al venir usted a esta casa en busca de frases de ternura y de abnegación, he usado el lenguaje del hombre que ama, pero en nombre de otro. Ahora está usted en el camino que su corazón le interesa seguir, señora. Julián la ama a usted; procure usted corresponderle, y si en realidad el corazón puede todavía tener goces en el mundo, aprovéchense los dos juntos, que bien lo merecen.

—Gracias por el interés que se toma usted por mi tranquilidad, por mi dicha, y por los medios que de asegurármela ha hallado usted, repuso la baronesa; lo cual me halaga tanto más cuanto usted no brilla por su simpatía y de fijo no ha hecho por nadie lo que por mí. La verdad es que yo querría haber triunfado de su indiferencia, pero no puramente por una simple satisfacción de amor propio. Sin orgullo puedo decir que me juzgo superior a tan mezquinas ambiciones. Es natural en las mujeres arriesgarse en luchas como la que yo venía a buscar aquí; pero a mí me asistía una razón poderosa

al efectuarlo: quería acabar con su escepticismo y hacer que convergiese a mí la dicha que me proponía darle a conocer a usted. Para usted esto será también egoísmo; enhorabuena. Sin embargo, le diré que el sentimiento que me animaba hacia usted y que nació en mi rápida e inconscientemente, es más noble y más elevado. Es el sentimiento que siempre inspira a una mujer un gran valor como el que demostró usted, y la comunicación de una inteligencia clara como la de que usted hizo gala, por más que ese valor fuese únicamente hijo de la ausencia del corazón y esa inteligencia se aplicara a sofismas misantrópicos. Al señor de Montidy no le amo ni le amaré nunca; ni siquiera sospechaba que él me amase. Respecto a usted, tarde o temprano modificará su modo de pensar, pues es demasiado joven para conservar toda la vida la insensibilidad de que tal vez hace excesivo alarde. El alma tiene, como el año, sus estaciones, y no se la puede despojar ni abandonar hasta después de haber florecido; no es posible que nada fenezca donde nada ha vivido. Usted amará un día u otro; así lo espero y lo deseo; es preciso que usted ame. Entonces ¡plegue a Dios que la mujer que haya obrado tal milagro de transformación sea digna de ser amada y no le abrume con su indiferencia! Le doy a usted las gracias en nombre de mis pobres, a quienes a lo menos habrá aprovechado esta visita. Adiós, caballero, y Él le colme de ventura, sea cual fuere la manera como comprenda usted la dicha.

La baronesa tendió la mano a Ilo, y desapareció sin darle ocasión a la réplica.

Dos horas después de esta plática, el joven estaba todavía sentado y entregado a la meditación junto a la chimenea. Las palabras de la baronesa le zumbaban en los oídos como esos mosquitos de vuelo circular a los que olmos y no podemos Acoger. En efecto, hallaba un sentido nuevo para él en aquellas palabras también nuevas, pero era incapaz de fijarlo en su espíritu y de analizarlo a todas luces. Para dar con la verdadera traducción de él, faltábale la inteligencia que sólo puede nacer en el corazón. Sea lo que fuere, la baronesa, al marcharse, había dejado en él algo inusitado, un como germen que, caído en terreno inculto, tendiera a brotar, y del que ese mismo terreno sentirla como lo removía ligeramente tan inútil trabajo.

Ilo, que al parecer tenía necesidad de distraerse, salió de su casa y se fue a la de Julián, a quien no se atrevió a decirle que renunciase para siempre al amor de la baronesa, y eso que Ilo era escéptico hasta más no poder; luego se fue a ver a Valentín, y no obstante su indiferencia, durante el camino buscó en su mente frases adecuadas a proporcionar algún lenitivo al quebranto de su amigo.

¡Cuál fue la admiración de Ilo, él a quien nada admiraba, cuando al penetrar en la antesala de la vivienda de Valentín, oyó cantos, carcajadas y el chocar de vasos!

—¿No vive ya aquí el señor Valentín? preguntó el joven a un criado.

—Sí, señor.

—¿Quién mueve, pues, tal batahola?

—Él y sus amigos.

—¿No estaba profundamente dolorido?

—Sí, señor, ayer.

—¡Ayer! repitió Ilo mirando al sujeto que acababa de darle semejante respuesta y cuya última palabra equivalía a una biblioteca entera de filosofía. ¡Ayer! ¿Qué es, pues, el dolor para que de un día a otro desaparezca? profirió el joven alejándose.

—¿No entra usted? le preguntó el criado.

—No, no estoy bastante alegre para la pesadumbre de tu amo.

Ilo regresó a su casa. En el estado indescriptible en que se encontraba, parecióle lo más grato la soledad. Encerróse, pues, en su cuarto, después de dar a su criado orden de que no dejara entrar a nadie, y se puso a leer. Así pasó el joven parte de la velada, en el silencio de una meditación cuya causa y cuyo propósito se aproximaban de tiempo en tiempo visibles y palpables, como las visiones fantasmagóricas con que se solaza a los niños, pero que, como ellas, desaparecían otra vez en las tinieblas cuando la mente de Ilo quería retenerlas.

A la mañana siguiente, el joven, no obstante tener la costumbre de levantarse a los diez, saltó de su cama al amanecer, y al ver que el sol iba subiendo envuelto en púrpura y oro sobre un horizonte transparente como cristal azul, descendió al jardín para respirar el ambiente matinal y asociar un poco de frescor de la naturaleza a un sueño completamente otro que el que tuviera en la noche precedente y en el que le apareciera distintas veces el apacible semblante de la baronesa. Ilo dio dos o tres vueltas por el jardín, pero evitando cuidadosamente el dirigir la mirada hacia el sitio donde estaba enterrado su corazón, por más que de este lado sentía una atracción poderosa; pero no quería rendirse aún. La desolación del invierno continuaba; no se veía ni una brizna de vegetación fresca en aquel esterilizado jardín. El joven se sentó en un banco de césped en un tiempo verde y ahora color de herrumbre, y dejó vagar en torno de sí la mirada. El acaso sabe lo que hace; las miradas de Ilo, después de haber saltado de uno en otro tronco, se fijaron prontamente, al través de los árboles que formaban un como enverjado ante él, en una mata

de hierba de verde suave, de una hierba que no brota sino en la primavera, cuajada de florecillas encarnadas y blancas abiertas durante la víspera y a las que el viento invernal mecía blandamente.

—¡Es singular! dijo entre sí el joven levantándose y acercándose a las flores aquellas.

Las cuales brotaran en un sitio donde la tierra había sido recién removida; en una palabra, encima de la caja de plata que contenía el corazón de Ilo; siendo lo más singular del caso, que cuando el joven se acercó a la mata, un pajarillo posado en ella se echó a cantar sin que le asustara la presencia de un hombre.

Parecióle al caballero que la tierra daba vueltas a su alrededor; y en la duda de si realmente había visto y oído, se pasó la mano por los ojos y miró de nuevo.

Realmente estaban allí, en su presencia, las flores, y eran las únicas del jardín. Ilo se inclinó hasta ellas, y claramente vio en sus hojas una gota de rocía que brillaba como un diamante.

¿Por qué aquella gota le traía al recuerdo la lágrima que en la víspera viera él aparecer en los ojos de la baronesa? No acertaríamos a decirlo; lo que sí sabemos es que Ilo se arrodilló junto a las flores, las cogió una tras otra con la mayor precaución, las tendió cuidadosamente en la mano para que no perdiesen su aroma y su frescor, y después de colocarlas en una cajita de esmalte, las envió a la baronesa de Ángel, al tiempo que decía para sus adentros:

—¡Pobre mujer! bien le debo esta fineza.

La baronesa contestó lo siguiente:

«Venga usted a verme sin perder minuto para explicarme qué significa el recuerdo que de usted acabo de recibir. De dar con demasiada precipitación crédito a lo que el corazón me dicta, temo equivocarme».

Media hora después, el joven se encontraba en casa de la señora de Ángel.

—¿Es usted quien me ha enviado estas flores? le preguntó la baronesa.

—Sí, señora.

—¿Y por qué me las ha enviado usted?

—Porque sospecho que es usted quien las ha hecho brotar, señora.

—¿Y eso?

—Con las palabras y la lágrima que vertió usted ayer en mi casa.

—¿Dónde han brotado estas flores?

Ilo refirió cuanto había pasado durante los dos últimos días.

—Es un aviso de la Providencia, profirió con gozo la baronesa; ya ve usted que puede germinar algo en el corazón más aislado, árido y olvidado. Estas flores abiertas por tan singular manera, son el emblema visible de los goces en medio de los cuales el corazón de usted puede florecer todavía. Ea, anímese usted, es usted joven. ¿Porque ha sentido usted un dolor es menester que sepulte su juventud? La vida nos procura dichas, no lo dude usted; recobre usted su corazón, crea, ame y será usted feliz; yo se lo garantizo y me encargo de ello; ¿lo quiere usted? Dice usted que desde ayer se siente otro; es que se va apoderando de usted la necesidad de llorar, reír, sufrir y estar alegre como los demás; de vivir en las condiciones humanas, por haber querido evadir las cuales Dios nos castiga tarde o temprano. Ea, amigo mío, créame usted; ¿qué me aprovecharla engañarle? ¿Qué necesito decirle a usted para decidirle? Le amo a usted. ¿Le basta? Recobre usted su corazón y verá como estas palabras le hacen a usted dichoso, pues soy joven, hermosa, y realmente le amo.

Ilo estaba como pasmado; pero lo que sí es cierto, es que la baronesa se había hecho ya casi dueña absoluta de la voluntad del joven.

—No debe usted coger solamente flores, dijo la de Ángel; es menester que el corazón de usted vuelva a penetrar en su pecho. Vaya usted, y vuelva para decirme que me ama. Vaya usted, le aguardo aquí orando. Vaya, y no tema; si hace como le digo, lo porvenir es nuestro.

Ilo, con los ojos desmesuradamente abiertos, pábulo de convulsión nerviosa y con apariencias de autómatas, salió de la habitación de la baronesa y se encaminó a la suya. Una vez en la cual, ordenó que le dejaran solo, bajó al jardín y se puso a cavar la tierra con las uñas hasta que dio con la caja de plata. Entonces la tomó, llevóla a su cuarto, y después de encerrarse en él la contempló por largo rato sin atreverse a levantar la tapa. Por último, se decidió a hacerlo, y abriéndose con sus propias y calenturientas manos el pecho, metió en él su corazón, exclamando:

—Pues ella lo quiere, entra otra vez en mi seno.

La sacudida fue tan extraordinaria, que el joven apenas tuvo tiempo de apretarse el pecho con ambas manos para evitar que el corazón le saltara; pero poco después le pareció que todo cambiaba de aspecto. Se echó a reír nerviosamente, los ojos se le convirtieron en copiosas fuentes, y creyendo que iba a rendir el espíritu, abrió atropelladamente la puerta para llamar a su criado, que acudió presuroso.

—¿Qué ocurre? preguntó el fámulo al ver el estado del caballero.

—Nada, amigo mío, respondió el joven; es decir, sí, soy muy dichoso. Oye, tú me eres fiel, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—Y me quieres.

—Le consta a usted que le quiero de veras.

—Es que ahora necesito verme amado, profirió el joven respirando apenas, pues yo amo a todo el mundo.

Y echando los brazos al cuello de su criado, le estrechó con todas sus fuerzas, diciendo:

—¡Qué agradable es abrazar a un semejante nuestro!

—Pero señor, ¿se le ha trastornado a usted el juicio? dijo el criado.

—No, lo que hay es que disfruto otra vez de mi corazón, amigo mío.

Ilo se salió de su casa y echó a correr, como un colegial escapado, hacia la morada de la baronesa.

El criado del joven, que no comprendía palabra de lo que estaba pasando y temía que a su amo le sobreviniese alguna desgracia, echó en pos del caballero: pero por mucho que apretó el paso, no consiguió darle alcance.

Al llegar a poca distancia de la casa de la baronesa, nuestro héroe tropezó con un grupo de alborotadas comadres que obstruían la calle y rodeaban un coche.

—Usted tiene la culpa, es usted un tunante, dijo una llorosa voz de anciana.

—Porque no le tenía usted encerrado en su casa, replicó la voz del cochero.

—¿Qué ocurre? preguntó Ilo con interés verdadero.

—Ese torpe, que ha roto una pata a mi perro, respondió la vieja mostrando al joven un can al que sostenía en sus brazos y aullaba a más y mejor no obstante las caricias que le prodigaba su ama; a bien que con razón, pues la pata le pendía toda ensangrentada.

Ilo, al ver la herida del perro, palideció, dio una voz y cayó de espaldas desmayado.

Su ayuda de cámara, que llegó a punto para recibirle en brazos en el instante de la caída, le hizo trasladar a su casa, y al ver que no se recobraba, mandó por un médico; el cual, después de haber examinado al paciente, movió la cabeza con gesto significativo.

No bien Ilo abrió nuevamente los ojos, ordenó que fuesen a buscar a la baronesa.

—¿Qué le ha sucedido a usted? preguntó el médico al joven después de oír la orden que éste acababa de dar a su criado.

Ilo respondió que se había puesto malo al ver un perro herido.

—¿Nada más que esto?

—Nada más.

—¿Qué le duele a usted?

—El corazón, contestó Ilo llevando la mano al pecho.

—De fijo que es usted muy compasivo.

—Así parece. ¿Acaso estoy enfermo de cuidado?

—No. ¿A quién está usted aguardando?

—A una dama.

—¿A la cual usted quiere?

—Con delirio.

—Está bien. Descanse usted un poco hasta que llegue esa señora.

El médico salió del dormitorio y se sentó en la sala por la cual debía pasar la baronesa, que a no tardar se presentó pálida y conmovida.

—¿Qué novedades ocurren? preguntó la de Ángel.

—¿Usted ama al señor de Ilo? preguntó a su vez el médico a la baronesa.

—Sí, señor.

—¿Hace mucho tiempo?

—¿A qué este interrogatorio?

—Es que el señor de Ilo debe haber sentido durante el transcurso de su existencia algo extraordinario. Por mucha que sea nuestra sensibilidad, la vista de un perro herido no nos causa, por lo común, una enfermedad como la que está padeciendo el amigo de usted, señora.

—¡Cómo! ¿está enfermo de cuidado?

—Respóndame usted, señora. ¿Conoce usted alguna particularidad de la existencia del señor de Ilo?

—Sí, señor, profirió la baronesa; y contó en cuatro palabras la historia del joven.

—Pues no puedo permitirle a usted la entrada en el dormitorio del paciente, repuso el médico con grave gesto.

—Pero, señor, ¿por qué?

—Porque si bien es cierto que ese Valentín le ha devuelto el corazón, se lo ha restituido en el estado de un corazón que ha padecido hondamente. El señor de Ilo tiene un aneurisma, y a la primera emoción que vuelva a sentir se quedará en el sitio.

—¡Virgen santa! ¡estoy maldita! exclamó la baronesa.

En esto se oyó la debilitada voz de Ilo, que decía:

—Está usted ahí, la he oído a usted, baronesa. Entre, entre, por favor se lo ruego.

No hay fuerzas humanas capaces de detener a una mujer cuando oye que le llama de esta suerte la voz de su amado.

La baronesa, pues, abrió la puerta del dormitorio y voló a la cabecera del enfermo, que la recibió con los brazos abiertos y exclamando:

—¡Qué bondadosa es usted!

Luego le iluminó el rostro celestial sonrisa, la cabeza le cayó de nuevo sobre la almohada, y exhalando un suspiro de inefable gozo, murmuró<sup>1</sup>

—¡Pobre perrito!

—¿No se lo he dicho a usted, señora? dijo el doctor asiendo la mano de la baronesa y colocándola sobre el pecho del joven.

En efecto, aquel corazón extraordinario había dejado de latir; pero el semblante de Ilo descubría un sosiego tal y tanta dicha y serenidad, que no parecía sino que el difunto estaba dormido.

Actualmente la baronesa es una anciana de nevados cabellos, un tanto paralítica, pero graciosa aun; la cual, al mostrar un puñado de flores secas que guarda en una caja de plata, cuenta al que quiere escucharla la historia que acaban ustedes de leer. Cierto es que no falta quien diga que la pobre mujer tiene algo trastornado el juicio, y aun hay quien añade que su locura data de su juventud y tuvo origen en un quebranto moral amarguísimo.

Como complemento a esta historia, la baronesa, que la relata con gran lucidez, añade:

—Así les pasará a cuantos se propongan trastornar el orden de la naturaleza y enmendar la voluntad de Dios. De haber Dios creído que los hombres debían tener dos corazones o no tener ninguno, lo habría hecho tan bien como al dar uno a cada uno. Dios lo hace todo perfecto.

Lo que me parece bastante cuerdo para una loca.



# **UN MAZO DE CARTAS**

## I

### *Julián a Lidia*

«Lión, a... de... de 18...

»Son las seis de la tarde y acabo de llegar a Lión, ya puede usted adivinar con qué pensamientos. Mientras mis compañeros de viaje están sentados a la mesa redonda, yo, encerrado en uno de los cuartos de la fonda, en las paredes de los cuales no parece sino que cada viajero ha dejado a su paso parte de su tristeza y de su aislamiento, tengo la mente fija en usted, y la escribo.

»He viajado mucho, y, como todos, cada vez que he salido de viaje he dejado un ser querido, un pariente, un amigo, una costumbre, alguien o algo de que el corazón no se separa sin sentir una conmoción profunda; pero casi siempre el objeto del viaje me hacía olvidar la emoción de la partida y la tristeza del camino. Nunca, como ahora, había dejado tras mí entero el corazón, ¡nunca!

»¡Pobre amiga mía! ¿soy yo quien le escribo a usted sobre tal asunto, y es bien real cuanto le escribo? ¿Es verdaderamente cierto que estemos separados para siempre jamás, nosotros que nos habíamos jurado no dejarnos nunca y todavía nos amábamos como en el primer día? ¿Cómo no he de dudar de mis ojos, de mis oídos, de mi memoria, de mi razón, de todos mis sentidos cuando recuerdo que es usted quien me ha ordenado que emprendiera este viaje, sabiendo, como sabía, las consecuencias que debe acarrear? ¡Ah! momentos hay en que el corazón se me paraliza como petrificado ante resolución tan insólita. Entonces abro desmesuradamente los ojos y los fijo en los objetos que me rodean, objetos inanimados, privados de discurso, incapaces de llorar por nuestro dolor y de hacernos partícipes de su insensibilidad, de esa insensibilidad que a las veces tan necesaria nos fuera, y me pregunto si existo, y por qué, viviendo, me condeno voluntariamente a una desventura cierta.

»Al imaginar cuán breve es la vida, al pensar que puedo morir dentro de un año, de un mes, mañana, me digo a mí mismo: ¿A qué analizar mi existencia? ¿Para qué ocuparme en lo porvenir si todo pasa y se precipita en

la profunda sima del olvido? ¡Cuántos hombres no están tendidos por toda la eternidad bajo tierra y en la actitud ridícula de la sepultura, que también sacrificaron su corazón a una necesidad, y en la hora de la muerte y frente a la nada seguramente se arrepintieron del sacrificio que se impusieron!

»¿Usted, a quien amo sobre todo; usted, que ocupa por tal modo mi pensamiento, que aun cuando se encontrase, como en este momento sucede, a cien leguas de mí, me parece que responderla a mi voz si yo la llamara; usted, que ha escrito las cartas que llevo sobre el pecho y son para mí como un segundo latido de mi corazón; usted que me ama, y me lo ha dicho y me lo ha demostrado, es quien hace de nuestra separación una prueba de su amor?

»Dígame por qué sorprendente lógica puede el espíritu hacer pasar el corazón para que éste, ante tan dolorosa inverosimilitud, llegue al extremo de decir: “Es cierto”.

»Pues bien, mire usted si es singular, este mismo dolor encierra su voluptuosidad. Como me preguntaran si querría olvidar, responderla que no, porque el dolor es una de tantas demostraciones de la vida y de la inteligencia.

»Demás, ¿me es dable, acaso, olvidarla a usted? ¡No padecer al pensar que estoy lejos de usted! ¡verla a usted de nuevo sin correr el albur de morirme de gozo! ¡Oh! esto sería una ingratitud inicua, el aniquilamiento de todo lo que de honrado y bueno hay en mí. El consuelo de mi dolor está en su duración, más diré, en su perpetuidad. Quiero que a cada hora del día y sea cual fuere el paraje donde estemos, podamos decirnos, cada uno de nosotros por sí, que sufrimos el uno por el otro.

»¡Y pensar que este dolor tan real, tan profundo y duradero nos lo hemos impuesto voluntariamente! Cuanto nos rodea continúa inmutable; todo sigue como antes; usted vive y yo también; usted me ama y yo la amo, y todavía podemos consagrarnos mutuamente muchos años. ¿Cuál es la causa de que padezcamos el uno por el otro? Más aun ¿por qué padecemos? usted vertió ciertas palabras, y de resultas han quedado dos almas abismadas en la desesperación; palabras huecas de haber sido proferidas ante un hombre de otra nación o en presencia de un indiferente. ¿Dónde están tales palabras? ¿Qué ha sido de ellas? ¿Quién las prueba? ¿Fueron vertidas? ¿Quién ha conservado sus huellas a no ser mi memoria? ¿Encerraban verdaderamente el significado que les atribuí? ¿Cómo es que una cosa inmaterial, que se lleva el aire, una frase, en fin, proferida de cierta manera puede destrozar un alma con más seguridad que no una bala de cañón destroza un cuerpo, y las letras mismas que componen esa frase ordenadas de distinta manera llevarían quizás el gozo al corazón de otro individuo?

»No he llegado aún a la mitad de mi camino y estoy ya al cabo de mis fuerzas. Por Dios, señora, dígame usted que regrese a su lado. Escríbame que todo cuanto ha pasado no es más que un sueño; dígame que anhela verme otra vez, que ha querido usted sujetarme a una prueba, pues me encuentro ya en el caso de preguntarme por qué la he obedecido. ¡Qué me importa lo venidero! ¡Mi porvenir! ¿acaso no es usted? Recuerde usted las apacibles veladas que hemos pasado juntos, nuestras alegres pláticas. ¡Ay! cuando llegaba usted a mi casa, y tendía sus piecitos hacia la lumbre, yo me echaba al suelo y se los cogía entre las manos como cogemos un pajarillo friolero al que queremos prestar calor. No, entonces no hablábamos de separarnos; entonces, alumbrados tan sólo por la llama del hogar, permanecíamos horas enteras cruzando miradas y sonrisas, sin que tuviésemos necesidad de comunicarnos nuestros pensamientos, tan sabidos nos los teníamos previamente. De tal suerte la presencia de usted llenaba mi existencia, que al verla de nuevo al día siguiente, parecíame que no se había separado usted de mí ni un instante.

»¡Ay! ya no la oiré a usted más contarme su hermoso sueño de la víspera; ya no la veré más arreglarse los cabellos a mi espejo; ya no la sentiré más apoyarse en mi hombro, ni disfrutaré más de las largas pláticas que, de pie, al umbral de mi puerta y después de habernos despedido, nos sugería aún nuestra mente.

»No, un amor como el nuestro no se borra en un instante de lo pasado de un hombre; no, un sueño semejante ha adquirido el derecho de realidad, y es un infanticidio matar por modo tan impasible lo que de nuestro corazón ha nacido. Por otra parte, ¿soy yo quien le he hablado a usted de la voluntad de mi padre? ¿No fue usted quien la sorprendió en la carta aquella que yo le escondía? ¿Qué tengo yo que ver con todo ello? Usted me amenazó con partir y no verme nunca más si yo no partía y dejaba de verla a usted, y a cambio de mi obediencia me juró amistad eterna. He hecho cuanto ha estado en mis fuerzas, pero caigo quebrantado al principio mismo del camino y le pido clemencia. ¿No es verdad que cuando reciba usted esta carta también habrá usted advertido que el sacrificio es superior a sus fuerzas? ¿No es verdad que me escribirá que regrese a París? ¿Vislumbra usted el abrazo del regreso? ¿Concibe usted el gozo que ha de embargarles, al verse de nuevo, a aquellos que han creído no volver a verse nunca jamás? ¡Y cómo vamos a reírnos de nuestra locura! ¡cómo vamos a amarnos! Una palabra, una sola palabra y vuelo a esa. La obedecí a usted y continúo obedeciéndola; pero lo demás es superior a mis fuerzas. ¡Oh! dígame usted que no ha dejado de amarme y que me está aguardando. La amo a usted más que todo lo del mundo, y espero.

»Disponga usted de mi vida.

»JULIÁN».

## II

### *Lidia a Julián*

«París, a... de... de 18...

»Amigo mío: la palabra que usted solicita de mí, no la escribiré. Ya está dado el primer paso de esta prueba dificultosa, y debemos llegar hasta el término. ¿Usted cree que esta separación no me es tan dolorosa como a usted mismo? Sin embargo, seamos fuertes, y si algún día volvemos a encontrarnos, me dará usted las gracias. Sí, cuanto ha pasado entre usted y yo es real; amándonos, nos hemos separado. La vida tiene exigencias terribles, y las palabras que le dije a usted, por mucho que estén huecas de sentido, encierran realidades muy graves. Mucho valor necesité para decírselas, pues implicaban el sacrificio de mi dicha en pro de la de usted. Pero raciocinemos; escúcheme usted, y repase esta carta cuando su valor choque con nuevas vacilaciones.

»Usted tiene veinticinco años, yo treinta; como si dijéramos, le doblo la edad, pues dentro de diez años estará usted todavía joven y yo habré llegado al tiempo en que para la mujer el amor es una ridiculez, una desgracia o un vicio. No soy independiente, pertenezco a mi familia, a la sociedad, al juicio público, y ¿debo decirlo? a mi marido, a quien respeto no obstante el amor que a usted le llevo; sí, le respeto, pues a nosotras, combatidas con harta frecuencia por sentimientos que no logramos vencer y por el deber que hemos aceptado con ligereza o nos lo han impuesto, nos acontece entrar en transacciones sutiles con nuestra conciencia, y a las veces nos forjamos la ilusión de que estamos en paz cuando al amar a otro hombre conservamos para nuestro esposo afectos formales, que no menoscabamos lo más mínimo, como son la devoción y el aprecio.

»Así, pues, nunca hubiera yo abandonado a mi marido para seguirle a usted, por más que le ame a usted con toda mi alma. Nunca habría yo pagado con el escándalo y el oprobio el cariño con que me trata el padre de mi hijo, cariño de que mi alma no se satisface, es cierto, pero que él, en su llaneza, confunde con los afectos más delicados y más indispensables a la mujer. Mi

marido no me ama como usted me ama, ni tiene la juventud y el entusiasmo que usted, ni, como usted, es celoso; pero si yo le abandonara, se iría acabando lenta y tristemente como árbol al que un gusano le roe las raíces. Si fuese preciso sacrificar mi vida para conservar la suya, se la daría, pero pensando en usted, amigo mío.

»Para él sería mi abnegación hasta el último límite; para usted mi pensamiento hasta el postrer latido de mi corazón, se lo juro.

»En cuanto a los remordimientos, si los tengo, el largo martirio en que he entrado al condenarme a no verle a usted nunca más, tal vez bastara a expiarlos; porque el continuar la vida material en la muerte moral, es, con evidencia, la prueba más clara de arrepentimiento que podemos dar al Omnipotente.

»Usted y yo estábamos, pues, separados en este mundo; nunca nuestro amor pudiera haberse manifestado a la faz de todos, pues aparte de que mi marido es joven todavía y gracias a Dios tiene muchos años por delante, ni una vez siquiera me ha asaltado el deseo de verme libre, ni aun en las horas en que más me dolía no pertenecerle a usted por entero. Yo estoy rica y usted está pobre, o a lo menos necesita labrarse un estado social independiente; pero ni usted es hombre para aceptar de una mujer más que su amor, ni yo mujer de esas que dicen al hombre a quien aman: “Puede usted aceptar de mí”; no mil veces.

»Ahora bien, una situación tan irregular nada significa cuando somos jóvenes; por mezquina que sea la habitación en que la mujer ve a su amado, no hay para ella palacio más suntuoso. Pero con los años aumentan las necesidades de la vida.

»Usted tiene clarísima inteligencia; mas para que se le desenvuelva necesita de reposo y bienestar. Necesita usted no verse constreñido a producir atropelladamente, si quiere producir bueno. Pues bien, yo quiero que se haga usted famoso; anhelo estar orgullosa de usted en la soledad de mi existencia; deseo que lo deba usted todo a un trabajo honroso.

»Tiene usted una familia a la cual es deudor de algo en pago de los sacrificios que por usted se impuso.

»En conclusión, amigo mío, tarde o temprano habría usted cambiado de pensar, y entonces se hubiera devanado los sesos buscando el porqué de una necesidad hasta aquel día no sentida y que yo no podía satisfacer; necesidad de afectos legítimos, de tranquilidad doméstica y de trabajo independiente. Entonces a usted y a mí nos habría henchido de amargura mi insuficiencia para llenar el vado de su alma, y Dios sabe lo que hubiera sucedido. ¡Ay!

¡cuántos reproches me habría dirigido usted! ¡cuántos remordimientos me hubieran asaltado!

»Me dirá usted que la mujer que ama no raciocina de esta suerte. ¡Cuánto se equivoca usted! Así raciocina la mujer cuando su amor está exento de egoísmo, cuando no ama solamente para sí. En nuestra endeblez, Dios nos ha dotado de una abnegación incontrastable, de una insaciable necesidad de devoción. Todas tenemos nuestro Calvario; no ha existido, no existe mujer que no haya visto poner en cruz uno de sus más caros afectos, una de sus más acariciadas ilusiones.

»Esto me decía yo con frecuencia a mí misma pensando en usted; esto lo que originaba la profunda tristeza de que usted me preguntaba la causa, sin que yo pudiese explicársela. Este cúmulo de turbaciones de mi alma me estaba combatiendo cuando llegó la carta del padre de usted. ¡Ay! también usted se puso entonces imaginativo y receloso por espacio de algunos días, como todo hombre que ve surgir la realidad en medio de sus ilusiones. Yo noté su tristeza como usted notara la mía, pues entre un amor como el nuestro no podía interponerse nube alguna sin que al instante aquél la reflejase. Como era natural, usted no quiso decirme la verdad, y yo, interpretando mal su abstracción, como usted indudablemente interpretara mal la mía, di por admitido que usted había dejado de amarme. Entonces, celosa, hice lo que únicamente puede disculparse a la mujer que ama: violé el secreto de la correspondencia de usted, y hallé la carta de su padre, aquella carta en que éste le decía a usted que se fuese a vivir con él en Marsella, en que le hablaba de matrimonio, de una boda que debía labrar la dicha de usted y la de su familia, asegurar su porvenir, y, en una palabra, proporcionarle lo que no podía hallar en mí. La negativa de usted abismaba en la desesperación a su padre, y en cuanto a usted, le destruía su carrera.

»Ahora bien, ¿cuál era mi deber una vez iniciada? Hacer lo que hice: descubrirle por entero la verdad que no había usted sino vislumbrado, infundirle mi decisión, y amarle hasta el extremo de darle a entender que yo no le quería.

»Usted me pregunta por qué sorprendente lógica he llegado a semejante resultado. Pues, por la simple lógica de los hechos. El sacrificio era tan necesario, que bastaba indicarlo para hacerlo indispensable. Ya recuerda usted lo que le dije: que era preciso que obedeciese usted a su padre, que tuviese usted una familia, una mujer que le amase con derecho de amarle y a la cual tarde o temprano usted amaría, pues por más que digan, el corazón no ama una vez solamente.



»Yo le prometí a usted que, de obedecerme, continuaría concediéndole mi amistad, y le amenacé con partir si usted no lo hacía. Mucho lloramos los dos; pero al parecer me asistía la razón, ya que usted se puso en camino.

»Ahora está usted en él y solicita de mí que le diga que vuelva. No; no retroceda usted, pues con el tiempo se arrepentiría de haberse vuelto atrás, muchísimo más que en este instante se arrepiente de haber partido. Obremos noble, franca y lealmente, como obran los corazones dignos y las almas superiores. No nos separemos como acostumbran a separarse los amantes, ya que entre nosotros dos no caben los reproches ni las ofensas. No tenemos más remedio que continuar amándonos por mucho tiempo, para siempre. Obedecemos a una necesidad que da un desenlace honroso a unas relaciones dichosas. Nos hemos amado por espacio de dos años sin que un solo disgusto haya empañado nuestro amor. Sea cual fuere la distancia que en adelante nos separe, nos une una cadena invisible e indisoluble: el recuerdo mutuo de nuestro amor, nuestro aprecio recíproco, la satisfacción común de haber llenado un deber ineludible.

»Adiós, pues, amigo mío; ánimo, y escíbame a menudo, comunicándome todos sus pensamientos y todas sus impresiones. Ya verá usted como logra ser dichoso.

»No necesito decirle que, suceda lo que quiera, es y será siempre su mejor amiga,

»LIDIA».

### III

#### *Julián a Lidia*

«Lión, a las 8 de la noche.

»Usted no me ama, Lidia, ni me ha amado nunca: de lo contrario no habría escrito una carta de tal naturaleza. Es imposible raciocinar más fría y utilitariamente sobre las necesidades de la vida y las exigencias de la sociedad. ¿De dónde ha tomado esa helada ceniza que arroja usted con tanta tranquilidad sobre el fuego de su alma? Dice usted que me presta un servicio. Gracias, y cúmplase su voluntad. Parto.

»Por mucho que usted diga, ignoro si voy a ser dichoso; más, lo dudo. A usted no tengo que desearle la dicha, pues aun cuando hubiese huido de su corazón, la hallaría de nuevo en su raciocinio.

»Adiós.

»JULIÁN».

## IV

### *El mismo a la misma*

«A bordo del vapor, a las 5 de la mañana.

»Perdón, perdón por haberle escrito a usted mi carta de anoche. La amo a usted con tal vehemencia, que hay momentos en los cuales no sé lo que hago, en que soy capaz de inferirla agravio. ¿Verdad que ya me ha perdonado usted? ¡Ay! ¿cómo no comprendí cuánto debió usted sufrir al escribir lo que me escribió? ¿Cómo, conociéndola a usted como la conozco, no leí entre las palabras que usted trazó, la inmensidad de la amargura que debía acibararla el alma al trazarlas? No abusaré de su declaración, Lidia; pero por Dios, confiéme que se impone usted un sacrificio penoso; dígame que no ha dejado de amarme, que padece usted, que su corazón no tiene ninguna complicidad con la lógica de sus palabras y que a cada instante le dice que me llame.

»¡Oh! ¡qué desdichado soy! ¡qué desdichado!

»¡Conque no volveré a verla a usted nunca jamás! ¡Conque voy a llegar a Marsella, y a ser presentado a una familia a quien no conozco, a una señorita a quien nunca he visto, que no puede amarme, que tal vez ama a otro hombre, y a la cual van a unirle a mí para siempre! Pero dígame usted, ¿no es esto cometer una mala acción? ¿apoyado en qué razón voy yo a cumplir la doble infamia de separarme de usted y de unirle a ella? Sus padres lo han dispuesto así; pero ¿ha aceptado su alma esta decisión? Este desconocido a quien usted ama ¿no va a ser para ella lo que para usted su marido? Yo no amo a esa señorita, ni la amaré nunca, lo sé de antemano. La compadezco y nada más. Como ella pudiese tratarme como un hermano, y asiéndome las manos rogarme que no la tomase por esposa, ¡qué dicha la mía! Entonces, no pudiendo ya culparme usted de que me opongo a los designios de mi padre, me diría que de nuevo volase a esa, a su lado, ¿no es verdad? ¡Ojalá sucediese así! ¡en esto fundo mi última esperanza! Pero si obedeciendo a un deber, como yo obedezco a una necesidad, ella se convierte en esposa mía y llega a

serme infiel, la sociedad me autorizará para que la castigue. ¡Qué injusticia! Sin embargo de no darle yo más que mi apellido y de no interesar para nada mi corazón en esta boda, ella viene obligada a traerme la virginidad del cuerpo, la fidelidad de su pensamiento, la prueba incesante de un amor que ojalá Dios no sienta ella en su vida, pues de amarme sería peor todavía, sería para mí un castigo tremendo; y si cierro los ojos, si consiento en que busque en otra parte la dicha que yo no puedo darle, me convierto, para la sociedad, en un ente ridículo o en un hombre inmoral. En verdad, las leyes sociales son muy singulares. ¿Qué mal me ha hecho esa infeliz criatura para que la condenen a mí, que sólo vivo por otra? No será sino dueña de mi vejez, si es que llego a viejo. Cuando mi corazón se habrá consumido por sí mismo devorado por los recuerdos y los pesares, cuando a las decepciones morales que me habrán fatigado el espíritu se unan las enfermedades, le será permitido cuidar de este hombre que habrá enterrado en vida sus floridos años.

»Y sin embargo, tal vez en este instante e ignorando la suerte que la aguarda, departe curiosamente con una amiga qué tal será el novio que le llega de París. ¡Quién sabe las ilusiones que la pobre se está forjando y yo voy a desvanecer! Ya lo ve usted, Lidia, si no por usted y por mí, a lo menos por esa desdichada niña debía usted haberme llamado.

»Si la dicha descansa en la insensibilidad, en torno mío, a bordo, hay seres que gozan de ella, pues a unos les oigo jugar al dominó, a otros roncar como benditos, y a otros, por fin, discutir sobre el impuesto de la sal; gentes que quizás hayan padecido lo que yo y cuya insensibilidad tal vez no sea más que consecuencia de lo pasado.

»¡Ojalá pueda yo llegar a esta muerte viviente, a esta vida muerta!

»JULIÁN».

## V

### *Lidia a Julián*

«París, a...

»Amigo mío: le había perdonado a usted su carta antes de que me pidiera perdón de haberla escrito, aun antes de haberla recibido, por decirlo así. En efecto, ¿usted imagina que cuando resolví darle el consejo que le di, no estaba yo preparada de antemano a todas las reacciones, a todas las injusticias, a todas las acritudes de un amor lastimado? ¿Qué sería el amor de usted despojado de la cólera? ¿Qué, sin el perdón, el mío?

»Con todo, la segunda carta de usted me ha proporcionado algún consuelo. ¡Valor, amigo mío! valor por algún tiempo más, y verá que la prueba no es tan penosa como usted imagina. El corazón del hombre está destinado a metamorfosis necesarias e inevitables. El mundo está lleno de dolores parecidos al nuestro.

»Realmente, en una situación como la en que usted y yo nos encontramos se pasan horas de desaliento. Cuando pensamos en los muchísimos seres humanos que han padecido como nosotros estamos padeciendo, que han muerto como nosotros estamos muriendo, mientras la humanidad sigue su camino sin parar mientes en nosotros, nos decimos: “¿Para qué continuar nuestro martirio?”. Frase infame y terrible, que conduciría al crimen o al suicidio, si prestásemos oídos a la perversa filosofía tras la cual se esconde, pues no habría nada sagrado en la tierra ni nos importaría la vida del prójimo más que la propia. Lo menos peligroso es llegar a la insensibilidad personal, y ésta todavía debe usted evitarla. Otro es el derrotero que debe usted dar a su existencia; lo que le interesa a usted hallar es la resignación. Es menester que pongamos los ojos, no en el desenlace uniforme y fatal hacia el cual caminamos, sino en los goces que Dios nos envía para conducirnos a él, en las puras ilusiones con que los vela.

»Dice usted que la vida es breve; con tanta más razón debemos aprovechar lo que de verdadero encierra, para emplearla fructuosamente.

Tienda usted la mirada en derredor, y verá a sus padres, a su esposa y a sus hijos, o lo que es lo mismo, lo pasado, lo presente y lo porvenir. Créame, no le ocupe a usted más que un pensamiento, el de hacer felices y virtuosos a los que le rodean. Entonces comprenderá usted que su existencia es provechosa para algo. No puede usted imaginar aún el gozo y el consuelo que hay en la familia, y de eso yo le respondo.

»Sí, le amaba a usted, y menester ha sido que le amase mucho para no detenerme en la pendiente que me arrastró hacia usted, teniendo en mi apoyo esta razón, que me imputó usted como un crimen y de la que en este instante le estoy dando otra prueba.

»Mi amor le ha hecho a usted muy desgraciado; lo creo. No obstante, este recuerdo nada será para usted comparado con el que le dejará la primera declaración de esa doncella a quien usted no conoce ni quisiera conocer. Cuando esa hermosa niña, pues me consta que lo es; cuando esa hermosa niña, repito, cuyo corazón no ha latido aún por hombre alguno, virgen y pudorosa, se entregue a usted, por más que no sienta la pasión que un amor largo tiempo combatido había encendido en mí, se le hinchará a usted el pecho de noble éxtasis, de justo orgullo, y olvidará cuanto hasta entonces habrá constituido para usted la dicha. A usted corresponderá el convertir ese momento en manantial de su felicidad futura, el aprovecharse de las emociones a él inherentes, encerrándolas preciosamente en su corazón, y el mudarlas en protección firme para con su compañera y en sostén definitivo para usted. Demás, cuando este amor legítimo haya dado vida a un hijo, ya verá como las manecitas del angelito le sacarán fácilmente del círculo en que ahora le parece a usted poder encerrarse.

»Ahí está la verdad, amigo mío, y ello lo he probado por mí misma. Desde que usted partió, sólo vivo con mi hijo; él es quien me da la energía moral que yo me esfuerzo en comunicarle a usted. ¡Pobre hijo mío! ¿Recuerda usted cuán celoso estaba usted de él? ¡Qué de veces luché para evitar que estos dos amores se menoscabasen uno a otro, en su porfía por sobreponerse mutuamente! El de mi hijo, quien en usted adivinaba un rival, era rebelde por instinto; usted, por su lado, sentía alarmarse su amor ante esta ternura natural, anterior a la de usted, inherente a mí, nacida de mi seno, inseparable de mi vida. Usted sólo veía en ese pequeñuelo al hijo de otro hombre; y yo, yo me veía constreñida a partir mi corazón en dos mitades para distribuirlo entre ustedes dos, cuando mi ardiente voluntad hubiera sido unirles en un afecto común. Este es el primer castigo de los amores ilegítimos. ¡Dichosos aquellos que pueden hallar el amor en el deber! Y a éstos es menester que pertenezca

usted, amigo mío; ahora ya no puede estar usted celoso de mi hijo; el cual, por su parte, ha advertido que estoy triste, y no ve sino que tengo necesidad de que me ame más que no me amaba. ¡De qué nuevos e inteligentes cariños me rodea! “Madrecita mía, me decía hace un instante, tú estás triste, y lloras; enjúgale los ojos: es preciso que padre no lo sepa”.

»¡Angelito mío! ahora está durmiendo, y junto a su camita es donde le escribo a usted. Necesito de su presencia para hablar de él con usted para que me dé el valor que me esfuerzo en infundirle a usted, amigo mío.

»Además, tengo que satisfacer una deuda de corazón que para con él contrahe hace tiempo. ¡Ay! el amor que no me era dable sentir por el padre, era mi deber reconcentrarlo únicamente en mi hijo.

»Ahora permítame que le diga una cosa que mi nueva posición respecto de usted, la representación casi maternal de que me revisto, me autoriza para decírsela. Al recibo de la presente, habrá usted ya llegado a Marsella y visto a su novia, la familia de la cual, así como la de usted, tienen prisa por celebrar la boda. Pruébeme usted que me reserva una pequeña participación en su dicha, consintiendo que me inmiscuya en ella, haciéndome sabedora de las particularidades que la amistad tiene derecho a conocer. ¿Me comprende usted? Consúlteme. ¡Qué dicha para mí si pudiese usted hallar de nuevo en su hogar algo mío! ¿Quiere usted que yo me encargue de enviarle los mil y un pequeños regalos con que va usted a tener que obsequiar a su esposa? Soy mujer, y además recuerde que algunas veces había usted ensalzado lo que apellidaba mi buen gusto. ¡Cuán grato me será pensar que a cada instante hallará usted a su alrededor algo inanimado que le hablará de mi castamente!

»Ayer salí a dar una vuelta. Necesitaba comunicarme con los demás, cuando no para convencerme de que no estaba realmente muerta. Hacía un hermoso día de otoño; recorrí intencionalmente nuestras más elegantes tiendas; vi otra vez esos objetos inútiles para mí, pero llenos de atractivo y de novedad, tentadores para la doncella que entra en la vida, y de antemano dispuse los regalos de boda de usted, por cierto más importantes que usted no imagina. No me niegue lo que le pido, Julián, pues me ocasionaría un gran pesar y no le asiste a usted razón alguna para dármelo.

»LIDIA».

## VI

### *Julián a Lidia*

«Marsella, a...

»No cabe discutir con un corazón como el de usted. Brota en él con rapidez y facilidad tales la abnegación, su argumentación es tan concluyente y tan incondicional su devoción, que debo someterme y no dejar transparentar mis padecimientos. No me queda ya ni el consuelo de hacerla a usted confidente del dolor que me embarga. Enhorabuena, encárguese usted de mi dicha, en la singular acepción que da usted a esta palabra, y haga de mi vida según su voluntad; permítame que no le reseñe con entusiasmo los acontecimientos en que usted me precipita.

»Llegué a Marsella hace dos días, y sé decirle a usted que ni el gozo que en otras circunstancias me hubiera infundido el ver de nuevo a mis padres ni el que éstos han manifestado al recibirme, han suavizado poco ni mucho mi tristeza.

»Ayer mis padres me presentaron a la madre de mi mujer, como usted apellida ya a esa señorita. No puede usted figurarse con qué libertad se despliega en aquella casa el mal gusto, en el seno de esa atmósfera de nulidad que tan antipática nos es a los artistas. La madre tiene cuarenta y cinco años, y es gruesa y amanerada y se escucha a sí misma con visible complacencia. El padre, muerto hace cuatro años, revive en un retrato al óleo que debió de costar, muy bien pagado, junto con el marco, unas cien pesetas. Está sonriendo, ostenta camisa con chorrera y tiene la diestra colocada sobre el chaleco. La hija frisa con los diez y siete, baja los ojos cuando le hablan, contesta con monosílabos y canta lo más desafinadamente algunas romanzas de la señorita Luisa Puget. Ahí, señora, el trasunto de la dicha que usted me ha impuesto. ¡Ojalá le sea a usted agradable y la afirme en la persuasión de que estoy destinado a ser el más feliz de los hombres!

»Sin embargo, debo consignar que al salir de aquella casa, en la que pasé tres horas aguantando el alud de necesidades que en ella se sueltan con la



mayor seriedad, entre una madre que advierte a su hija que enderece más el cuerpo y una hija que siempre contesta en el mismo tono: “Está bien, madre”; al salir de aquella casa, repito, de la que durante la velada me asaltaron repetidas tentaciones de huir más que a escape, declaré a mi padre que nunca haría yo esposa mía a la señorita Eufemia. La obediencia tiene sus límites. Nada tema usted: no por esto regresaré a París; no iré a importunarla con un amor a que debe estar ya desacostumbrada. Viviré aquí, trabajaré, haré... ¿qué sé yo? pero de fijo no asociaré mi existencia de artista a esa vida de comerciantes retirados; no, no perpetraré el suicidio moral de sepultar viva y joven mi inteligencia bajo algunas talegas. La he obedecido a usted hasta el último límite; he visto y me niego; pero no para regresar al lado de usted, sino para ser dueño de mí mismo, derecho que nadie podrá disputarme en adelante. Usted habrá cumplido con su deber de amiga, y nada tendrá que echarse en cara. Es cuanto podía exigir de mí. Me gustará ver qué me contesta usted ahora.

»JULIÁN».

## VII

### *Lidia a Julián*

«París, a...

»Fácil me sería contestar a usted que habiendo llegado a esa con una resolución tomada de antemano, ha debido de ser muy mal juez de las cualidades de la señorita Eufemia. Esto prescindiendo de que, en presencia de su madre y de un hombre a quien ve por vez primera y al cual la destinan, una doncella no puede ser sino excesivamente tímida. Pero el acaso me proporciona una contestación más persuasiva, y esta contestación es una carta de la misma señorita Eufemia, en la que ésta cuenta a su vez, a una su amiga de la infancia, las impresiones de la primera entrevista que con usted ha celebrado.

»Usted recordará lo que en una de mis anteriores le decía, esto es, que me constaba que la señorita Eufemia era hermosa; y lo sé por la señora de \*\*\*, a quien usted conoce por haberla visto en mi casa. Pues bien, esa señora, que hace tiempo conoce mi afecto por usted, es madre de la señorita Camila, compañera de colegio de Eufemia. Estas dos amigas han contraído la grata costumbre de cartearse, dicha la mayor a su edad, pues en la correspondencia es donde los corazones sencillos vierten la intimidad de sus primeras emociones.

»La señora de \*\*\* ha venido a verme, y después de hablarme de usted con el elogio que usted merece, y haberme manifestado que usted había llegado a Marsella, me ha entregado la carta que Camila acababa de recibir de Eufemia, diciéndome que por lo halagadora que habría de ser para usted, se la enviara.

»Yo he leído la carta de Eufemia y estoy íntimamente convencida de que cuando usted la habrá leído también, verá a su prometida tras un prisma muy diferente y la juzgará tal cual es: mujer de corazón y de talento. Será usted dichoso, amigo mío, me afirmo en ello; y si algo puede proporcionarme consuelo, será el haberle impuesto a usted la dicha.

»Al pie la copia textual de la carta de su futura».

## *Eufemia a Camila*

«Marsella, a...

»Mi querida Camila: hace mucho tiempo que te debo una contestación, pero aguardaba, para efectuarlo, que se hubiese realizado un acontecimiento formal del que quería hablarte. El tal acontecimiento era la llegada de un joven que se ha hecho esperar más que no cabía suponer, y el joven ese, no era otro que mi futuro esposo.

»Ya ves que la causa de mi silencio era grave.

»Voy a contártelo todo.

»Hace unos ocho días que mi madre se encerró a solas conmigo y me dijo:

»—Mañana o pasado llega a Marsella Julián, el hijo de \*\*\*. Ya sabes que uno de los más ardientes deseos de tu padre era que casases con ese joven, con el padre del cual le unía íntima amistad. De entonces acá la familia de Julián ha quedado casi arruinada del todo; pero esto es lo de menos; Julián tiene talento, y puedo darte un dote suficiente. No dudo que nuestra elección te será grata; estoy segura de que cuando veas al joven ese te gustará. Advierte, sin embargo, que no te impongo este matrimonio; te lo aconsejo. Conozco lo que conviene a tu carácter y a tu inteligencia, y prefiero darte a un hombre menos rico que los que se presentan, pero más en armonía con los gustos que te ha imbuido tu educación parisiense.

»Ya ves, mi querida Camila, que mi madre, a pesar de lo llana que es, o aparenta serlo, debido a la vida de provincias a la cual la condenaban los negocios de mi padre, a las costumbres adquiridas, a las relaciones contraídas y al recuerdo de la dicha que en definitiva ha hallado; ya ves, repito, que mi madre no raciocina tan vulgarmente como eso. Yo le contesté que estaba dispuesta a todo para complacerla, que siempre había contado con un marido de su elección, y que me sentía perfectamente inclinada al que me anunciaba.

»No ignoras que tengo muy poco de novelesca; pero en resumidas cuentas, prefiero un artista y París a un comerciante y Marsella.

»Esperé, pues, amiga mía.

»Ahora bien, todos los días nos anunciaban la llegada de mi pretendiente, y éste no llegaba. Había más curiosidad de mi parte, que no solicitud de parte de él. Tal retardo no era halagador; pero como al fin y a la postre aquél no me conocía, atribuía yo al acaso la tardanza.

»Por fin, anteayer llegó el dichoso desconocido, y mi madre me notificó que al día siguiente aquél comería con nosotras.

»No hay doncella a quien una nueva semejante no le haga latir el corazón, pues el imaginar que vamos a ver por vez primera al hombre a quien habremos de pertenecer para siempre, no deja de ser grave. ¿Qué tal será? nos preguntamos. ¿Responderá al ideal que nos forjábamos?

»¿Sabes que nuestra condición de mujer tiene poco de venturosa? Si el hombre es feo, viejo o grosero, ¿a quién pedir socorro? ¿en quién buscar apoyo? ¿adónde refugiarnos?

»Sólo al pensar en ello me estremezco; esto sin contar que puedo engañarme a mí misma, y advertir, cuando ya no haya remedio, que pertenezco voluntariamente a un hombre indigno de afecto.

»Sin embargo, mi madre, como ya te lo he manifestado, si bien ve con buenos ojos mi matrimonio con ese joven, y aun lo anhela, me dejó completa libertad de acción respecto del particular; pero ahí que, dueña de mi albedrío, era mayor mi desasosiego.

»A la llegada del señor Julián y con objeto de conservar todos mis recursos de observación, me aniñé cuanto pude, me hice tan insignificante y boba como me fue posible.

»¡Ah! mi querida amiga, ¡qué rápida y certera es la mirada de la mujer! ¡Con qué lucidez vemos y adivinamos cuanto nos interesa, en el incalculablemente breve espacio de tiempo que empleamos en abrir y cerrar los ojos!

»Aun el señor Julián no había llegado al centro del salón, es decir, no hacía aún medio minuto que había entrado, y ya sabía yo que era alto, moreno, esbelto y nada petulante, y que estaba triste, y que eso se le daba de mi persona.

»Al presentarme a él mi madre, se dignó mirarme, pero como hubiera mirado a una niña, y me dirigió un cumplido, dictado más por la costumbre del trato social que no por la simpatía; luego halló manera de aislarse y de no hablar con nadie hasta la hora de la comida.

»A tratarse de cualquiera otro hombre, tal silencio pudiera haber sido una prueba de orgullo o de necedad, pero en el señor Julián era evidentemente hijo de una profunda preocupación. Su silencio era triste, y con frecuencia sorprendí como se le anegaban los ojos, cual si de improviso se le apareciese una imagen dolorosa.

»¿Qué pesadumbre le embargará? lo ignoro; pero si quieres que te lo diga, paréceme, y el tiempo que ha retardado su llegada contribuye no poco a esta conjetura; paréceme, repito, que ha venido contra su voluntad y que esta boda no le place poco ni mucho. En una palabra, tiene todo el aspecto del hombre

que deja tras sí algo que le atrae irresistiblemente, un amor. No soy ducha en la materia, pero las mujeres, a falta de experiencia tenemos el instinto, y éste rara vez nos engaña.

»Si efectivamente ama a una mujer, ¿por qué ha venido? ¿Qué poder humano puede obligar a un hombre a casar con una mujer a quien no ama, máxime si ama a otra? Como yo amase a alguno, antes preferiría la muerte a pertenecer a otro, y un hombre tiene más libertad de acción que no una mujer; esto es indiscutible.

»Puede que el recuerdo del señor Julián esté unido al de una persona muerta, o que su tristeza se origine de un amor no correspondido, y que, recuerdo o dolor, quiera anegarlo en el matrimonio. ¡Pobre joven! entonces sería digno de compasión; porque debe de ser muy triste el vivir separado para siempre del ser amado, o el amar sin esperanza.

»Con todo, no veo razón para no quererle. Es joven y elegante, y además talentoso y de gran corazón, como lo demostró durante la velada, en que no le cupo más remedio que hablar. ¿Por qué, pues, no amarle?

»Como quiera que sea, algo le preocupa, y ese algo no es el amor que por mi siento.

»Me han hecho cantar en su presencia algunas romanzas, de las que me he librado bastante mal y deben de haberle hecho formar de mi pobrísimo concepto, por más que lo ha disimulado prodigándome elogios.

»Ya comprendes tú que yo no podía mostrarme tal cual soy, por más que conociese que a sus ojos aparecía como una colegiala más que medianamente inepta.

»Sin embargo, mi deseo hubiera sido entrar inmediatamente en el terreno de la franqueza con el señor Julián, pues me parece que hubiéramos simpatizado.

»Si está apesadumbrado, que me lo diga, y me esforzaré en consolarle. Pues tengo que casar con él, ¿no es esto lo mejor en que pudiera emplearme?

»Mi lenguaje te admirará sin duda, y atendido tu carácter no lo comprenderás. Tú estarías celosa de lo pasado del hombre a quien tomaras por esposo. Yo creo que esto sería una sinrazón, más que una sinrazón, una torpeza, una injusticia. ¿Con qué derecho pediríamos a un hombre familiarizado de largo tiempo con la existencia, cuenta de sus impresiones pasadas? Lo más que de él podemos exigir es que se preste a hacernos confidencia de ellas. Si ha amado, mejor, no amaré más, y como el amor que una mujer solicita de su marido indudablemente difiere del que éste puede haber sentido antes del matrimonio; como casando con ella hace tácitamente a

su mujer el sacrificio de todos sus demás afectos, la esposa no sólo nada tiene que temer de lo pasado, mas también debe proporcionar a su compañero cuanto pueda éste esperar de lo porvenir. Yo no querría a un marido que, como hombre, fuese lo que yo como mujer, en quien hallase el candor que él debe buscar en mí. La unión de esas dos inocencias, de esas dos cortedades, paréceme que no serviría más que para asunto de un prólogo de novela y que, a no tardar, caería en la trivialidad. Si el hombre no ha sentido el indujo de ciertas pasiones, incompatibles con el afecto real, a mi entender debe estar siempre pronto a ceder al atractivo de lo desconocido.

»Esto es lo que me he dicho a mí misma repetidas veces; esto, sí; porque ¿quién es capaz de imaginar la profundidad de pensamientos que se anidan en las cabecitas inclinadas silenciosamente sobre un bordado?

»Ahí porqué el señor Julián me causó inmediatamente una impresión que su solicitud en agradarme y un rostro alegre no me hubieran producido.

»Demás, por el arte que profesa es superior a lo vulgar. En relación continua con lo bello, con las obras maestras, su alma ha debido exaltarse y contraer necesidades que yo, con mi carácter, habría sido incapaz de llenarlas.

»Prefiero, pues, que otras hayan tomado este empeño y dejándome a mí el cuidado de reparar su mal o continuar su bien. Estoy satisfecha de haber visto al señor Julián, o más bien dicho, de haberle sorprendido en el estado en que estaba. Poquito a poco iré haciéndome dueña de esa alma herida y la conduciré suavemente al trabajo y al reposo doméstico. Paréceme que esta curación podré llevarla fácilmente a buen término. Ínterin, no me mortifican otras exigencias.

»¡Mira si ha avanzado camino mi imaginación! Hoy he visto al señor Julián por vez primera; mañana, cuando vuelva, pues debe volver mañana, ya no hallará en mí a la mujer pazguata y desabrida.

»Si ocurren novedades, te las comunicará tu amiga

»EUFEMIA».

## VIII

### *Julián a Lidia*

«Marsella, a...

»Ha tomado usted tan a pechos su papel de amiga, que no sé si debo concederle semejante título. Encierran tanta crueldad su calma, sus consejos y sus esperanzas respecto de mí, que las cartas que me envía más parecen dictadas por el odio que por otro sentimiento. De consiguiente, desde hoy ceso de hablarle de mi afecto, que espero vencer con la misma facilidad con que usted lo ha vencido. Sin embargo, el tesón que usted me demuestra, tan poco común en las mujeres, sobre todo en este concepto, debe de obedecer, aparte de lo a que usted apellida mi dicha, a una razón que usted me oculta. Hay en su lenguaje una experiencia de la vida, que forzosamente ha debido usted adquirirla antes de conocerme. Usted ha sufrido por alguien, y hoy, para escribirme, recurre a su dolor pasado. Es imposible que usted no haya amado nunca: de lo contrario no se prestaría a convertirse en la auxiliar de otra mujer. Quizá también mi amor era ya para usted una carga; en este caso ¿por qué no lo decía usted desde luego? Hubiera sido más sencillo que echar mano de tanta perífrasis. ¿Quiere usted creerme? Cortemos nuestra correspondencia. ¿Para qué continuarla? Sus fríos consejos me dañan. Además, yo no tendría que decirle más que cosas penosas. Más vale que el tiempo se encargue de hacer lo que usted quiere cumplir por sí sola. Usted se ha encargado del dolor; la señorita Eufemia se encargará del consuelo. Veremos cuál de las dos triunfa. En último resultado, nada tendrá usted que acriminarse. Tranquilice usted su conciencia y esperemos.

»JULIÁN».

## IX

### *Eufemia a Camila*

«Marsella, a...

»Mi querida Camila: te prometí escribirte cuando ocurriesen novedades. Las hay, pero desde hace poco.

»Al día siguiente de haberte dirigido mi carta primera, el señor Julián volvió, y luego al subsiguiente, y por fin todos los días. Así transcurrió una semana, puede decirse sin que en él se notara variación alguna. Con todo, íbamos familiarizándonos, y gracias a algunas atinadas observaciones que tuve la suerte de exponer acerca de un asunto de arte, y que, dicho sea entre paréntesis, le dejaron admirado, empezó a no mirarme ya como a una niña, y aun creo que a parar la atención en mí y en mis palabras.

»Pero esto es nada en comparación con el repentino cambio que en él se produjo ayer. Hay para quedarse pasmada. Figúrate que llegó a mi casa con ademán del hombre que ha tomado una gran resolución, y que asiendo las manos a mi madre y en presencia mía, le dijo con acento conmovido e impregnado de ternura:

»—Señora, me cabe la honra de pedirle la mano de su hija, por la dicha de la cual me «desviviré constantemente.

»Después y sin aguardar la respuesta de mi madre, se acercó a mí con viveza, y tomándome la mano la llevó a los labios: luego me miró con ojos velados por las lágrimas, y me dijo:

»—No me desaire usted, señorita; me haría usted muy desgraciado.

»Ante tan inopinada declaración no pude menos de sonrojarme.

»—Ea, profirió mi madre, todo marcha a pedir de boca. Además, ¿no estaba ya acordada esta boda, hijos míos?

»Y abrazándonos a los dos y uniendo nuestras manos, aquélla nos dejó, añadiendo:

»—Díganse ustedes ahora todo cuanto tienen derecho a decirse.



»Ya a solas con Julián, que así puedo llamarle desde ayer, éste pareció precipitarse de lo alto de su entusiasmo ficticio a la sima del más profundo abatimiento. No obstante sus esfuerzos, no logró ocultarme la emoción que le señoreaba, y aun por un instante se volvió de espaldas a mi para que no le viese llorar; pero no por esto apartó de la mía su mano. Todo lo comprendí. ¡Pobre muchacho! era víctima de una gran pesadumbre, y para levantar, a ser posible, una barrera entre esa pesadumbre y él, se asía del matrimonio, y tal vez ahora que no podía retroceder se arrepentía de haber seguido el primer consejo de su dolor, dolor que yo no podía suavizar si no lo conocía.

»Atendida la situación a que habíamos llegado, no podía achacárseme a mera curiosidad mi afán por conocerlo: era un interés real lo que me impulsaba a reclamar de él una confianza completa. Él fue quien primero conoció que me la debía, pues a mis ojos su tristeza no podía compaginarse con la petición que acababa de hacer a mi madre.

»—Le pido a usted mil perdones, señorita, por no haber podido reprimir el llanto, me dijo Julián enjugándose los ojos. ¡Me oprimía de tal suerte el dolor!; pero le juro que son las últimas lágrimas que habré derramado. Sé que es usted generosa, y por esto he dejado desbordar mi corazón a su presencia.

»—Llore usted, le respondí como si hubiese sido su hermana. ¿Desde ahora no debe sernos común la alegría y la tristeza? Hoy nos toca estar tristes, pues usted lo está; otro día estaremos alegres.

»—¿Conque usted me perdona? repuso Julián fijando en mí una mirada llena de agradecimiento.

»—Nada tengo que perdonarle a usted, le dije.

»—Sin embargo, usted lo ha adivinado todo.

»—¿Qué quiere usted decir?

»Julián sacó de su bolsillo un papel y me lo entregó. ¿Sabes qué contenía el tal papel? la copia de la primera carta que te escribí. Y pregunto yo: ¿cómo ha llegado a sus manos semejante copia? No acierto a adivinarlo.

»Yo me puse hecha un ascua.

»—¿Y usted cree, prosiguió Julián, que después de haber leído esto no es mi deber caer de rodillas a sus pies y admirarla como a una santa?

»—¡El deber! ¡la admiración! Sentimientos mezquinos a nuestra edad, le repliqué. No, Julián, otra cosa hay mejor. Dese usted a mí; descúbrame todos sus pesares, sus recuerdos todos; yo en cambio le comunicaré todas mis ilusiones, todas mis esperanzas. Diga, y verá cómo sustituye con otras más afectuosas las palabras deber y admiración. En el repentino consentimiento de usted en tomarme por esposa, en la resolución que le ha conducido aquí, en el

estado conmovido en que todavía se encuentra, hay más despecho contra otra que no inclinación a mí. Pero tanto da; por más que el sentimiento que nos une no esté exento de injerencias extrañas, lo acepto. A mí me corresponde expurgarlo de cuanto puede ser contrario a nuestra dicha.

»Para una joven de diez y ocho años, como yo, no estaba mal hilvanado, ¿no es verdad? ¡Es extraordinario lo que aguzan la inteligencia y facilitan la palabra ciertas situaciones! Me sentía elocuente, tanto, que en aquel momento pudiera haber dicho mucho y bueno. Después de esta experiencia hecha en mí misma, admiro mucho menos a los grandes oradores, porque ¿quién puede asegurar que la elocuencia no sea resultado de la convicción? ¡Quién sabe!

»Entonces Julián se sentó a mi lado y me lo dijo todo, excepto el nombre de esa mujer, que, por otra parte, yo no hubiera querido saberlo. ¡Ay! todavía la ama, y mucho, no me cabe duda.

»También me ha mostrado Julián las cartas de su amada, y, a decir verdad, o ésta no le quiere, o hay sensaciones que la mujer desconoce hasta un periodo más avanzado de la vida; yo, a mi edad, sería incapaz de hacerle el sacrificio que ella le hace.

»Un día u otro te contaré esa historia, que no puedo confiar a una carta, sobre todo desde que sé que las mías pasan de tus manos a las de tu madre y van a parar a las de Julián no sé por qué conducto. Parece que tu madre tiene una amiga, la señora de \*\*\*, que conoce a aquél, y que la tal amiga es la que le ha enviado la copia de mi carta para que se enterase de mi modo de pensar respecto de mi prometido.

»Heme, pues, mujer, e iniciada en las emociones de la vida, confidente y consoladora y buena para algo más que para cantar romanzas. Me siento dichosa y llena de orgullo. A lo menos los preliminares de mi boda no son triviales. Ahora tengo la firme convicción de que el día que mi marido me diga que me ama, realmente será así. Yo, por mi parte, le probaré que en el mundo existen amores más sinceros que los que hasta lo presente ha encontrado. La mujer a quien ama, no le amaba a él solo; ya ves tú, tiene un hijo, y marido, y además debe velar por su buen nombre. Yo podré entregarme abiertamente a mi amor, y toda emoción nueva me vendrá de ésta. Preciso será, pues, que Julián esté muy inconsolable si no consigo consolarle.

»¡Qué triunfo más noble y puro el mío si logro llenar tan difícil cometido! No habré hallado mi felicidad por un capricho de la suerte; la habré conquistado. En una palabra, no sé por qué, pero me llena de gozo lo que asustarla a otra.

»Escríbeme.

»Hasta luego.  
»Tuya,

»EUFEMIA».

## X

### *Julián a Lidia*

«Marsella, a...

»Sea usted dichosa, señora.  
»He hecho cuanto usted quería.  
»Dentro de quince días me caso.  
»Adiós.

»JULIÁN».

## XI

### *Camila a Eufemia*

«París, a...

»Soy yo, mi querida Eufemia, quien tengo que participarte novedades.

»¡Pues no ando en un gran secreto que te interesa muchísimo!

»Conozco a la señora de marras, la he visto, he hablado con ella.

»Pero lo más sencillo será que te lo explique todo tal cual ha pasado.

»Estáme atenta.

»Figúrate que en la víspera o en la antevíspera del día en que recibí tu carta última, estaba yo haciendo una labor con mi madre, cuando anunciaron a la señora de la misma a quien mi madre diera a leer tu carta primera. Como yo hace poco que he salido del colegio, no conocía a esa señora; pero me alegré de verla, por desempeñar, como desempeña, un papel en tu historia. Sin embargo, ¡cuán distante estaba yo de sospechar el que verdaderamente representa en ella!

»La señora de \*\*\*, que iba completamente vestida de negro, estaba conmovida y pálida y pareció contrariada al verme: es hermosa, pero no está ya en la flor de la juventud, sino que frisa con los treinta; con todo, su presencia tiene un sello de distinción que impone, atrae y subyuga. Desde luego se ve que no es una mujer vulgar. Al entrar se levantó el velo que llevaba echado sobre el rostro, y pude notar que tenía el cabello luciente y negro como el ébano pulimentado, alta la frente y de la palidez del marfil; los ojos, grandes, azules, coronados de cejas de arco admirable y rodeados de una faja ligeramente nacarada que aumenta la intensidad de su brillo; nariz aristocrática, por el estilo de la de María Antonia, o María Antonieta, como vulgar y malamente se dice, aunque menos afilada; boca graciosa, ni grande ni chica, y dentadura magnífica: en una palabra, una verdadera aristócrata. Al verla se adivina que ha nacido en la opulencia, que ha recibido una educación esmeradísima, que su elegancia es innata; en resumen, que posee cuanto caracteriza a las mujeres familiarizadas desde la infancia con la vida de los

salones parisienses, tan larga y costosa de aprender. Iba enguantada de un modo irreprochable, y por debajo de la cabritilla de sus guantes se le velan palpar sus torneadas manos, pequeñas como sus pies. Ostentaba una cachemira, de fondo negro, como he visto pocas; llevaba una túnica de seda color obscuro, de anchos pliegues, sobre una falda ceñida, que por más que digan es mucho más graciosa que la falda holgada, y cubríale la cabeza un sombrero que no puede haber salido sino de casa la Baudrant, que si bien un poco cara, en cambio es la única capaz de tocar a una mujer de buen tono. Olvidábaseme decirte que la señora de \*\*\* tiene el cuerpo delgado y alto y que realzaba sus contornos un corpiño liso y abrochado al pecho. Te recomiendo un traje por el estilo para cuando estés casada. No pasa de trapillo, es cierto, pero es un trapillo precioso. Ahí lo que noté en la señora de \*\*\*, y no podrás menos de confesar que es bastante digno de nota.

»No obstante, con sólo reparar en la agitación de que era pábulo aquella, se vela claramente que debía haber puesto muy poca atención en su tocado, que se había vestido al tun tun, lo que nunca, empero, es peligroso para una mujer de su fuste, por la sencilla razón de que la costumbre ha hecho de ellas esclavo al buen gusto.

»La señora de \*\*\* me saludó con una ligera inclinación de cabeza, y sólo se ocupó en mi para dejar traslucir en el semblante que mi presencia la contrariaba.

»—¿Qué tiene usted, mi querida Lidia? le preguntó mi madre; parece que está usted conmovida.

»—Lo estoy; quisiera hablar con usted, pero...

»—Camila, déjanos, me dijo mi madre, en el instante en que yo iba a sentarme nuevamente.

»¡Qué contratiempo! Tomé mi labor y me fui a la pieza contigua, pero con el propósito de escuchar la conversación, pues me aguijaba la curiosidad de saber qué podía trastornar de tal suerte a aquella simpática mujer, y al mismo tiempo deseaba conocer alguno de los arcanos del corazón que latía bajo un corpiño de corte tan gracioso.

»Escucha lo que oí poco después, escucha:

»—Dígame usted, mi querida baronesa, ¿ha recibido Camila nueva carta de Marsella? preguntó la señora de \*\*\* a mi madre.

»—No, respondió ésta.

»—Pues hágame usted el favor de advertírmelo tan pronto la reciba.

»—Pero ¿qué pasa?

»—Escuche usted, mi querida amiga; nunca hemos tenido secretos entre nosotras, y no quisiera que hoy sucediese lo contrario.

»Calcula si redoblé la atención, si abrí los oídos.

»—He hecho cuanto humanamente he podido en pro de la felicidad de Julián, prosiguió la señora de \*\*\*. ¡Si supiese usted cuántas lágrimas he vertido interiormente, qué fuerza de voluntad, qué valor me han sido menester para razonar con él fríamente como hice, para escribir las cartas que le he escrito! ¡Creí perecer en la demanda! ¡Ay! a costa de mi sueño y de mi salud lo he comprado. He suplicado a Dios, he redoblado mi solicitud para con mi hijo, he llamado en mi auxilio a la familia, a la religión, al deber, a cuanto puede abroquelarnos contra las tentaciones del recuerdo y los estímulos del corazón; pero la abnegación humana tiene sus límites. El corazón se me ha quebrantado a fuerza de chocar con mi pecho para volar a él; he llegado al cabo de mi energía. Hoy Julián cree que en su pecho ha nacido otro amor, que mi resistencia al suyo obedece a un dolor antiguo, y me veda que le escriba. ¡Ay! ya no me ama, y tal vez me desprecia. ¿Qué hacer, Dios mío? Necesito de un corazón en que derramar esta confianza tan dolorosa y que me ahoga. Sosténgame y aconséjeme usted, amiga mía. Desde que he leído la carta de Eufemia, carta de la cual y haciendo un esfuerzo supremo envié una copia a Julián, temo estar celosa de esa «noble y generosa doncella. ¡Ay de mí! ¡Julián va a amarla! Ahora comprendo que acepté el sacrificio mientras creí que ese matrimonio no sería para Julián sino el reposo de un alma enferma; pero esa mujer me supera, y será la esposa de él, y tendrá en su pro juventud, derecho y porvenir. ¡Y yo que le amo más que nunca! ¡Oh! temí perder la razón. ¡Qué insensatas resoluciones he tomado estos días! Ayer, al pensar que Julián debe amarme todavía y que me lo sacrificaría todo al ver que me restituía a él, me cruzó por la mente la idea de volar a su encuentro, abandonando a mi marido y a mi hijo; pero por fortuna pude refrenarme, y hoy, al salir de mi casa, he pensado en usted y he venido para saber si Camila había recibido carta que hablase de él. ¿Qué hacer? ¿Qué será de mí? ¡Oh! amiga mía, por favor, protéjame usted contra mí misma.

»La pobre señora rompió en sollozos.

»Al parecer, la vida es asunto grave.

»Yo creía estar soñando. ¡Vaya un hombre tu futuro marido! ¡y con qué vehemencia es amado!

»Mi madre se esforzó en calmar a la señora de\*\*\*, diciéndole todo cuanto debía decirle en tales circunstancias; pero esto me pareció nada en comparación a lo que yo tenía deseos de oír. Si la señora de\*\*\* no se hubiese

encontrado en un estado de anonadamiento físico completo, ni siquiera habría prestado oídos a mi madre. Mas la pobre apenas podía sostenerse.

»Pero ¿qué puede haberle escrito el señor Julián?

»Ea, sospecho que éste empieza a amarte de veras.

»Sea lo que fuere, te sacrifica una mujer adorable. ¡Oh! ¡el amor! ¡es terrible! Dios quiera que yo no ame nunca.

»En resumen, mi madre, después de haber prometido a la señora de\*\*\* que le daría a leer la primera carta que yo recibiría, y de ser la primera en aconsejarla que si había lugar volviese a llamar a su lado a Julián, ha concluido por tranquilizarla un poco y por acompañarla a casa de su marido, que, según parece, nada sospecha.

»Y aquí me pasmo, porque ¿meterán acaso los maridos sus ojos en la canastilla de bodas? Por lo que veo, no sería el peor regalo que pudieran hacer a sus esposas.

»Me estoy chanceando, pero te aseguro que el lance ese me ha llenado de pesadumbre.

»No necesito decirte que al recibir tu última carta he hecho como si nada supiese, y, como todas las que de ti recibo, la he dado a mi madre.

»Ignoro qué determinación tomará la señora de\*\*\* después de haberla leído, pues no acierto a adivinar qué sentido puede encerrar para ella. A nosotras sólo nos es dado comprender ciertas cosas, en determinadas situaciones, de las que por fortuna estoy muy distante.

»Estas son, mi querida amiga, las novedades que tenía que comunicarte. Aprovéchate de ellas conforme te dicte el corazón; lo que es yo, tan perpleja estaría en darte un consejo a ti como en dárselo a la señora de\*\*\*.

»Ponme al corriente de todo, pero dirige tu próxima carta a mi doncella, pues como indudablemente me hablarás de la historia que he sorprendido escuchando tras las puertas, no quiero confesárselo a mi madre, y a ello me vería obligada de escribirme tú directamente.

»Tu amiga

»CAMILA».



## XII

### *Camila a Eufemia*

«París, a...

»No hace todavía una hora que he echado al buzón una carta para ti, y me apresuro a dirigirte otra por el mismo correo.

»¡Cuántas novedades durante tan breve período de tiempo!

»Te escribo estos contados renglones al volar de la pluma.

»La señora de\*\*\* acaba de devolver, por mano de un lacayo, la última carta que me dirigiste y mi madre le había enviado. Dicha carta, aquélla la ha acompañado de un billete que sólo contiene estas palabras:

»“Parto. Es un crimen. Ruegue usted a Dios por mí, amiga mía”.

»Mi madre, al recibir el billete, ha volado a casa de la señora de\*\*\*; pero ésta había salido ya, sin manifestar si regresaría.

»Mi madre nada ha dicho.

»El marido de la señora de\*\*\* está ausente por algunos días.

»¡Qué enredos, pobre amiga mía! ¿Qué va a ser de ti en medio de este mar revuelto?

»Escríbeme cuanto ocurra.

»Te besa con toda el alma

»CAMILA».

## XIII

### *Eufemia a Camila*

«Todo ha concluido: mi vida está quebrantada.

»No bien había yo acabado de leer tu carta, cuando el señor Julián ha entrado en el salón, pálido como un cadáver, y con voz trémula me ha manifestado que deseaba hablar conmigo.

»—Todo lo sé; adiós, señor Julián, le he dicho, no menos conmovida que él y dándole a leer tu carta.

»—Es verdad, me ha contestado devolviéndomela después de haberla leído y bajando la cabeza como agobiado. Y tras corto silencio, ha añadido: ¿así, pues, me ordena usted que me vaya?

»—No me cabe derecho alguno para ordenarle ni prohibirle nada.

»—Sin embargo, estamos prometidos mutuamente.

»—No me queda otro derecho que el de devolverle a usted su palabra y se la devuelvo. Cuando usted me la dio no era dueño de sí. La señora de\*\*\* le ama a usted, y le da la prueba de amor más grande que puede darle.

»A mi ver, sólo le queda a usted una manera de corresponder a ella, y es que al instante se ponga en camino. Es más que un deber, se lo ordena a usted su propia dicha. El casamiento de usted conmigo no era más que un pacto de familia, en el que la estimación de sí mismo, su reflexión y su despecho le hacían consentir, y al cual habría permanecido ajeno por mucho tiempo o para siempre su corazón. Lo mejor que podía suceder es lo que está sucediendo. Conservaré de usted el recuerdo, cual de un amigo o de un hermano, y rogaré a Dios por usted y por esa señora, pues me consta lo mucho que ha padecido. Sólo tengo que pedirle un favor, y es que no vea usted a mi madre ni le escriba; yo me encargo de arreglarlo todo. Parta usted; cada minuto que pasa se lo roba usted a un corazón que está aguardando. Parta usted, y Dios le colme de felicidades.

»Yo me sentía desfallecer, pues hacia tres días que realmente empezaba a alentar esperanzas. La ávida atención que las mujeres prestamos al más pequeño incidente, a las más insignificantes palabras del hombre del cual

queremos conquistarnos el afecto, me había revelado algo como un principio de costumbre por parte de Julián, o a lo menos así me parecía.

»Aquel mismo día habíamos salido con mi madre, a dar una vuelta por Montredón, y en aquella soledad, entre aquellas impasibles rocas y en presencia del mar, figuróseme que Julián se arrancaba de su tenaz pensamiento. A lo lejos repicaba una campana. Mi madre nos seguía a algunos pasos de distancia, satisfecha de dejarnos entregados a nosotros mismos. El tiempo estaba admirable, y parecía que en el mundo no había otros seres vivientes que nosotros. Los dos caminábamos silenciosos; pero de vez en cuando sorprendía yo una investigadora mirada de Julián, cual si tratase de estudiarme íntimamente. No parecía sino que buscaba un pretexto para amarme un poco. Por dos o tres veces figuróseme sentir como si su brazo se estremeciera bajo el mío, cual si un pensamiento súbito le hubiese conmovido a su pesar al apoderarse de su mente. Nada nos instigaba a que no nos amásemos; al contrario, todo nos brindaba a las expansiones del corazón. Lo porvenir me parecía azul e infinito, como el transparente horizonte en cuya limpidez se confundían las olas. En esto pasamos por un angosto sendero abierto en la roca, y al reparar yo en una florecilla azul que había brotado solitaria, asombrada, en medio de aquella aridez, dije a mi prometido:

»—No hay piedra, por dura que sea, que no produzca una florecita.

»Julián me miró con cierta ternura y se acercó a la flor para arrancarla y dármela.

»—No, no la coja usted, le dije. ¡Debe de haberle costado tanto brotar en esta peña!

—Es usted buena, repuso Julián estrechándome la mano, y, si no me engañaron los ojos, derramando una lágrima.

»Mañana volveré al mismo paraje para ver si aquella flor está muerta. Si vive todavía, la cogeré, pues habrá durado más que mi esperanza y exhalará ya el aroma del recuerdo.

»En cuanto a Julián, ha partido diciéndome las siguientes palabras:

»—Conserve usted esta carta como mi disculpa, y Dios quiera concederme la dicha que usted para mí desea; pero lo dudo. Usted misma va a juzgarlo.

»En la situación a que habíamos llegado, Julián me debía estas palabras; pudo haber dicho menos, pero también haber sido más explícito.

»¡Ah! ¡cuán profundamente ama a esa mujer, amiga mía!

¿Por qué me la sacrificaría a mí, que sólo me conoce desde hace algunos días? ¿Y cómo resistir a una carta como la que él acababa de recibir y me

entregó, dijo, para justificarse a mis ojos?

»He aquí la copia:

*Lidia a Julián*

«París, a...

»Perdóname, Julián, los sufrimientos que te he causado de un mes a esta parte; pero te amo como no te he amado nunca. Soy tuya para siempre. Me amas demasiado para que no te lo sacrifique todo. Salgo para Lión; hazlo tú de Marsella tan luego recibas la presente. En Lión me encontrarás en la fonda misma donde me escribiste la primera carta después de nuestra separación, donde pasaste horas tan amargas, y de allí nos dirigiremos adonde nos lleve el destino; que con tal vivamos juntos seremos dichosos. Lo porvenir nos pertenece; ¿qué importa lo demás? De vivir separada de ti ocho días más no había remedio para mí, habría perdido la razón. Ven presto a decirme que me amas.

»Tuya para siempre,

»LIDIA».

»¡Ay Camila! ¿qué va a ser de mí? No hago sino llorar, y me parece que en veinticuatro horas mi corazón ha envejecido sesenta años.

»EUFEMIA».

## XIV

*Al señor Marcelo, del comercio, calle de Clery*

«Lión, a...

»Mi querido hermano: ayer llegué a ésta, aunque en hora demasiado avanzada para abocarme con el señor Rousseau; pero esta mañana he desempeñado la comisión. El señor Rousseau va a remitirte ocho o diez piezas de los géneros que acaba de fabricar, magníficos y baratos: En cuanto al gro de Nápoles que deseas, no podrá servírtelo hasta dentro de algunos días, y respecto de las cintas, me parece que te convendrán. Estas no las he encontrado en casa del señor Rousseau, sino en la de los señores Louvard, que tendrán suma satisfacción en entablar relaciones comerciales contigo. El pago es a ciento diez días, o sea tres semanas más. Inmediatamente he hecho embalar y expedir el género y luego he regresado a la fonda, donde he presenciado una escena muy curiosa. Al par que yo, ha llegado a la puerta de la fonda una silla de posta, de la que se ha apeado una mujer vestida de negro y con el rostro completamente velado; dicha mujer no lleva equipaje, y está algo al parecer como sin juicio; sobre todo se recata de todo el mundo. La viajera se ha encaminado apresuradamente al despacho de la fonda y ha pedido un cuarto.

»—¿Cuál?

»—El que usted quiera.

»Yo, que sentía despertar mi curiosidad, he hecho una seña a un criado a quien conozco, el cual ha conducido a la dama a un cuarto contiguo al mío, y luego me ha dicho:

»—Felicidades, caballero; es fruta parisiense.

»La desconocida ha entrado en su cuarto, sin fijarse en él, y ha dado orden de que la dejaran sola, pretextando que nada necesitaba y que aguardaba de un momento a otro la llegada de un individuo de quien no ha dicho sino el nombre de pila.

»Mi cuarto sólo está separado del de la dama por un tabique en cuyo centro hay una puerta condenada, por un resquicio de la cual me era fácil oír y ver cuanto aquélla hacía. Yo tenía interés en verla el rostro, y no he tardado en conseguirlo. La incógnita se ha quitado chal y sombrero, que ha arrojado al vuelo sobre la cama, y con grande agitación se ha puesto a contar billetes de banco, que luego se ha metido en el seno, diciendo: “Por el pronto basta”.

»Por mi vida que estaba hermosa la desconocida: morena, un poco delgada, pero de ojos deliciosos y espléndida cabellera; daba gusto verla.

»En esto ha partido la silla de posta.

»La desconocida iba de la puerta a la ventana, y miraba, y mascullaba palabras para mí incomprensibles, y golpeaba el suelo con sus piecitos. La camarera ha entrado para hacer la cama, a lo que aquélla no se ha opuesto; lo que me ha dado a sospechar que probablemente no era una mujer la persona a la cual estaba aquélla aguardando.

»Como puedes imaginar, el lance ha empezado a interesarme de veras, pues prometía tomar un sesgo divertido.

»En haciendo la cama, la camarera se ha bajado de nuevo y la dama anudado sus paseos por el cuarto.

»La situación se ha prolongado de esta suerte y sin variación por espacio de una hora larga, y en verdad mi acecho empezaba a no distraerme.

»Como es natural, la llegada de aquella mujer debía haber despertado la curiosidad de todos los de la fonda. Así, pues, y aguardando ocasión más propicia, me he bajado para informarme de lo que se decía, con el propósito de estar ojo avizor y subir tras el que con tanta impaciencia era esperado.

»Los empleados de la fonda habían sonsacado al postillón, y por ellos he sabido que la dama procedía de París, que había pagado principescamente a los guías, y que más que de viajera tenía las apariencias de una mujer que se fuga.

»Entonces he pedido que me dejaran ver el pasaporte de la incógnita, el cual está extendido a nombre de Paulina Durand, señora de compañía.

»Sin embargo, lo que es ella, maldito si se parece en nada a una señora de compañía, máxime llevando como lleva en el seno diez mil duros en billetes de banco.

»¿Si será una ladrona esa hermosa desconocida?

»Advierte que, al decir hermosa hablo para aquellos que les gustan las mujeres delgadas; a mí no me placen.

»En una palabra, de reflexión en reflexión, he llegado a suponer que bajo todo este misterio se escondía una historia amorosa.

»No me había equivocado. Cuatro horas hacía, poco más o menos, que iba yo de una parte a otra de la fonda, cuando ha llegado a ésta y a pie un joven, en el que, con sólo mirarle, se adivinaba al fulano de la desconocida. Por cierto que es todo un buen mozo. Parecía estar conmovido, y aun cortado. Tan pronto le he visto parecer, me he esquivado y subido apresuradamente a mi cuarto para ocupar en seguida mi punto de observación. El mencionado joven, al entrar en la fonda ha preguntado si había llegado de París una dama, y al responderle que sí, le han indicado el número del cuarto contiguo al mío; pero en vez de subir con la precipitación de todo amante que va al encuentro de su Dulcinea, se ha detenido en el primer escalón, y después de enjugarse la frente ha emprendido la ascensión como hombre que medita. Yo, inclinado sobre la barandilla, lo veía todo, y no acertaba a explicarme la indecisión del joven; el cual ha llegado a la puerta del cuarto de mi vecina en el preciso instante en que yo acababa de cerrar, con sumo tiento, la del mío.

»El recién venido ha llamado.

»—Adelante, ha dicho una voz, y casi al punto he oído un grito, pero un grito que me ha conmovido, pues encerraba tanta dicha cuanto es posible que se encierre en un sonido.

»¡Caramba! no debe ser desagradable el verse amado por esa mujer. ¡Qué energía! ¡Si hubieses visto con qué fuego le ha echado los brazos al cuello al mocito, y cómo lo ha besucado!...

»—¡Por fin! ha exclamado la dama. ¡Sí, eres tú! Ya ves como he venido. Dime que eres feliz, que me amas, que nunca más volveremos a separarnos. ¡Oh! ¡deja que llore! ¡va a matarme la dicha!

»Y la pobre mujer, trémula, calenturienta, sollozaba y reía a un tiempo, y sentía ahogos, y hacía inútiles esfuerzos para hablar; pero lo positivo es que no quería soltar a su amante, y que náufrago alguno se ha agarrado nunca a una tabla de salvación como ella había asido del mozo.

»El joven parecía no sentir la misma expansión que su amante; si bien es cierto que en la dicha que ésta dejaba traslucir había sobrado para ambos.

»Era el joven mucho más alto que no ella, y en su mirada se notaba algo así como la tristeza y el embarazo.

»De veras te lo digo, me temí que aquella mujer lo advirtiese, y lo temí porque ya no me era indiferente; porque ¿quién puede ver, sin interesarse por ella, a una criatura que ama de tal suerte?

»El joven ha apartado de sí a su amante, y con voz sosegada y mirándola en el blanco de los ojos, le ha preguntado:

»—¿Y el marido de usted?

»—Lo sabrá todo.

»—¿Y si el pesar le mata?

»La desconocida no ha despegado los labios; se ha contentado con mover la cabeza como para impedir que llegase hasta ella el significado de estas palabras.

»—¿Y el hijo de usted? ha proseguido el joven en el mismo tono.

»—¡Ah! ¡no me hables de mi hijo!

»—¿Y si la maldice a usted y la desprecia?

»—Me quedará tu amor. Pero ¿por qué me estás mirando así? No parece sino que en tus ojos brillen la cólera y el odio.

»—No, lo que hay es que, ante una situación como la nuestra, reflexiono. Temo por usted, señora.

»—¡Oh! no te inquietes por mí; soy dichosa.

»—Entonces ya no temo sino por mí, y no la admire mi lenguaje.

»—No te comprendo.

»—¿No vamos a huir?

»—Sí, y sin volver atrás el rostro.

»—¿Cómo voy a vivir careciendo de bienes de fortuna?

»—Todo lo he previsto, amigo mío; para nosotros ha muerto la sociedad y, con ella sus exigencias.

»—Lo cual significa que yo compartiré con usted su fortuna, que usted me mantendrá. ¿Por quién me ha tomado usted? dijo el joven sonrojándose.

»—¡Cómo! ¿esto es cuanto se te ocurre decirme al verme de nuevo?

»—Lo he aprendido en las cartas que usted me ha escrito últimamente.

»—Entonces estaba loca. ¿Acaso nuestro amor no nos hace superiores a las preocupaciones humanas?

»—A usted quizá, pero no a mí, señora.

»—No comprendo, ha proferido aquella mujer, retrocediendo ante el temor de adivinar demasiado claramente.

»—Sin embargo, es muy sencillo, ha argüido el joven. Desde hace un mes diariamente me ha escrito usted en nombre de su marido y de su hijo y en el de la sociedad, y me ha estado hablando de mi porvenir, y me ha aconsejado que me casara. En la primera carta que usted me dirigió, me decía usted que de la mujer a quien amo soy incapaz de aceptar más que su amor; y hoy abandona usted hijo, esposo y sociedad; anula mi porvenir, me separa de mi prometida y me ofrece dinero. Soy yo quien estoy en el caso de no comprender, señora.



»—Ya sabes que cuanto te he dicho en mis cartas lo he escrito contra mi voluntad, sosteniendo en mi corazón una lucha tremenda. Cada vez me costaba una noche de lágrimas. Mira cuán cambiada estoy. Desde tu partida no he dormido espacio de dos horas. Te cabe el derecho de decirme lo que me estás diciendo, pues le tienes para castigarme por el mal que te he causado con la intención de obrar bien. Pero yo también poseo tus cartas, las cartas en que me llamas, y heme aquí. No creas sino en lo que hoy te digo. Nuestra situación nos coloca momentáneamente fuera de las condiciones ordinarias. Nos iremos a Suiza, a Italia. En todas partes hallarás trabajo para tu talento; no dependerás de mí. ¡Qué locura! No, tú te chanceas, te estás bromeando un poco conmigo. ¿Te encontrarías por ventura aquí si pensases cuanto acabas de decirme? Si te encuentras aquí es porque estás resuelto a partir conmigo, porque me amas. ¿Acaso no es imperecedero un amor como el nuestro? ¿Por ventura era posible nuestra separación? ¿No me estabas aguardando día tras día?

»—No, no la aguardaba a usted, se lo digo con franqueza.

»—¡Así, pues, has dejado de amarme!

»Ya comprendes cuán difícil me sería explicarte el acento con que la desconocida ha pronunciado esta frase.

»Yo aguardaba ansioso la respuesta.

»—No digo esto, ha proferido el joven, sino que estoy aquí porque mi deber me ordenaba que viniese.

»—¡Su deber! ¿Qué palabra es esa?

»—Sí; desde el momento en que usted lo sacrifica todo por mí, mi deber de hombre honrado es sacrificarlo todo por usted: porvenir, talento, y aun mi honra. ¿Qué debo hacer? Estoy pronto a obedecerla.

»—¡Oh! ¡ya no me ama usted, ama usted a esa mujer! ha exclamado la desconocida.

»—No sé sino que había consagrado a usted mi existencia, señora; que le rogué con toda el alma que no me dejase partir, y que usted me ordenó que me alejara; que en esta fonda y en este mismo cuarto en que nos encontramos, pues en la vida ocurren singulares coincidencias, le escribí a usted implorando que me llamase otra vez a su lado, y que usted me contestó impasible que prosiguiese mi camino; y por último sé que su fría lógica cayó gota a gota en mi corazón, y que llegué a Marsella afligido, desesperado, moribundo. No la he obedecido a usted sino en último extremo, y he visto a esa mujer, como la llama usted, a esa pobre niña, como yo la apellidaré, a la cual usted en nombre de la honra y del amor condenaba a este cuasi cadáver a quien le

enviaba. En aquellos días me elogiaba usted a esa niña, me ensalzaba usted la felicidad de mi boda; pero, como usted misma acaba de decir, yo no daba crédito a sus palabras. Dios ha dispuesto que esa niña tuviese un carácter excepcional, que supiese toda la verdad y que aceptase ingenuamente el único derecho al cual podía pretender, el de consolarme. ¿No era esto para mí una dicha en mi infortunio? Usted me había ordenado que olvidase, y he hecho cuanto humanamente me ha sido posible para conseguirlo; mas le confieso a usted que no he podido presenciar sin conmoverme la tierna y desinteresada solicitud de la señorita Eufemia para mitigar un dolor del que tenía razón de estar celosa y al cual consentía unirse. Hoy le place a usted pensar de distinta manera. Ya porque usted sólo haya querido probarme, o bien porque de repente se le hayan despertado los celos, me ha escrito que viniese, y he venido. A la exaltación de su espíritu, a la sutileza de su exigente pasión le gusta jugar con la posición y la vida de aquellos a quienes usted ama o que nunca la han causado mal alguno; enhorabuena, es un capricho como cualquiera otro, y a él me someto; partamos.

»—Está bien, ha replicado la dama, veo que ha dejado usted de amarme. Por otra parte, si me hubiese usted amado no habría partido por más que yo pudiese haberle dicho.

»—¡Señora!...

»—Ni una palabra más, caballero, o incurriría en mi desprecio. Está usted libre.

»La dama, que era digna de ser admirada en su emoción, se ha puesto nuevamente su chal y su sombrero, y echándose el velo sobre el rostro, ha pasado con altivez por delante del joven.

»El cual ha permanecido breves instantes en el cuarto, mudo, anonadado: luego ha erguido la cabeza, se ha pasado la mano por la frente, y llamando a un criado, le ha preguntado cuándo salía el vapor para Marsella.

»—Dentro de una hora, ha respondido el criado.

»—Está bien, ha dicho el joven, saliendo de la fonda.

»Esta es la historia que te había prometido. Si tu mujer se hubiese encontrado aquí, tan amante como es de las novelas, se habría divertido.

»Di a mi sastre que me tenga listos los trajes para el 15.

»Salgo para Grenoble, donde permaneceré dos días, y luego emprenderé el camino de regreso.

»Tuyo,

»ALFONSO».

## XV

«Marsella, a...

»La señora viuda de Ramel tiene la honra de participar a usted la próxima boda de la señorita Eufemia Ramel, su hija, con D. Julián Mevil, y le ruega se sirva asistir al solemne acto de la bendición nupcial, que se celebrará en la iglesia de..., a las doce de la mañana del 21 de diciembre próximo».

\*

\* \*

Dos jóvenes bajan del brazo por la escalinata del salón de la Exposición del Louvre.

«—¿Qué te ha parecido? pregunta a su compañero el de más edad, que frisa con los veintiocho.

»—Magnífico: nunca has pintado obra más acabada.

»—Vente a mi casa, quiero mostrarte un esbozo que te gustará de veras.

»—¿Conque trabajas mucho?

»—No tengo otra cosa que hacer.

»—¿Y tu esposa?

»—Está en el campo en casa de su madre.

»—¿Con los niños?

»—Sí.

»—¿Seguís amándoos?

»—Como dos tórtolas.

»—¿Luego eres dichoso?

»—¿Y tú me lo preguntas? Ven a pasar algunos días en el campo con nosotros. Supongo que todavía no vas a salir nuevamente de viaje.

»—No, por ahora he viajado bastante. Y a propósito de viajes, adivina a quién vi en Florencia.

»—¿A quién?

»—A la señora de\*\*\*.

»—¡Bah! ¿Y qué hacía allí esa señora?

»—Reside en dicha ciudad.

»—¿De veras?

»—Sí; hablamos mucho de ti. ¡Cuán cambiada está! no la conocerías; parece que tiene cuarenta años. Se está muriendo de languidez. Su médico me dijo que no había mujer para un año.

»—¡Desdichada!

»—Dime en confianza, ¿no fuiste su amante?

»—Dos años; pero entonces estaba hechicera. Es una historia curiosa; ya te la contaré un día. ¿Y vive sola en Florencia?

»—No, con su hijo y su marido.

»—¿Con su marido? ¡Oh! las mujeres. Saben salir de las situaciones peores; son como los gatos, siempre caen de pies, siempre».

Estas fueron las únicas palabras que pude oír de boca de los dos amigos, que se alejaron departiendo.

# **TREINTA PALOMAS**

# I

## *Variaciones sobre una paradoja*

Lector paciente: si eres hijo, tu padre te ha dicho: «Trabaja, el hombre conocedor lo alcanza todo». Si eres padre, has dicho a tu hijo: «Aplicáte, una buena instrucción equivale a una fortuna».

Corriente.

A las ocho de la mañana del 15 de septiembre de 1837, un cartero entró en cierta casa de la calle de Meslay, silenciosa entre las más silenciosas de París, no obstante cruzar uno de los barrios más bulliciosos del mundo, y después de dejar una carta sobre la mesa de la portería, tendió la mano para cobrar el porte, diciendo:

—El señor Lebrún me debe quince céntimos.

—Tómelos usted, repuso la portera, poniendo en la mano del cartero los céntimos susodichos y colocando la carta en el casillero correspondiente al inquilino a quien iba dirigida.

¿Has meditado alguna vez, lector benévolo, sobre el contenido probable de una carta que te estaba vedado abrirla, sobre esa esfinge de papel doblada en cuarto que lleva de uno a otro confín del mundo la alegría, la tristeza o la esperanza de alguno, mientras permanece muda entre las manos por las cuales pasa antes de llegar a su destino? ¿Has apreciado en su justo valor la utilidad de la carta? Paréceme que te estoy oyendo. La carta, has dicho para tu capote, es la aproximación momentánea de las distancias, es un apretón de manos dado por encima de las montañas, la invisible cadena que une entre sí a los hombres. Como Juno, la carta tiene dos faces: es hablanchina y muda, lo encierra todo y no dice nada; rebosa de interés, de afecto o de gracia para aquel o aquella a quien va dirigida, y es absurda para casi todos los que la leen por casualidad. Tomemos una veintena de cartas al tun tun, y leámoslas: ésta será comercial, aquélla una provocación, esotra una invitación a comer; y no obstante, todas, antes de que las abrieran, ofrecían el mismísimo aspecto, estaban dobladas de igual manera, ostentaban la misma marca, es decir, la

misma apariencia. ¿No es esto la imagen de la vida? ¡Qué cúmulo de emociones no se esconde bajo esa envoltura a que apellidamos hombre y que es siempre el mismo! ¡bajo ese distintivo a que damos el nombre de corazón y que nunca varia! Demás, llega ocasión en que la carta que más nos ha impresionado al recibirla, la arrojamos al fuego; los caracteres en ella trazados se retuercen y hacen unas cuantas muecas al mortífero beso de las llamas, y se acabó: no quedan ni las cenizas de ese fue quemado. Idéntico pasa con nuestro corazón. A lo mejor y al abrirlo por pura curiosidad, hemos hallado en él un nombre y nos hemos sentido dichosos; luego ese nombre ha desaparecido y nos hemos vuelto indiferentes. Sin embargo, para destruir el nombre ese no ha sido necesario que arrojáramos, como una carta, nuestro corazón al fuego: el nombre se ha borrado por sí, y la página escrita ha quedado otra vez en blanco, si bien es fácil que se reduzca a polvo si se nos antoja escribir nuevamente en ella.

Como te iba diciendo, lector carísimo, y le apellido carísimo no por lo que me cuestas, sino por lo que te quiero; como te iba diciendo, repito, el 15 de septiembre de 1837 el cartero entregó una carta para el señor Lebrún, a la portera de la casa en que aquél vivía.

¿Quién era Lebrún y qué rezaba la mencionada carta? Ahí el problema. El señor Lebrún era un gordinflón que frisaba con los cuarenta y cinco, un quídam que había acumulado una fortunita en el comercio de telas, tenido esposa y era padre de una hija. Mira ya cuantas razones para que el tal recibiera una carta.

Lebrún era feo, pazguato, rechoncho y egoísta, y su hija, hermosa, aguda, graciosa y amable. Así es que, a pesar de todos los defectos del padre, la hija llevaba a éste con un cabello, como suele decirse.

Cuando la criada de Lebrún bajó para la compra de la mañana, la portera le dio la carta que acababa de recibir, y aquélla, de regreso, la entregó a su amo; el cual, sentado a su bufete y envuelto en una bata rameada al estilo de cachemira, estaba a su vez escribiendo algunas. Y es que Lebrún había ejercido por espacio de largos años el comercio, como hace poco hemos dicho, y contraído la costumbre de despachar personalmente su correspondencia y escribir desde las ocho de la mañana a sus corresponsales de provincias y del extranjero.

Cuatro años hacía que Lebrún se retirara de todo negocio; sin embargo, convencido, como estaba, de que todavía continuaba en el comercio, no hubiera pasado una mañana sin escribir a lo menos cuatro o cinco cartas.

¿Qué decía Lebrún en su correspondencia? nadie habría sido capaz de adivinarlo, ni él mismo; pero escribía, y escribía con gesto atareado, que era cuanto se requería. Y aun a este propósito, nuestro ex comerciante había inventado una frasecilla de que se mostraba envanecido y la repetía con frecuencia acompañándola de su sonrisa de rentista.

—Ya sé yo cuándo me moriré, decía.

—¿Y cuándo se morirá usted? le preguntaban.

—La víspera del día en que dejaré de escribir.

Lebrún estaba, pues, sentado a su bufete, y para ver más distintamente lo que escribiendo estaba, se había subido sus antiparras hasta la mitad de la frente; porque, como ya lo habrás notado, lector amigo, cuando un hombre que usa antiparras quiere ver claro, hace lo que aquél, o baja los espejuelos hasta la punta de la nariz, a fin de mirar por arriba o por abajo.

He hecho tantas veces esta observación, que he llegado a convencerme de que sólo aquellos que, perseguidos por la justicia, quieren desfigurar su filiación, son los que continúan usando anteojos y estropeándose la vista obligándola a mirar al través de unos cristales.

Por la más inexplicable de las casualidades, Julia estaba junto a su padre cuando la criada trajo la carta que la portera le entregara.

No necesito manifestar que Julia era el nombre de pila de la hija de Lebrún; pero si explicar por qué he dicho que aquélla se encontraba junto a su padre por la más inexplicable de las casualidades; y el por qué estriba en que la joven no acostumbraba a levantarse antes de las diez y media para almorzar a las once.

Ahora bien, un ligero rubor que coloreó las mejillas de Julia cuando ésta vio el sobre de la carta que su padre acababa de recibir, quizás hubiera indicado a un observador, si se hubiese encontrado uno presente al acto, que aquella carta matinal no era extraña a la casualidad de estar la hija de Lebrún levantada a las ocho de la mañana.

He dicho que Julia era hermosa, y voy a demostrarlo con sólo manifestar que era de estatura mediana y que tenía negros los cabellos, azules los ojos, rosada la tez, blancos los dientes, rotundos los hombros, breve el talle, esculturales los brazos, prolongadas las manos, torneadas las piernas y pies de niña.

¡Oh benéficos misterios de la naturaleza o de la civilización, que dais hijas hermosas a padres feos! yo os bendigo sin discusión y os acepto a ojos cerrados.



—¡Toma! profirió Lebrún, inspeccionando el sobre de la susodicha carta; no conozco esta letra.

Y el ex comerciante en telas se repantigó en su silla de brazos, forrada de tafilete, se royó la yema del índice de la diestra mano, y continuó inspeccionando el sobre.

—Ábrala usted y verá de quién es, dijo Julia apoyando el brazo en el respaldo del sillón e inclinándose hasta su padre conmovida.

—Dices bien, repuso Lebrún despegando la oblea.

Y uso aquí del verbo despegar, porque el ex comerciante pertenecía a la cofradía de los que, convencidos de que todas las palabras de una carta incluyen importancia suma, no rompen, sino que despegan con toda precaución la oblea para no arrancar, por exceso de precipitación, una palabra de la misiva, palabra que por su ausencia podría hacer perder a la carta, o cuando menos a la frase a la cual hubiera sido arrebatada, parte de su sentido, si no todo.

—¡Ah! es de León, profirió Lebrún yéndose inmediatamente a la firma.

—¿De veras? repuso Julia.

—¿Qué me querrá ese mocito almibarado? Veamos.

Y Lebrún leyó con voz campanuda:

«Muy señor mío: es obvio que la presente y el paso que doy en ella van a llenarle a usted de sorpresa».

—Vaya un hermoso carácter de letra tiene ese Leoncito, dijo Lebrún interrumpiendo la lectura; ¡qué mano la suya para tenedor de libros! Desgraciadamente para él, no lo es. Prosigamos.

«... Llenarle a usted de sorpresa», repitió Lebrún recalcando las palabras; «pero no puedo resistir más a los deseos de mi corazón, y si he de morir, prefiero que me mate su negativa a que acabe conmigo la duda».

—¿Qué significa todo eso? dijo el ex comerciante.

—Continúe usted, padre, repuso Julia.

Lebrún prosiguió la lectura.

«Amo a la hija de usted, señor, y de ella creo ser correspondido».

Al leer esta frase, el antiguo tratante en telas dio un brinco en su sillón y dijo:

—¡Te ama y tú le correspondes! ¿Realmente es esto lo que reza este escrito?

—Si, padre.

—¿Luego lo confiesas?

—¿No le amaba a usted mi madre? pues yo bien puedo amar a León, caramba.

—Es verdad; pero yo estaba dedicado al comercio.

—¡Y qué! replicó Julia con la mayor impasibilidad; si mi madre le amaba a usted porque estaba usted dedicado al comercio, yo amo a León por la razón contraria.

—Pero ¿qué pretende el caballerito ese?

—Mi mano.

—Grande es el atrevimiento. Pero ¿cómo sabes tú que León pretende tu mano?

—Porque ayer me dijo que a este fin le escribiría a usted.

—¿Conque se hablaban ustedes a hurtadillas?

— Sí, señor.

—¿A menudo?

—Muy a menudo.

—¡Oh!

—Y me decía que me amaría eternamente.

—¿Y qué le respondías tú?

—Que también le amaría hasta la muerte.

—¿Y cuándo sostenían ustedes semejantes coloquios?

—Cuando yo le servía a usted el té, padre.

—¿Conque eso sucedía en mi presencia?

—Siempre.

—¿Y yo nada veía?

—¿Y cómo podía usted ver si no se quitaba nunca los anteojos?

—Está bien, profirió Lebrún, levantándose y doblando la carta sin acabar de leerla: va usted a entrar nuevamente en el colegio.

—¿Qué haría yo en él? arguyó Julia con acento demostrativo de que para nada temía las amenazas de su padre y de que estaba segura de reducirlo a su capricho.

—Aguardar a que yo le hallase esposo.

—¿A gusto de usted?

—A mi gusto.

—No me casaría con él, y Cristo con todos.

—¿Que no?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no sería León, ¿lo quiere usted más claro?

—¿Conque es León el que ha menester usted?

—Si, señor.

—¿No quiere usted otro?

—No, señor.

—¿Y usted cree que yo consentiré en esa boda?

—Si, señor.

—¿Sí? pues voy a escribir a León que nunca jamás vuelva a poner los pies en esta casa.

—No por eso dejaré de verle.

—¿Dónde, si le place?

—Por mi ventana, y le escribiré, y nos entenderemos.

—¿Le escribirás? ¿Y qué le escribirás tú?

—Que le amo, que es usted un tirano, y que en llegando a mi mayoría casaré con él pese a usted y a todo.

—¡Carape! ¿y dónde has aprendido tú tan deliciosas máximas?

—Las he leído.

—¿En qué libro?

—En el Código.

—¡En el Código! ¡Quién dijera que ese tabernáculo de los derechos del hombre y de las leyes de la sociedad moderna encerrase semejantes ignominias!

—Sí, señor, lea usted el artículo 227, capítulo referente a los Derechos de los jóvenes de mayor edad, y se convencerá usted de ello.

—¿Sabes qué dote tendrás al casarte?

—Doce mil duros.

—No te daré ni un céntimo.

— ¡Ca! tendrá usted que darme los doce mil duros; no puede usted quitarme los bienes de mi madre. Y atienda que cuando llegue yo a mi mayoría será menester que usted me rinda cuentas. ¡Pues no está poco terminante el artículo 86, capítulo de las Tutelas!

—¿Y quién te ha dicho a ti que todas esas barbaridades estaban en el Código?

—León, que ya sabe usted que no ignora nada.

—Y que nada tiene.

—Esto es lo de menos; ya prosperará con el tiempo.

—¿Quién? ¿él? ¡nunca!

—Usted mismo se lo dijo.

—¡Yo!

—Usted, sí; mil veces le he oído a usted ensalzar ante él su vasta instrucción y decirle que con esto tenía asegurado lo porvenir. Ea, tome usted asiento otra vez y hablemos.

Lebrún se sentó, y Julia también, pero sobre las rodillas del irritado comerciante.

—¿Verdad que me quiere usted mucho? repuso la joven componiendo la corbata a su padre.

—Si te quiero, y solamente...

—Porque me quiere usted mucho se opone a que yo case con León, ¿no es eso? Pues yo le digo a usted que es de todo punto preciso que se efectúe esa boda.

—No; León no tiene sobre qué caerse muerto. No puedes ser dichosa con una renta de tres mil pesetas, y eso admitiendo que colocas los doce mil duros al cinco por ciento, lo cual es sumamente difícil en los tiempos que corremos. Los veinticuatro mil duros que constituyen mi fortuna no los disfrutarás hasta mi muerte, y a Dios gracias reviento de salud. De consiguiente has menester un marido que traiga a lo menos lo que tú lleves, otros doce mil duros.

—León los ganará, padre.

—Primeramente que los gane, después veremos.

—Si hubiese usted continuado leyendo la carta de León, no se habría incomodado usted y nos habiéramos entendido desde luego.

—¿Así, pues, tú sabes lo que reza el final de la carta?

—¿No lo he de saber si tengo una copia de ella en el bolsillo?

—¡Oh! ¡las niñas! ¡vaya unos diablillos!

Lebrún anudó la lectura de la carta, y vio que decía:

«Mi única ambición, el único norte de mi existencia, es ser esposo de la señorita Julia; pero anhelo hacerla dichosa, y no puedo serlo sino con la condición de que nada le falte, de que pueda satisfacer todas sus necesidades y aun sus caprichos. Usted ya sabe cuán instruido soy, y qué recursos ofrecen la instrucción y las artes a quien las ha cultivado. Concédame usted el plazo de un año. Durante él y sostenido por la esperanza del resultado, me pondré a trabajar, y cumplido el término iré a pedirle a usted la mano de la señorita Julia, pues en el transcurso del plazo que solicito y aun cuando debiese alimentarme de sólo pan y agua, habré reunido diez mil duros a lo menos, lo que no dejará de ser un buen comienzo. *Omnia labor vincit improbus*».

—¿Qué significan estas últimas palabras?

—Que el trabajo constante todo lo vence, respondió Julia.

—¡Hola! ¡hola! ¿conque tú sabes latín?

—Si, señor.

—¿Tú sabes latín?

—Si, señor; León me lo ha enseñado para poder hablar conmigo una lengua que usted no comprendía. Pero acabe usted de leer la carta.

«Si dentro de un año, prosiguió Lebrún, que no volvía de su asombro ante la noticia de que su hija sabia latín; si dentro de un año no he logrado ver cumplidos mis propósitos, entonces podrá usted disponer de la mano de la señorita Julia y no me quedará sino renunciar a la vida».

—Y bien, ¿qué le parece a usted? preguntó la joven a su padre.

—Que está bastante razonable.

—Gracias a Dios. ¿Conque usted consiente?

— Es menester, pues tú lo quieres.

—¿Dentro de un año va usted a conceder mi mano a León?

—Si ha ganado y trae los diez mil duros.

—Los ganará. Así ya puedo anunciarle esta buena nueva y decirle que suba a darle las gracias.

—¡Cómo!

—Está en la calle aguardando la contestación de usted. ¡No va a ponerse poco alegre!

—¿Le has visto en ella?

—Lo sé. Ayer me dijo que a las nueve en punto se encontraría al pie de mi ventana, y son las nueve.

Julia se acercó a la ventana, abrióla, y con la mano hizo una seña que en todas partes del mundo quiere decir: Sube.

León, que al ver la señal había dado un brinco de gozo, entró disparado en la casa de su amada.

## II

—Dé usted las gracias a mi padre, dijo la joven empujando a León hacia Lebrún; acepta sus proposiciones.

—¡Qué gratitud la mía, caballero! profirió León asiendo las manos de su presunto suegro.

—¿Ama usted mucho a mi hija?

—Con toda mi alma.

—¿Y usted tiene fe en conseguir lo que se propone?

—Estoy seguro de ello.

—¿Qué posee usted ya?

—Nada.

—Sin embargo, ocupa usted un destino; usted mismo me lo ha dicho repetidas veces.

—Sí, señor; en el Ministerio de Hacienda.

—¿Cuánto gana usted al mes?

—Ciento trece pesetas, setenta y cinco céntimos.

—No basta.

—Por eso voy a presentar la dimisión de mi empleo.

—Mire usted lo que hace; tal vez con toda su instrucción no consiga usted ganar otro tanto.

—Desengáñese usted, caballero; por fortuna vivimos en un siglo en que el trabajo halla recompensa.

—Con todo, hasta hoy no ha hallado usted más que ciento trece pesetas, setenta y cinco céntimos al mes, lo cual es una bicoca.

—Hasta hoy no había amado, caballero, y esta insignificante cantidad bastaba a mis gustos por demás sencillos.

—¿Conque usted sabe mucho? preguntó Lebrún con la admiración del hombre que no ha conocido en su vida, de la lengua materna, más que lo

indispensable para vender tela, y de aritmética lo puramente necesario para ganar un veinticinco o un treinta por ciento.

—Sí, señor, respondió el joven.

—¿Habla usted inglés?

—Llanamente.

—¿Alemán?

—Como mi idioma patrio.

—¿Italiano?

—Al dedillo.

—¿Español?

—A las mil maravillas.

—¿Latín, griego?

—Al pelo. También hablo árabe.

—¡Árabe! padre mío, exclamó Julia, ¡es sorprendente! No estaría usted poco satisfecho si hablase usted árabe.

—¡Cómo! repuso Lebrún, ¿usted lee esas letras largas, delgadas y retorcidas que parecen lombrices?

—De repente.

—¿También dibuja usted?

—También. Podría sacar una buena copia de un gran maestro. Asimismo entiendo algo de arquitectura, conozco profundamente la química, domino la historia natural, no menos que la universal, y he estudiado derecho. ¿Y usted cree que de todo eso no podré sacar diez mil duros en un año?

—Es mucho dinero, arguyó Lebrún; pero no me desdigo y cumpliré mi promesa. Vuelva usted el 15 de septiembre de 1838. No obstante le daría desde luego a mi hija como tuviese usted el dinero que sus padres se han gastado para hacerle aprender cuanto sabe, por más que fuese usted un ignorante.

—¿Me esperará usted con resignación por espacio de un año, Julia? preguntó León a la joven.

—Se lo juro a usted, respondió ésta.

—Pues hasta el 15 de septiembre del año que viene, señor Lebrún, repuso León después de haber estrechado la mano a Julia.

—Caballero, tengo la honra de saludarle, profirió el ex comerciante, a los labios del cual y desde hacia veinte años acudía esta frase cada vez que se despedía de algún parroquiano, acompañada de una entonación presuntuosa y de una sonrisa lo más insulsa.

### III

Diez meses y medio después de la escena que acabo de referir, un joven pálido y de crecidas barbas, de mejillas sumidas y con el traje casi hecho jirones, estaba sentado en un cuarto bajo de un sombrío y malsano fonducho de Londres, con la cabeza calda sobre el pecho, mientras con la zurda empuñaba una pistola, de la que hacía funcionar el gatillo con la diestra. Aquel hombre, descolorido, amojamado y haraposo, que hacía cuarenta y ocho horas no había comido, era León, que se disponía a destrozarse los sesos.

Sobre la mesa se veía una carta dirigida Julia, carta que sólo contenía estas palabras:

«Todo lo he probado para ganar el dinero que exigía el padre de usted; pero estoy más pobre ahora que cuando la vi a usted la vez postrera. Hace dos días que no como, y cuando la presente llegue a sus manos, habré dejado de existir pensando en usted. La bala de una pistola hará lo que el hambre habría hecho, de haber yo tenido valor de esperar más tiempo.

»Dios le depare a usted toda suerte de felicidades, Julia; tal será mi último voto antes de exhalar mi postrer suspiro.

»A 18 de junio de 1838.

»LEÓN».

El cual leyó por última vez la transcrita carta, y la cerró, diciendo para sus adentros:

—Ea, demos por trascurridas las seis semanas que todavía me separan del 15 de septiembre.

Y amartillando la pistola se la apuntó a la sien; porque él, que todo lo sabía, sabía que es en la sien y no en la boca donde hay que dispararse un



pistoletazo cuando uno está decidido a morir de veras e instantáneamente.

Pero en el momento en que nuestro héroe iba a tirar del gatillo, se abrió inopinadamente la puerta del cuarto para dar paso a un hombracho de cara granujienta, chaqueta de paño y mandil recogido por uno de sus extremos. Aquel mastodonte humano era el dueño del fonducho donde León vivía, si a la existencia que éste llevaba puede llamársele vida.

El primer movimiento del joven, ese movimiento de que nunca somos dueños, fue, no tirar del gatillo, sino desviar la mano de la posición en que la tenía y ocultar la pistola tras sí; pero el tabernero, que había visto la acción, se acercó a su huésped y le preguntó, mientras le asía el brazo:

—¿Qué está usted haciendo ahí? ¿Acaso quería usted perforarse el cráneo?

León respondió que sí con la cabeza.

—¿Y los cuarenta chelines que me está usted debiendo?

—No los tengo.

—¡Conque no solamente no me paga usted, repuso el inglés, sino que se suicida en mi casa, es decir, desacredita mi establecimiento y me levanta estorbos con un cadáver! Deme usted esa pistola.

—¿Para qué?

—¡Vaya una pregunta! Para impedirle que se suicide antes de que me haya satisfecho lo que me debe. Después mátese usted si quiere, pero fuera de mi casa.

—¡Qué! ¡ni libertad de morirme me queda! profirió León, a quien la miseria, la desesperación, el hambre y la emoción que precede al suicidio habían abismado en el más completo abatimiento; y sin saber apenas lo que hacía, tendió la pistola al fondista, añadiendo: al fin y a la postre le debo a usted dinero, le pertenezco; disponga de mi como más bien le cuadre, y si le parece, hágame llevar a la cárcel.

—¿Tan desgraciado es usted?

—¡Mucho!

—¿Luego no sabe usted hacer nada?

—Lo sé todo.

—¿Todo?

—Todo, desde el árabe y el griego hasta la manera de fabricar jabón barato. Y, sin embargo, me muero de hambre.

—Y está claro; nada de esto da para vivir, y no es usted el primero que por experiencia propia puede decirlo.

—He intentado dar lecciones, y me han ofrecido cien pesetas al mes. ¡Cien pesetas para pasar los días matándome en instruir a una caterva de asnos de diez a doce años, a cuál más ignorante, enfadoso y feo!

—¿Y luego?

—Luego traduje unos cantos árabes, cantos magníficos, completamente inéditos en Europa y capaces de transformar toda la literatura del Norte.

—¿Y qué le aproveché?

—¿Qué? que para imprimir mi traducción el editor me pidió dos mil pesetas.

—Debía usted probar otra cosa.

—Lo hice. Solicité del gobierno francés que me confiara la copia de algún cuadro.

—¿Y se lo concedieron a usted inmediatamente? Es fama que en Francia los gobiernos no se ocupan más que en el fomento de las artes.

—Me ofrecieron ochocientas pesetas por la copia de un Velázquez que exigía un año de trabajo.

—Pues es divertido. Prosiga usted, profirió el fondista poniéndose en jarras y tomando, al parecer, grandísimo interés en lo que le decía el joven.

—¿Esto le divierte a usted? repuso el desventurado.

—Muchísimo, respondió el inglés sentándose, pues acababa de reflexionar que sentado estarla más cómodamente que no derecho.

—Me dirigí al director de un periódico, prosiguió León, con objeto de que me encargase la traducción de noticias extranjeras y la redacción de artículos científicos, y al cabo de un mes me había ganado ochenta pesetas y la orden de no escribir más artículos científicos por haberlos hallado enfadosos los suscriptores.

—Y realmente es así; no hay nada más insoportable que los artículos científicos, dijo el fondista riendo cavernosamente.

—Entonces reuní mis últimos recursos y me vine a Inglaterra.

—Obró usted cuerdamente.

—Hablando, como hablo, con toda pureza el inglés, me animaba la confianza de que encontrarla algunos jóvenes *gentlemen* a quienes dar lecciones de francés; pero cometí la imprudencia de pronunciar la palabra *camisa* en presencia de una *lady*, madre de uno de sus paisanos de usted, y el mismo día me dieron dimisorias.

—¿Y después?

—No he hecho nada más. Me vine a vivir en esta casa y le debo a usted cuarenta chelines.

—Debía usted haberse contentado con el primer destino, el de los veinte duros mensuales.

—¿Contentarme? antes morir mil veces.

—¡Canario! yo bien me contento con lo que poseo, replicó con orgullo el fondista, y hace veinte años que ando entre marmitas y cacerolas.

—De no haber tenido amor, tal vez me habría dado por satisfecho con los veinte duros mensuales.

—¡Ah! ¿conque usted está enamorado?

—Sí, señor; y para alcanzar la mano de la mujer en quien adoro, era menester que yo ganase diez mil duros en un año.

—¡Diez mil duros en un año, cuando yo no he conseguido reunir más que la mitad en veinte años! Tenía usted trastornado el juicio.

—Dentro de seis semanas expira el plazo. Ahí porqué tanto me da morir hoy como aguardar la fecha del vencimiento.

—Se me ocurre una idea, repuso el fondista repentinamente, después de haber meditado por unos instantes.

—¿A usted?

—A mí. ¿Dice usted que necesita diez mil duros?

—Sí, señor.

—Si le proporciono a usted doce mil ¿me dará usted dos mil a mí? Responda.

León miró al inglés como quien mira a un loco.

—Hablo formalmente, dijo el fondista.

—¿Usted puede proporcionarme doce mil duros?

—Dentro de treinta días.

León se levantó y abrazó al inglés, el cual, rechazando con la mano tal familiaridad, continuó preguntando:

—¿Tiene usted buen estómago?

—Excelente; pero ¿qué tiene que ver mi estómago...?

—¿Ha hecho usted excesos?

—Nunca.

—Pues casará usted con la mujer a quien ama.

—¿Cómo?

—No necesita usted sino tener alientos.

—¿Qué quiere usted decir?

—Vístase usted inmediatamente.

—No poseo más traje que el que llevo puesto.

—Le prestaré a usted uno; además voy a hacer que suba un barbero para que le rape a usted esas barbas. Vamos a ir a casa de un gran señor, de un lord, de un par de Inglaterra.

—¿Que me dará doce mil duros?

—Se los hará ganar a usted si tiene usted buen estómago.

—No comprendo pizca.

—Ni lo necesita. ¿Tiene usted buen estómago?

—Ya le he dicho a usted que si le tengo.

—¿Le gusta a usted la paloma?

—¿Y qué tiene que ver la paloma con todo eso?

—Respóndame usted. ¿Le gusta a usted la paloma?

—Me pirro por ella.

—Está usted salvado y yo me gano dos mil duros. Aguárdeme usted, vuelvo en un periquete.

Veinte minutos después de la conversación que dejo transcrita, León, afeitado, metido en un traje cuatro veces más ancho de lo que convenía a su cuerpo, pero más limpio que el que llevaba desde hacía un mes, salía del fonducho, acompañado del fondista, sin haber todavía conseguido de éste que le dijese adónde le conducía y qué relación podían tener las palomas con el amor y los diez mil duros de que él tan necesitado estaba.

## IV

Maese Pedro condujo a León a uno de los más suntuosos palacios de Piccadilly.

—¿Lord Lenisdale está visible? preguntó el fondista, permaneciendo respetuosamente, con el sombrero en la mano, ante el galoneado lacayo a quien se había dirigido y haciendo a León seña de que le imitase.

—No, respondió el lacayo, milord no recibe.

—Hágame usted el favor de decir a Su Excelencia, repuso Pedro, que está aquí un individuo que desea hablarle de las palomas.

—¡Ah! si les trae eso, pueden ustedes entrar, profirió el lacayo.

Pedro miró a León con gesto de triunfo, y dijo:

—Todo marcha a pedir de boca.

León creía estar soñando.

El lacayo introdujo a los dos visitantes en un salón deslumbrante de oro y de sederías, y con deferencia que no había mostrado hasta entonces, les dijo:

—Voy a dar aviso a Su Excelencia.

Diez minutos después, entró en el salón lord Lenisdale; el cual frisaba con los sesenta, era alto, seco de carnes, de cabello cano, modales aristocráticos y miraba como quien está acostumbrado a proteger solicitadores y a contestarles.

—Milord, vengo a proponer a vucencia al caballero, que desea optar al premio de las palomas, dijo Pedro levantándose, así como León, y haciendo tres o cuatro humildísimas reverencias.

Lord Lenisdale miró a León como un naturalista lo haría con un insecto al cual viese por la vez primera, y le preguntó, en el idioma del joven, si era hijo de Francia.

—Si, milord, respondió León en inglés, lo que halagó a Lenisdale.

—¿Usted desea optar al premio de las palomas?

—Ignoro qué sea el premio ese, milord, respondió el joven; pero hace quince minutos que estaba a punto de pegarme un tiro en la cabeza, cuando el señor Pedro, mi hospedador, ha entrado en mi cuarto, y conmovido por el relato de mis desventuras me ha propuesto hacerme ganar doce mil duros en un mes; pero todavía no he logrado que me diga de qué manera.

—Pues se trata de lo que ahora le diré, repuso el inglés con la gravedad del diplomático que se propone resolver el más intrincado problema político: en Londres hay una sociedad de sabios de la que yo soy el presidente. Esta sociedad, en su anhelo por esclarecer todos los puntos de la ciencia, ha propuesto un premio de doce mil duros para aquel que todos los días, durante un mes, se coma una paloma asada. A primera vista esto parece hacedero, pero hasta lo presente nadie lo ha conseguido, y eso que son muchos los que lo han probado. Unos han renunciado al llegar a la décima paloma, otros han caído enfermos a la décima quinta, y han muerto tres candidatos después de haberse comido veintidós, y uno al llegar a la vigésima quinta. El premio era entonces de seis mil duros; pero la dificultad que había en ganarlo nos le ha hecho aumentar hasta doce mil. ¿Se siente usted con las disposiciones necesarias?

—Sí, señor, respondió León con asombro que renunciemos a pintar, y no pensando más que en los doce mil duros; pero las palomas las proporcionará usted, ¿no es eso?

—Está claro.

—Porque mis recursos no me permitirían semejante gasto.

—¿Cuándo empezará usted?

—Hoy mismo.

—¿La gracia de usted? preguntó el lord sentándose y abriendo un gran registro cuya tapa superior ostentaba el escudo de armas de Inglaterra.

—León N...

—¿Edad?

—Treinta años.

—¿Profesión?

—Ninguna: he estado empleado en un ministerio y abandoné mi empleo para aprovechar de otra manera mis conocimientos.

—¿Conque es usted docto?

—He recibido una instrucción lucida.

—Nosotros tenemos en nuestra sociedad un helenista distinguido, lord Burlam.

—He oído hablar de él; pero su traducción de Orfeo está plagada de infidelidades.

—El orientalista lord Gastruck también es individuo de nuestra sociedad.

—Este, en sus Estudios sobre el poeta Sadí ha caldo en muchos errores.

—¿Así, pues, habla usted el árabe?

—Si, señor.

—Asimismo tenemos por compañero un gran arqueólogo.

—Lord Storley. Si me cupiese la honra de conocerle, le demostrarla que se ha equivocado dos o tres veces en las fechas que asigna a los monumentos egipcios.

—¿Conoce usted también a lord Galby?

—¿El astrónomo?

—Si.

—Ya lo creo, a lo menos por sus obras.

—¿También ha cometido errores?

Más que los otros, atento que yo he descubierto una estrella cuya existencia él no ha sospechado nunca, como le haré ver cuando quiera, estrella cuatro veces más voluminosa que la Tierra.

—¡Hombre! usted lo sabe todo.

—Casi casi, milord.

—¿Y ahora quiere usted saber si podrá comerse treinta palomas en un mes?

—No, señor, lo que quiero es ganar, sea por el arte que fuere, con tal que sea honrado, diez mil duros en un mes, porque únicamente con esta condición podré casar con la mujer a quien amo.

—Pues haré más por usted: si usted gana el premio, le presentaré yo mismo al rey y le haré admitir en nuestra sociedad. ¿Le satisface?

León se inclinó en señal de agradecimiento.

—Decíamos, pues, prosiguió lord Lenisdale, que no tenía usted profesión alguna.

—Esto es, milord.

—¿De dónde es usted hijo?

—De París.

—¿Y actualmente vive en...?

—En la fonda del León negro, calle Horrible.

—Perfectamente. Ahora escuche usted las condiciones del contrato: podrá usted comer y beber cuanto se le antoje; pero todos los días, durante un mes, a las seis de la tarde, comerá usted una paloma asada. Dos individuos de nuestra

sociedad asistirán a sus comidas y darán relación especificada de cuanto ocurra. Es menester que se coma usted la paloma sin dejar más que los huesos mondos. Si renuncia usted a la probatura, no podrá optar de nuevo al premio: si enferma usted de resultas de tal alimentación, recibirá usted cien duros para atender a los gastos de la enfermedad; si sucumbe usted, como los tres candidatos de que le he hablado, será usted inhumado a costa de la sociedad, que hará grabar en la lápida de la tumba en que usted repose la causa de su muerte.

—Gracias por todas estas noticias, milord, dijo León; pero ¿me autoriza usted para que le dirija una pregunta?

—Diga usted.

—¿La sociedad a que usted pertenece ha propuesto el premio en persecución de algún problema científico, ya atañente a la agricultura o a la historia, ya a la astronomía o a las lenguas?

—No; esto nos interesa muy poco. Lo primordial para nosotros es conocer la resistencia del cuerpo humano.

—Es que, como usted comprenderá, milord, hubiese preferido mi inteligencia a mi estómago.

—¿No necesita usted diez mil duros?

—Sí, señor.

—Pues es la única manera de ganarlos. El estado a que han llegado nuestros sabios es puramente honorífico y sólo gana algo el amor propio. Conque quedamos en que usted se comerá treinta palomas asadas, repuso el inglés recalcando las palabras, desde hoy, 31 de julio, hasta el primero de septiembre próximo.

—¿Dónde deberé comer?

—Donde usted quiera.

—En mi casa, dijo Pedro.

—Está bien, repuso lord Lenisdale.

—¿Y milord me permitirá, si el caballero gana, imprimir anuncios de mi fonda consignando en ellos este caso extraordinario?

—Lo consultaré con mis compañeros.

— ¡Cuán bondadoso es milord! repuso Pedro.

—Adiós, caballero, prosiguió el par de Inglaterra, y celebraré que salga usted triunfante. Lo anhele ardientemente en pro de usted y de la ciencia; además, como creo habérselo dicho ya, si gana usted, se captará la benevolencia del rey y para usted se abrirán las puertas de las casas más encumbradas de Londres.



—Ea, dijo entre sí León, marchándose acompañado de Pedro, valía la pena aprender latín, griego, árabe, italiano, español, inglés, alemán, historia, geometría, astronomía, agricultura, historia natural, física, química y el moldo-válaco, para verme reducido a comer treinta palomas en un mes si quiero ganar diez mil duros y casar con la mujer en quien adoro. ¡Oh ciencia! ¡eres palabra vana!

## V

Aquella tarde misma León principió sus *ejercicios*.

Ocho días después, lord Burlam y lord Storley, que habían querido ser testigos de las comidas durante el mes entero, a las siete de la noche se encaminaron a casa de Lenisdale.

—¿Qué tal? les preguntó éste.

—Todavía hoy se ha comido la correspondiente paloma.

—¿Entera?

—Entera.

—¡Qué robustez! Hasta ahora no se ha visto semejante.

El 15 de agosto, lord Lenisdale dijo a los dos testigos:

—¿Ha muerto nuestro apostador?

—No.

—¿Continúa comiendo la correspondiente paloma?

—Sí.

—¿Asada?

—Asada.

—¿Entera?

—Entera.

—Ea, ha salvado el segundo período.

El 25, lord Lenisdale fue a ver personalmente a León, y apenas le conoció. Nuestro héroe tenía los ojos hechos un ascua y le devoraba una fiebre caballuna.

—¿Cómo se encuentra usted? le preguntó Lenisdale.

—Malísimamente, respondió el joven.

—¿Y persevera usted?

—Sí, señor.

—Es usted el Wellington de la paloma.

—Gracias por el estímulo, milord; mil gracias.

Lord Lenisdale quiso asistir a las tres últimas comidas, que León no podía efectuar ya sino tapándose las narices, tan infecto hallaba el vaho de la paloma.

¿Quién imaginara que este volátil tan renombrado por su fidelidad, a la larga resulta tan malo?

El 30 de agosto, el pueblo de Londres se apiñaba a la puerta de la fonda de Pedro para ver a León, a quien a duras penas pudieron sustraer a las demostraciones del entusiasmo que había despertado.

Después de haber comido la última paloma, el joven, no obstante estar conmovido por su triunfo y sofocado por el mal de corazón, no tuvo más remedio que asomarse a la ventana y saludar al populacho del barrio, al que Pedro endilgaba diariamente algunas alocuciones.

Para ver a León habían acudido a Londres algunos sabios de Escocia; pero sólo pudieron contemplarle al través del ojo de la cerradura, y aun después de haber puesto en la mano de Pedro una libra esterlina a lo menos.

El 2 de septiembre, estaba ganada la apuesta.

Pedro vendió en quince guineas a un *turista* inglés que había comprado el doscientos treinteno bastón de Voltaire, el traje que León vistiera durante el tiempo de la apuesta. No hay que decir que el coleccionador no lo hubiera vendido ni a peso de oro.

Véase ahora lo que se lela en el *Times* del 3 de septiembre de 1838:

«Es indudable que nuestros lectores han oído hablar del joven francés que se presentó, un mes atrás, como candidato al premio de palomas propuesto por lord Lenisdale y demás individuos de la sociedad científica de Londres.

»Cábenos el placer de anunciar que el premio ofrecido lo ha ganado por fin el joven francés, al pie de las ventanas del cual y desde hace ocho días se aglomera una muchedumbre curiosa y entusiasta.

»El apostador se ha comido las treinta palomas, cuyos huesos han sido conservados para ofrecerlos y archivarlos en el museo de historia natural, junto con una relación fehaciente de las peripecias de la apuesta.

»Recordarán nuestros lectores que antes del vencedor habían renunciado a la apuesta más de ciento cincuenta candidatos, después de haber luchado por espacio de ocho a quince días, y que, además, habían sucumbido tres de ellos.

»Es menester, pues, que el vencedor tenga un estómago como no los hay y una voluntad inquebrantable.

»Ayer se concedió la medalla a ese joven francés, el señor León X.

»Para lo porvenir, pues, queda resuelto un problema importante, como lord Burlam, nuestro gran helenista, lo demostró en un magnífico discurso, al

que lord Lenisdale contestó desarrollando una preciosa teoría sobre el origen de los cultos y el nacimiento de las lenguas.

»Nos es grato poder comunicar a nuestros lectores que el señor León X. no es un hombre vulgar a quien le haya movido el afán del lucro, sino un sabio, un letrado de primer orden; con lo cual dicho se está que ha hecho este experimento por pura curiosidad. Demuestra lo que decimos, el que ha regalado dos mil duros al fondista que hacía asar las palomas que sirvieron para la apuesta.

»Por la noche del mismo día el señor León X. fue presentado al rey, el cual le hizo don de una tabaquera cuajada de diamantes y le dirigió multitud de preguntas sobre las diferentes impresiones que puede producir en el organismo humano la paloma comida con frecuencia.

»El embajador de España escribió inmediatamente a su soberana solicitando la cruz de Isabel la Católica para el vencedor, y el príncipe Kurzoff ha ofrecido a éste cincuenta mil rublos si quería repetir su experimento en Rusia. A esto último se ha negado el señor León X. por llamarlo a París su familia y sus intereses; añadiendo que aun cuando no concurriesen estas circunstancias, le sería imposible hacer un segundo experimento, pues lo que había padecido durante el mes de la prueba era superior a todo encomio».

\*

\* \*

El 15 de septiembre de 1838 León se presentó en casa de Lebrún, a quien encontró con su hija en el aposento mismo donde se despidiera de él un año hacía.

—¿Qué hay? preguntó Lebrún al joven.

—Aquí están quince mil duros, respondió León sacando de su bolsillo setenta y cinco billetes de a mil pesetas.

—¡Cinco mil duros más! exclamó Lebrún maravillado, mientras Julia palidecía de emoción y luego se sonrojaba de gozo.

—Sí, señor, profirió León; no sólo he ganado dinero, sino que me han hecho regalos que he vendido y que representan estos cinco mil duros.

—¿Y esto lo debe usted a su instrucción?

—Sí, señor, respondió el joven exhalando un suspiro, pues no quería confesar el origen de tal fortuna.

—Entonces, dijo Julia echando los brazos al cuello de su prometido, si tenemos hijos será menester que hagamos de ellos unos sabios.

—Cargue conmigo el diablo si les enseñó a leer tan siquiera, dijo entre sí nuestro héroe.

El cual casó con Julia, y fue muy dichoso, y tuvo dos hijos que, pese al juramento que a sí mismo se hiciera su padre, son ya dos prodigios y han entrado en la senda que conduce a la Academia de inscripciones y bellas letras.

Ahora que León no necesita de su saber para vivir, halla manera de utilizarlo. Ha publicado ya su traducción de cantos árabes, que le ha dado fama entre los traductores y producido treinta y dos pesetas y media, en virtud del contrato que hiciera con el editor, que se comprometió a partir con él los beneficios, que ascendían a setenta y cinco pesetas.

¿Prueba esta historia que hay que menospreciar al saber? No; lo único que demuestra es que no debemos exigir de éste más que lo que puede darnos, esto es, trabajo constante, alguna vez nombradía, la obscuridad con frecuencia, y nunca la bienandanza.

¿Menospreciamos por ventura el amor, siendo así que nos toma más y nos da menos?

¿Prueba que debemos mirar con desdén los caprichos de los ingleses? Tampoco; porque, como hemos visto, los caprichos de unos pueden redundar en provecho de otros, y todas las sendas que nos conducen a la dicha son buenas, con tal que lleguemos a buen término.

¿Qué prueba, pues?

—Nada.

¡Ah! sí: prueba que la paloma es manjar indigesto, y que la Providencia se vale de todos los medios para acudir en auxilio de aquellos que de nada tienen que arrepentirse.



ALEXANDRE DUMAS (París, 27 de julio de 1824-Marly-le-Roi, 27 de noviembre de 1895), hijo natural de Alexandre Dumas y Marie-Catherine Labay, costurera, fue, como su padre, un autor mundialmente reconocido. En 1831, su padre le reconoció legalmente y le procuró la mejor educación posible en la institución Goubaux y la academia Bourbon. Las leyes, por aquella época, le permitieron a Dumas padre separar al hijo de su madre y la agonía de ésta inspiró a Dumas hijo en sus escritos sobre caracteres femeninos y trágicos. En casi toda su obra enfatizó el propósito moral de la literatura y, en su novela *El hijo natural* (1858), expuso la teoría de que aquél que trae un hijo ilegítimo al mundo, tiene la obligación moral de legitimarlo y casarse con la mujer.

Además de soportar el estigma de la ilegitimidad, Dumas hijo llevaba sangre negra. Su padre era un cuarterón descendiente de un noble francés y una negra haitiana. En los internados escolares, Dumas hijo fue siempre vituperado por sus compañeros. Todas estas experiencias determinaron sus pensamientos, comportamiento y escritos.